

ÁFRICA con un par

ÁLVARO NEIL



ÁFRICA
con un par

Álvaro Neil

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor. Se autoriza la transmisión oral

Portada: Empujando a Kova por el Alto Atlas (Marruecos) Contraportada: Actuando en un campo de refugiados en Kigoma (Tanzania)

© 2007, texto y fotos, Álvaro Neil Edición del autor

Primera edición: diciembre 2007

Diseño: Víctor Merino

*A l@s que contribuyeron
que los 31.547 kilómetros en bici,
lo fueran de sonrisas*

“... la absorbente empresa de conocer el mundo requiere un esfuerzo gigantesco y una dedicación absoluta.(...) Sin duda hay una característica que comparten los individuos de esta índole: su parecido a los insaciables cnidarios, su estructura de esponja que lo absorbe todo con suma facilidad y con la misma facilidad lo expulsa. Nada conservan en su interior durante mucho tiempo, y como la naturaleza no soporta el vacío, siempre necesitan nuevo alimento, no pueden vivir sin absorber, multiplicar, aumentar... El hecho que ha descubierto y comprobado hoy, mañana habrá dejado de fascinarlo. Tiene que partir (a pie, a lomos de un animal o a bordo de una nave) hacia nuevos lugares y nuevos hechos. (...)

La pregunta por el país que más les ha gustado de cuantos han conocido les causa cierto embarazo: no saben qué responder. ¿Qué cuál? De una u otra manera, todos; todos tienen su interés. ¿Qué a qué país les gustaría volver? De nuevo, cuestión embarazosa: jamás se han planteado preguntas semejantes. Seguro que les gustaría volver a emprender un viaje, ponerse en camino. El camino: he ahí lo que anhelan.

A decir verdad, no sabemos lo que incita al hombre a recorrer el mundo. ¿Curiosidad? ¿Anhelos irrefrenables de aventura? ¿Necesidad de ir asombrado en asombro? Tal vez la persona que ha dejado de asombrarse está vacía por dentro: tiene el corazón quemado”.

Ryszard Kapuscinski, “Viajes con Herodoto”

ÍNDICE

[Sin papeles y sin problemas](#)

[Hachís barato](#)

[Sidi Ifni](#)

[Reír sin tocar](#)

[Buscando a la policía](#)

[Isla de la vergüenza](#)

[Un paisano en Ziguinchor](#)

[No llores, sólo es un blanco](#)

[África se escribe con “H”](#)

[Hilo dental para el desierto](#)

[La providencia ha pasado por aquí](#)

[Un ángel negro](#)

[Cerezo al teléfono](#)

[De profesión cortador](#)

[El pastel africano](#)

[Azul y negro: un blanco perfecto](#)

[Fragancia de mujer](#)

[Vino para El Cabo](#)

[Amor y pis](#)

[Un paso imposible](#)

[Matando pueblo](#)

[África con un par](#)

[Las minas del rey Salomón](#)

[Otra vez los belgas](#)

[Un embajador sobre ruedas](#)

[Piedras contra el gas mostaza](#)

[Visa, sudor y lágrimas](#)

[Alquilo nube, meses de junio y julio, preferiblemente cúmulos, abstenerse “innubiliarias”](#)

[Sin despedirme](#)

Sin papeles y sin problemas

Cada país de la tierra está abierto al hombre sabio: porque la patria del espíritu virtuoso es el Universo entero.

Demócrito

En cuclillas, agazapados en su idea, deshojan el tiempo entre sus manos y aguardan con una paciencia milenaria. Otean hacia el Norte, justo de donde yo procedo, y aunque nuestras miradas se chocan no salen de su ensimismamiento. El sol de noviembre que atiza fuerte por estas latitudes no ayuda a la espera. Hasta las nubes están del lado de la policía que patrulla con extremo celo detrás de la verja. Cientos de africanos vigilan desde su atalaya sin perder comba de todo lo que ocurre. Tras haber recorrido miles de kilómetros y tras haber empeñado el dinero que no tienen, estos hombres (mujeres no vi), se han visto frenados bruscamente por una lengua de mar; como el caballo que rehúsa en el último segundo saltar la ría.

Mis planes tienen algo en común con los suyos, mas ellos van en busca de la supervivencia y yo de las vivencias. Después de rodar mil kilómetros por España he llegado a Ceuta, que aunque forma parte de lo que se denomina España, no lo parece. Por las calles corre el viento que transporta la siempre incómoda arena, y se oye hablar por igual español y árabe. África será mi casa los próximos años. Ignoro cuántos. Y posiblemente me toparé con muchos hermanos de los que ahora aguardan en la colina a que llegue la noche, para abordar una patera con la que cumplir su sueño. Simplemente pretenden tener un trabajo y ahorrar un dinero con el que poder ayudar a sus familias. Para conseguir tan humano objetivo se juegan su única propiedad: su vida. Pero esta generosa apuesta no es comprendida totalmente por el Primer Mundo (en la escala del materialismo), que los convierte en “sin papeles”, creando así una especie híbrida a mitad de camino entre el animal y el ser humano. Un “sin papeles” tiene derecho a trabajar en su país de origen pero no en otro país. Poco importa que haya nacido donde no existe trabajo. Algo tan accidental como el lugar de nacimiento marca el presente y el futuro de estas personas que ahora veo pasearse a escondidas por las policiales calles de Ceuta.

Ellos huyen de África y yo pretendo recorrerla en bicicleta. Me siento un intruso en su casa, como un invitado accidental al banquete. Con un excelente equipamiento y con dinero camuflado en mis alforjas, voy a jugar a la aventura. Pero los verdaderos aventureros de este siglo son los “sin papeles”, como Karim, a quien tuve ocasión de conocer más tarde en Senegal.

Nadie me hubiera hecho un reproche. Todo el mundo lo hubiera entendido y, hasta hoy pienso, hubiera sido lo más lógico. Pero la idea la desterré tan pronto asomó en mi interior. Cualquier solución, por mala que fuera, era para mí mejor que dar la vuelta. Al menos así lo veía en aquel momento. Me encontraba a unos ochocientos kilómetros de casa; una distancia fácilmente salvable en un día de autobús. Y para colmo de calamidades ese fin de semana era el puente de la Constitución. En Sevilla, al igual que en toda España, estaba colgado el cartel de “cerrado por vacaciones”. En ocasiones hay que dejar al destino obrar, pero en otras hay que forzarlo con la determinación con la que se ataca un tornillo oxidado.

Alguien me había dicho que el dueño de una armería era un incondicional de las bicis. Tal vez él pudiera ayudarme a resolver el problema. “El problema” ya lo había visto venir, pero

cometí el error de cerrar los ojos y hacerme el despistado. El cuadro de la bici era demasiado flexible. Era de aluminio y óptimo para la competición pero no para cargar más de sesenta y cinco kilos, sin contar con mi propio peso. Cuando Ángel, un ex ciclista profesional que me invitó a su casa en Mérida, probó la bici cargada su cara reflejaba su opinión.

—¿Te parece que vibra demasiado? —le pregunté confiado en que me mintiera.

—Así no puedes pedalear —fue su sincera respuesta.

Llamé por teléfono a Koos, el dueño de Bike Tech, que ya estaba al tanto del problema desde el día de la salida, y me dio la solución. Ya había solicitado un cuadro de cromoly a la fábrica Fort, en la República Checa. El cuadro debía llegar a Sevilla el cinco de diciembre, y el seis de diciembre se efectuaría el cambio de montura.

Diego no contaba en la armería con todas las herramientas precisas para pasar Kova al nuevo cuadro, pero a cambio derrochaba imaginación y sonrisas. Empezamos a las cuatro de la tarde, y poco a poco fuimos superando los problemas de cables demasiado cortos, fundas que se deben alargar o tijas de sillín que se hunden en el nuevo cuadro. La armería Mark II estaba cerrada y trabajábamos en el taller. Diego hablaba por sus manos, como su abuelo, que fue el inventor de la olla a presión aunque Magefesa le robó la idea. Dos horas después de haber empezado, Diego ya tenía grasa hasta en las cejas, pero su cara se iluminó al ver rodar a Kova por la puerta de la tienda. Eran más de las nueve de la noche cuando terminamos de trasplantar el cuadro, y ahora sentía que mi viaje era absolutamente imparabile. Si mi estrella había sido capaz de sacarme de ese lío, sin haber tenido que regresar a Oviedo a solucionarlo como hubiera parecido más lógico, todo iba a salir bien en adelante. Aunque “bien” no quiere decir “sin problemas”. Como tuve ocasión de ir aprendiendo por África, “bien” significaba “con soluciones para los problemas”.

Hachís barato

El norte de Marruecos es un paraíso terrenal para los amantes del hachís. No hay siquiera que ir a la tienda a comprarlo. Por todas las esquinas, a la salida y a la entrada de los poblados, incluso en cada curva de la carretera, los marroquíes enfundados en sus chilabas van susurrando:

—Hachís, bueno, barato, más barato que Mercadona.

Se ponen bastante pesaditos y por el camino iba investigando la mejor respuesta. Aquella que hiciera que me dejaran en paz. Pero ninguna funcionaba mejor que otra. Incluso algunas les ofendían enormemente. En un arranque de sinceridad, hartos ya de tantos ofrecimientos que había rechazado con múltiples excusas (no les valía siquiera que les dijera que ya había comprado), a uno le dije que no fumaba, que no me gustaba esa mierda.

—Pues si no te gusta, ¿para qué has venido a Marruecos?

Me quedé mudo, hasta asustado de comprobar que para él no había otra razón de visitar el reino de Hassan II que atiborrarse de hachís.

Las cosas mejoraron un poco al llegar a Fez, aunque no totalmente. Simplemente cambiaron de oferta. Un atardecer que me paseaba por sus laberínticas callejuelas un chico me abordó. Me enseñó su cartilla de la Seguridad Social de la época en que había vivido en Barcelona como inmigrante, trabajando a destajo en la construcción, y me acompañó a buscar algo para comer. El local me hubiera pasado desapercibido pues era un espacio minúsculo de dos por cuatro. La principal atracción era un fogón que bramaba como un horno industrial. La sartén, pieza de colección, tenía una costra de grasa en su base que dificultaba enormemente que el aceite alcanzase la temperatura adecuada. El dueño, sin prestar demasiada atención a este hecho, iba sumergiendo las sardinas en aquel líquido viscoso. No había lugar para las mesas, y eran sustituidas por una balda de treinta centímetros de ancho que recorría la pared, y que en condiciones normales no hubiera servido ni como librería. Rachid era musulmán y tenía unos veinticinco años, y a medida que conversábamos un poco me iba percatando de que no sabía demasiado francés, y muy poco español. Los ocho meses que dediqué a aprender la lengua de Voltaire en Oviedo eran más que suficientes para charlar con Rachid.

Ya se habían encendido las primeras luces del alumbrado y decidí regresar a mi cuarto tras el pequeño banquete. Rachid me acompañaba y de camino nos desviamos por un parque, lleno a partes iguales de árboles y de plásticos. Mi accidental compañero quería mear. Al terminar de evacuar me explicó, con dos palabras y algo de mímica de alta escuela que, como muchos de sus compatriotas, tampoco él tenía prepucio, y ese era el motivo de que la tuviera tan grande. Para confirmármelo, me mostró el inequívoco bulto que se erguía insolente tras la tela de sus vaqueros. En ese instante y, afrontando la salida más próxima del parque, decidí que Rachid podía irse a tomar por el culo en dirección a la Meca si le placía. Regresé a mi habitación desoyendo sus explicaciones, aunque no tenía muy claro cuál era el camino de regreso.

Ordené las provisiones que había adquirido en el mercado y preparé las alforjas para el camino que en unos once días me debía conducir hasta Marrakech. Allí recibiría la visita de unos amigos

que volarían desde España para pasar junto a mí la Navidad. La primera de las diez que me esperaban fuera de España. Pero para llegar hasta allí opté por seguir un camino que se adentraba en las partes más recónditas de las montañas marroquíes, lejos de turistas y centros poblacionales, en donde podía tener una relación mucho más directa con la naturaleza

Al sur de Fez se ubica la residencia de verano de Hassan II, en Ifrane. Una zona infestada de chalés sin personalidad y de militares que chupan frío en las garitas. La nieve ya se había hecho con un lugar en las ocres montañas del Alto Atlas, regalando un poco de color al paisaje monocromático. Incluso algunas mañanas el cielo azul, sin rastro de contaminación, se sumaba al pintoresco escenario. A tres mil metros de altura y con sólo tres tonalidades, marrón, azul y blanco, era aquel un cuadro de una belleza tan simple y sincera que no había escapatoria para el goce. En Midelt me desvié de la ruta principal, a pesar de contar con mejor firme, y me adentré por el Circo de Jaffar. Un camino que serpenteaba hacia las alturas, lejos de poblados y personas, para pasar muy cerca de Ayach, una cima de 3737 metros en el mismísimo corazón del Alto Atlas. El río, crecido por las tempranas nevadas de la temporada, había borrado la pista. Un hombre me mostró con la punta de su bastón el inicio del sendero que debía conducirme a Imilchil. Los primeros kilómetros me divertí recorriendo esa pista sin coches, que por causa del desbordamiento del río debía ir saltando de uno a otro lado de sus márgenes. El sol también encontraba dificultades para alumbrar el camino, y las sombras de los peñascos iban siendo cada vez más alargadas y negras. La tarde se iba esfumando y con ella mis esperanzas de llegar a algún lugar donde descansar. Comenzaba a dudar de si estaba en el camino correcto, aunque imaginaba que la única posible salida de aquel laberinto era imitar el discurrir del río. Siguiendo su curso tenía que llegar necesariamente a alguna aldea. Me encontraba en el fondo de un cañón de caliza que tan sólo recibía unas horas de luz durante el día. En consecuencia, la nieve se había transformado en hielo haciendo muy peligroso el descenso. Intentaba que los ochenta kilos de Kova no se lanzasen en aquella pista, pues si tenía que frenar en aquella deslizante superficie, irremediamente me iría al suelo. Varios árboles jalonaban la pista, ocultando con sus sombras una plancha de hielo que confirmó mis peores presagios. Impulsivamente toqué el freno delantero. Todo sucedió en una milésima de segundo: salí volteado, como si en mi sillín se hubiera accionado un potente resorte, y rodé por el suelo como una peonza. Mi primera mirada fue para Kova, que yacía veinte metros detrás de mí con la rueda delantera girando locamente como recriminándome mi pilotaje. Yo tenía barro por todas partes y, gracias a que iba despacio y llevaba el casco puesto, me libré de partirme la cabeza. Aunque pronto dejé de usarlo y lo sustituí por un turbante, que me brindaba más calor que esa pieza de plástico con diseño aerodinámico. A un milagro le achaco que tras el batacazo sólo se rompiera un poco el guardabarros delantero y un alerón del avión de la Comandante Maxi.

Con lo bonito que lo había dejado Mauricio, mi amigo de São Paulo... Tenía que buscar pronto un carpintero que rehiciese el fuselaje. Ver a Maxi pilotando el avión roto me destrozaba el alma. Sabía que eso iba a ocurrir muchas veces, pues era inevitable que la bici se cayese y el avioncito se quebrase. Al ir en la parte frontal del portabultos delantero, la chica estaba bastante expuesta. Encontrar a alguien que lo reparase era a partes iguales una obsesión y algo mágico. Los carpinteros observaban con asombro a la Comandante Maxi, y no entendían muy bien cuál era la función de ese avión más pequeño que la palma de mi mano, en una bici cargada de alforjas. Algunos me preguntaban si con el movimiento de la hélice cargaba un generador para conseguir

luz por la noche, o si alimentaba un motor que accionaba en las subidas. Pero no se esconde en ella ninguna finalidad material. Es tan sólo, aunque no es poco, alguien con quien converso, una compañera de viaje. Hay que intentar huir de dotar a todo gesto, a toda acción, de un significado lógico o práctico. Por ejemplo la belleza de las montañas del Alto Atlas no responde a una finalidad: son hermosas en sí mismas. Están ahí para ser admiradas y el esfuerzo de llegar a estos parajes acrecienta su majestuosidad. En la vida cuanto más difícil es un sueño más lo valoramos y más dentro de la piel se nos queda metido.

Con los últimos reflejos del atardecer entré en un pueblo cuyo nombre ni siquiera aparecía en el mapa. Tenía noticias de que a las afueras, en un promontorio alejado del camino, existía una casa forestal. Molido por la paliza del camino y con la moral tocada por la caída, recosté la bici en la puerta y pedí asilo, consciente de que si me lo negaban no era capaz de dar una pedalada más. Los hombres que la ocupaban, persuadidos más por mi desencajado rostro que por mi palabrería, me cedieron un lugar en la cabaña. No hablaban casi francés y entre ellos se comunicaban en bereber. A las dos horas de haber llegado al refugio ya me habían calentado un par de litros de agua para poder lavarme. Los metí dentro de mi bolsa de agua de Ortlieb y me encaminé hacia el exterior. El cagadero servía al mismo tiempo de baño, pero no olía excesivamente mal pues las paredes eran simples tablas de madera que no encajaban entre sí. Aunque con la misma facilidad con la que se esfumaba el olor entraba por las rendijas el frío del invierno. Coloqué la linterna sobre un viejo clavo doblado y busqué un asidero en el que colgar la bolsa con el agua. Como no lo encontré, con una mano sujeté la bolsa mientras con la otra me enjaboné. Traté de terminar con aquel trámite lo más rápidamente posible dado que se me congelaba hasta el pensamiento. De mi cuerpo helado, al contacto con el agua caliente, se desprendía un vaho misterioso que se elevaba hacia el cielo marroquí. Alcé la vista siguiendo aquella columna de vapor y me di cuenta de que el baño-cagadero tampoco tenía techo.

Regresé a la cabaña, de donde salía un riquísimo olor a verduras. Mis amigos ya estaban sentados delante de un succulento plato de cuscús que, unido al calor de la sala proporcionado por una chimenea, me sumió en una modorra absoluta. Mis anfitriones no tardaron mucho en darse cuenta de que yo estaba “K.O.” y despejaron la sala para que pudiera dormir.

Salí al exterior a lavarme los dientes. Las estrellas se daban codazos para hacerse sitio en el firmamento y la Luna asistía atónita a esta lucha estelar. La Vía Láctea me marcaba claramente el camino a la cama.

Un día espectacularmente despejado me esperaba al amanecer. El sol, perezoso, no alcanzaba aún a bañar esta parte de la montaña. Por ello y para entrar en calor decidí hinchar un poco las ruedas de la bici, al tiempo que le pedía perdón por el revolcón de ayer. Mi termómetro marcaba tres grados bajo cero. Eso hacía que el barro estuviese compacto permitiéndome rodar sin problemas. No quería volver a provocar a mi destino con una nueva caída. La pista seguía ascendiendo, y un nuevo paso de montaña (¿el último?) me sirvió de desayuno.

Las cimas se erguían ante mis ojos lentamente, como el conejo sale de la chistera del mago. Sus suaves penachos recortados sobre un cielo azul se asemejaban a las onduladas curvas del cuerpo de una mujer flotando en el mar. Una melodía me salió al paso durante los últimos metros del ascenso. Ocurrió en la parte más dura, en la que tuve que echar el pie a tierra, pues ya el barro

comenzaba a derretirse formando una pasta alrededor de los frenos y en el guardabarros. Levanté un poco la vista en busca de aquellos sonidos. Un pastor daba un concierto para un grupo de cabras que no le prestaban demasiada atención, ya que andaban más preocupadas por encontrar algunas hierbas en la ladera de la montaña. El pastor llevaba tiempo observando mi errático avance, imprimiéndole con su melodía un aire de película de Fellini. Arrancaba sus notas a una especie de guitarra fabricada con una lata. No conocía más que un par de acordes; sus manos, callosas y sucias, no eran demasiado ágiles. Pero en aquel escenario alejado de la civilización, su música estaba dotada de una belleza y una fuerza sobrecogedoras. Compartí con él mi última pieza de fruta y algunos dátiles, mientras volvía a regalarme una y otra vez la misma canción. Algunas cabras se acercaron, atraídas más por la piel de la naranja que iba alfombrando el suelo que por su gusto musical.

Encontré en aquellas notas las fuerzas suficientes para afrontar los últimos trescientos metros, y arrastré a Kova sobre placas de hielo y nieve. El descenso era pedregoso, pero placentero por las impresionantes vistas del Alto Atlas. Descendí con suma prudencia, pues ni Kova, ni Maxi, ni mi moral podrían aguantar otra caída como la de ayer.

En un par de horas gané de nuevo el asfalto, y un viento de cola me permitió volver a meter el plato mediano. Me acercaba a uno de los puntos más turísticos de esta parte de Marruecos: la Garganta de Todra. Unos murallones de ciento sesenta metros labrados por la acción del río, y ahora también por multitud de coches que acercan a los visitantes. Había descendido más de mil quinientos metros y la temperatura había ascendido en sentido inversamente proporcional. Los hoteles más económicos tenían precio europeo y el camino era tan estrecho que no había donde colocar mi tienda. A la salida de la Garganta, los pocos lugares para un posible vivac habían sido inteligentemente ocupados por los pastores. Un hotel estaba agrandando sus instalaciones, horadando la roca para convertirla en frescos nidos de amor. Un par de hombres, con pico y pala, extraían la piedra de la montaña. Aún quedaba mucho trabajo para que esa madriguera pudiera llamarse habitación de hotel. Pero era más que suficiente para meter mi bici y pasar la noche. Al amparo de la luna, cuya luminosidad se veía potenciada al reflejarse en los peñascos, me di una ducha con un par de litros de agua fría. La había cargado en el último pueblo; aunque con ello añadía peso a Kova, me aseguraba la ducha diaria y tener líquido al menos para hacer un arroz. Con el hornillo y un poco de paciencia preparé la cena mientras tarareaba la pegadiza melodía que me había regalado el pastor. Enfrente de mí, los bereberes se disponían a dormir al abrigo de sus deshilachadas tiendas. Los ladridos de sus perros, amplificadas por la Garganta del Todra, no fueron impedimento para que yo conciliase el más dulce de los sueños.

Para llegar el veinticuatro de diciembre a Marrakech y abrazar a mis amigos, tenía aún que superar un último puerto. Pero las condiciones meteorológicas se complicaron enormemente. La nieve descargó durante toda la noche en las alturas, justo hacia donde me dirigía. El paso de Tizin Tichka (2260 metros) estaba cerrado. Totalmente bloqueado por la tempestad de nieve. Rodaba por una pista con treinta centímetros de nieve. Mis neumáticos, lisos, patinaban en las primeras rampas. Con toda la ropa encima y el poncho protegiéndome de la nieve que caía, más parecía el muñeco de Michelin que un ciclista. Un coche estaba cruzado en uno de los últimos desniveles que conducían hasta la carretera. Sus dos ocupantes desenterraban enormes piedras que la nieve había sepultado, y las cargaban con sumo esfuerzo en la parte de atrás del coche. Tan extraño deporte sólo obedecía a una razón. Su *pick-up* tenía la tracción en las ruedas delanteras, y sin peso en la

parte trasera no podían subir la cuesta. Al verme con la bici totalmente cargada sus ojos se iluminaron. Y lo hicieron aún más cuando averiguaron que iba hacia Marrakech, su destino final. Cuando el cielo te envía un regalo así no conviene despreciarlo. Metí la bici en la caja del coche y me senté a su lado para sujetarla. Con alguna dificultad llegamos hasta la cima. Allí comenzaba la carretera que descendía hasta Marrakech. Un reguero de coches aguardaba que una máquina quitanieves despejara el camino. Sólo los coches con cadenas, o los valientes, podían circular. Mi amigo pertenecía a la segunda especie. Despacito y con buena letra bajamos la montaña hasta un lugar donde ya no había nieve. En un pueblo de carretera paramos a almorzar y a recuperar el calor perdido. Tiramos las piedras que nos habían servido para salir de la trampa de nieve, cada una de quince kilos, y al anochecer entramos en Marrakech.

Sidi Ifni

Por poco no veo la bandera española en el mástil de la plaza Hassan II de Sidi Ifni. Bueno, “por poco” es un decir. El treinta y uno de julio de 1969 dejó de existir la provincia española número 51. Fueron once años de resistencia al asedio de las tropas marroquíes. Desde la península se enviaba turrón y licores recogidos por un programa de la Voz de Madrid. Hasta Carmen Sevilla y Gila trataron de levantar la moral a las desalentadas tropas. Pero al menos pude ver aún restos de aquella presencia española. El edificio de Correos (cuya puerta giratoria fue desmantelada porque las mujeres se enganchaban con sus vestidos), el clausurado Cine Avenida, el Consulado español con el escudo del yugo y las flechas (sacado a subasta), la Iglesia de Santa Cruz (hoy Palacio de Justicia), o el faro.

Pero sobre todo queda la lengua como testimonio vivo de aquella ocupación española en el reino alauí. El Ranchero, que así decía llamarse mi informador, vestía una guayabera blanca de cuyo bolsillo izquierdo asomaba el extremo de un bolígrafo dorado de estilo Montblanc. El Ranchero asistió a la entrada de las tropas marroquíes en la ciudad, y contempló cómo los soldados se emborrachaban con el licor que los españoles no pudieron llevarse en la retirada. Cargaron en el barco hasta las cruces de las tumbas de los españoles muertos en esta guerra no reconocida por ningún bando, pero se olvidaron el ron. El Ranchero hablaba un perfecto español y, a falta de unos papeles, se consideraba un hombre de fortuna pues en breve se iría a España, donde terminaría sus días bendecido con una pensión mensual de la Seguridad Social. No quise desalentarle previniéndole de que el coste de vida en mi país se comería su pensión en siete días. El Ranchero era un tipo optimista que vivía sus días de gloria. Aunque carecía de pasaporte marroquí y español, no consideraba estos hechos algo de importancia que pudiese truncar sus expectativas.

Las calles de Sidi Ifni están bendecidas por el sol que se hunde en el Atlántico y que lame las heridas de esta ciudad olvidada por Rabat. Sus pobladores, como los de Tarfaya, Boujdour o Dakhla, carecen de planes de futuro. En mi recorrido hacia el Sur observé auténticas ciudades fantasma, diseñadas con tiralíneas, con su placita y su mezquita, con capacidad para miles de habitantes, totalmente vacías. Fueron levantadas por el gobierno de Marruecos para hacer creer a la comunidad internacional que aquel enclave era tierra marroquí. Las casas fueron habitadas por unos días, tal vez unos meses, y luego abandonadas. Hoy la arena anida en muchos de los edificios. Es parte del territorio que el Frente Polisario reclama no sin razón para el pueblo saharauí, y que a la capital no le interesa sino como enclave estratégico y tal vez energético (en Bou Cra hay una mina de fosfato).

La Corte Internacional de Justicia determinó el dieciséis de octubre de 1975 que el Sáhara occidental no pertenecía a Marruecos, ni a Mauritania, ni a Argelia ni a España, sino que más bien era una franja ocupada por “pueblos” que tenían derecho a la autodeterminación, reconociendo implícitamente el derecho de estos pueblos a decidir su futuro. Ese pueblo que la resolución no cita directamente es el pueblo saharauí. Tal vez la arena, el sol y el viento son, junto al pueblo

saharauí, los únicos que tienen derecho a decidir sobre el destino de estas tierras.

Cuando un funcionario le tradujo al rey Hassan II los términos de la resolución, se le pusieron los pelos como escarpías y en menos de un mes movilizó más de trescientas mil personas que se reunieron en Tarfaya, frente a las Islas Canarias. A una señal de su monarca iniciaron la caminata hacia el Sáhara, portando banderas de color verde en una expedición que acabó siendo recordada como la Marcha Verde. A las tropas españolas se les dio orden de no disparar y el asunto se cerró en los Acuerdos de Madrid de noviembre de 1975, que dividían entre Marruecos y Mauritania el Sáhara occidental. España, que había administrado este territorio desde los Acuerdos de Berlín en 1885, no se quedó sin tajada y se llevó una concesión del 35% en las minas de fosfato de Bou Cra y el derecho a pescar en las aguas limítrofes.

La arena ocupaba descaradamente parte de la carretera a la altura del Trópico de Cáncer, pues cada vez eran más escasos los vehículos que rodaban en este immaculado asfalto. La mayoría eran autocaravanas pilotadas por jubilados de oro que le sacaban más jugo a su pensión que un niño de África a un balón de fútbol. Serían los últimos conductores que me adelantarían observando la distancia de seguridad. A partir de entonces comenzaría a desgastar con el rabillo del ojo mi espejo retrovisor. Ni siquiera los aparentemente civilizados conductores de Sudáfrica me respetaron. De hecho uno de ellos fue el que estuvo más cerca de matarme en África.

Los escasos *campings* de Dakhla estaban repletos de esas gigantescas casas de cuatro ruedas totalmente equipadas: cocina, baño, salón-comedor... En esencia yo disponía de lo mismo. Mi cocina, un hornillo que funcionaba prácticamente con cualquier combustible y más fácil de limpiar que una vitrocerámica. Mi baño, un inmenso desierto con vistas a las dunas. Y mi salón-comedor, una enorme habitación, sin puertas, techo ni ventanas, más amplia que el del Palacio Real en Madrid. No puedo olvidar a un ciclista que encontré una mañana, hace ya más de siete años, en Portugal. Nos cruzamos en la carretera y, como siempre ocurre en esos casos, nos pusimos a arreglar el mundo. La conversación se alargó un par de horas. Él se consideraba como la persona más rica de la tierra, y me lo explicaba así:

—¿Ves esas montañas de allá al fondo? ¿Y aquel trozo de mar? ¿Y esas nubes? Todo eso, todo lo que contemplan mis ojos me pertenece. No necesito un título de propiedad. Puesto que lo observo y lo disfruto, es mío. Nadie me puede privar de esa riqueza. Mucha gente tiene dos casas, pero sólo utiliza una de ellas un mes al año. Yo no tengo ni siquiera una casa pero soy más rico que ellos.

—Ya lo dijo Ghandi —añadí haciendo un brindis a la vida con mi taza de té—: “El que tiene dos camisas y usa sólo una es un ladrón”.

El sol me doraba con asombrosa precisión ambas piernas: por la mañana la izquierda y al atardecer la derecha. Y el viento hacía un poco más penoso mi avance. Imposible predecir la dirección del viento. A los ciclistas no nos interesa lo de norte, sur, este..., sino a favor o en contra. Y como se afirma en el mundillo del pedal con unas palabras un poco grotescas: “en la vida todo da por el culo menos el viento, que da de frente”.

Por las noches el viento amainaba un poco, lo justo para no robarme la tienda en uno de sus invisibles manotazos. Aunque no hacía calor, ni había posibilidad alguna de que lloviese, debía

montar el doble techo de la tienda para protegerme de las oleadas de arena. Y aun así, a la mañana siguiente todo el interior de la tienda estaba plagado de arena. Cocinar en esas condiciones era una prueba que ni el mismísimo Arguiñano hubiera superado con éxito. No importaba cuál fuera el menú que preparase cada noche, pasta o arroz, pues la arena siempre era un acompañamiento ineludible. En cuanto me acostumbré a comer arroz con arena me sabía incluso bien. Recorriendo África en bici estiré hasta límites nunca sospechados frases del estilo: “esta agua está muy caliente para beber”, “esta comida es muy picante”, “sopla mucho viento”, “estoy muy cansado y no puedo más”...

Reír sin tocar

La sonrisa, más que la risa o el llanto, es la más suave forma de dar justificación de la vida.

Augusto Boal

Una vez más el foro de la web me permitió tener buenas noticias. Puri, una de las foreras, me informaba sobre la existencia de un hospital en un pueblo en el desierto Mauritano. Una zona muy frecuentada en el pasado por caravanas de tuaregs. Se trataba de Chinguetti, adonde se accedía con más facilidad en camello que en bici. Tal vez porque el camello es, fisiológicamente, la criatura más resistente de la tierra. Sus riñones no necesitan mucha agua para depurar su sangre, lo que hace que su orina sea espesa como el barro y de un olor fortísimo. El único problema de los camellos es su escaso interés por la reproducción, pues el macho sólo se siente con ganas una vez al año. Las hembras se lo toman con calma; el embarazo dura treinta meses y espacian sus nacimientos dos años. Además la hembra aguarda sentada y, debido a la falta de práctica del compañero, deben ser asistidos manualmente por sus cuidadores. Kova me bebe más que el camello pero no necesita de tanta ayuda externa para hacer amigos.

Chinguetti se encuentra al este de Atar; fue fundada en el año 777 y refundada en el siglo XIII en el plató de Adrar. Es considerada oficiosamente una de las siete ciudades santas del Islam; un centro de peregrinación y de estudio del Corán. Además de una de las localidades de paso para las grandes caravanas del desierto. Más de tres mil camellos se llegó a contabilizar en un día. A la salida de Atar, que por cierto brinda una de las conexiones a Internet más lentas de África del Oeste, se termina el maltrecho asfalto. Unas rampas con desniveles del 15% conducen a la pista que en ochenta kilómetros sitúa al viajero en Chinguetti. El firme es arenoso pero compacto. Se puede rodar, pues la arena fina sólo comienza en la misma entrada de la pequeña villa.

Me quedaba aún mucho trecho hasta llegar allí cuando un coche me alcanzó por detrás y aminoró su marcha. El hombre que lo pilotaba me explicó en francés que era el dueño del Albergue Echeylal. Iselmou me ofrecía un lugar para alojarme durante mi estancia en Chinguetti.

—¿Por qué? —fue mi poco original pregunta.

—No todos los días viene alguien en bici a nuestra villa y es para nosotros un motivo de orgullo.

El hombre es el único ser que tropieza dos veces con la misma pregunta. Más de un año después, saliendo de Angola, me detuve en una tienda al lado del camino a tomar un refresco. Me atendió un niño de no más de catorce años a quien pagué la bebida. Hacía un calor que no permitía continuar pedaleando más allá de las doce de la mañana, y aún me quedaba mucho camino hasta la frontera. Tras terminar el refresco, cuando ya me había incorporado para irme, apareció una mujer de la casa de al lado con otro refresco y un paquete de galletas.

—No, muito obrigado. ¿Por qué?

La mujer alargó un poco más la mano hacía mí, tratando de vencer mi oposición, como si yo

fuera un toro que no aceptase el engaño, y se volvió a su casa.

El Hospital de la Fraternidad se anuncia con un gran letrero metálico, cuyas letras ya han sufrido los embates del sol. Está sostenido con fondos de la fundación española Chinguetti. Dejé para más tarde mi visita al citado hospital y, arrastrando la bici por un auténtico mar de arena, conseguí llegar hasta el Albergue Echeylal. Iselmou sonrió al verme, ordenó traerme té, y me instaló en una sencilla habitación por cuya ventana se observaba el paisaje típico de Chinguetti: un horizonte de dunas. No existían las calles, ni por supuesto las aceras, y a mediodía era difícil caminar sobre la arena puesto que abrasaba. Una sombra y una botella de agua eran los bienes más preciados.

En el hospital ese día no había luz eléctrica y, como no estaba prevista ninguna operación ni había nadie ingresado, no habían encendido el generador. Tan sólo una tenue luz se reflejaba en el cristal de la ventana. Era la oficina de la directora, Beatriz, que bajo el incierto resplandor de una languideciente linterna repasaba las cuentas del mes. Llevaba un año al frente de esta organización y pronto me previno de que cualquier actividad que quisiéramos realizar debería contar con el plácet de la comunidad local. No podía ser de otra manera; así que fuimos a ver a Ashisa. En el desierto de Mauritania, las mujeres son una pieza clave en la sociedad y si quería actuar en Chinguetti tenía que ser con la ayuda de Ashisa. La luz de la linterna de Beatriz no ayudaba demasiado, pero la luna nos mostró el camino por la parte antigua de Chinguetti, hasta nuestro mecenas. Ashisa nos preparó uno de esos interminables té, y sólo cuando el silencio se hubo apropiado de cada uno de nosotros y ya no quedaba líquido en la tetera, pudimos abordar la cuestión del posible espectáculo. Para garantizar mayor publicidad y conseguir más audiencia era conveniente esperar un par de días. En eso, como en todo lo demás, le hice caso a Ashisa. Ya me había advertido Beatriz que era mejor no contrariarla, y además, que no se me ocurriera saludarla dándole la mano ni mucho menos un beso. Sólo el marido podía hacerlo pero ni siquiera en público. Sólo en privado. Después de todo el tiempo que pasamos en compañía de aquella mujer, al irnos pensé que me hallaba ante una nueva amiga. Y olvidando el aviso de Beatriz me despedí tocándole el antebrazo. Con violencia, como si mi mano le hubiera producido una descarga eléctrica, Ashisa se apartó de mí y me traspasó con la mirada.

—Lo siento —balbuceé torpemente en francés.

Beatriz le explicó que acababa de llegar y no conocía las costumbres... Pienso que ahí empezó el mal rollo. Dos días después, una hora antes de la actuación, Ashisa trataba de hacerme ver que no se podía hacer, porque los vecinos festejaban una boda y si la gente asistía a mi representación no iría a la celebración. Aunque entendía perfectamente su argumento me sentía engañado. Una boda no se organiza en dos días. Requiere muchos preparativos y Ashisa ya sabía, el día que conversamos, que habría tal evento en las inmediaciones. Me había quedado un día más en Chinguetti por ese espectáculo y ahora me decían que esperara otra jornada más. Le planté cara. Le dije que no estaba dispuesto a aguardar otras veinticuatro horas, que lo que yo le ofrecía era un regalo para su comunidad, pero que se haría hoy o no se haría. Ashisa se asustó un poco al verme tan serio, pero lejos de retroceder, se creció y me insinuó que ella también había trabajado en la organización y que incluso no había cobrado nada. Aquello se estaba saliendo de madre, así que le pedí una habitación para cambiarme, y traté de concentrarme en lo que iba a ser un espectáculo con grandes dificultades. El lugar elegido era un placita con suelo de arena y el escenario dos alfombras de diferentes tamaños usadas para orar. Al comenzar la representación no

había más de diez chicos que dudaban entre seguir jugando al balón o ir a ver a ese extraño personaje que acababa de salir de la casa de Ashisa. Poco a poco fueron llegando los vecinos y se colocaron estratégicamente en el lugar. Como dirigidos por un invisible director de escena: las mujeres se juntaban con las mujeres, los niños en un rincón y los hombres en el otro extremo. Más que público parecía una estantería de unos grandes almacenes, donde los productos se ordenan por categorías. La risa se fue abriendo camino entre las personas con el sigilo con el que la arena se cuele en las casas al atardecer. Al terminar el espectáculo de casi una hora, Ashisa se acercó riéndose y, sin tocarme, me invitó su casa a tomar un té.

Buscando a la policía

He perdido veinte mil ouguiyas; al cambio unos cincuenta euros. No consigo acordarme de en qué secreto lugar los he guardado. Estoy seguro de que no los he utilizado, pues en Mauritania no hay mucho en qué gastarlo. El bien que más abunda es la arena y te la dan de regalo a la entrada del país. Ese importe me hubiera venido muy bien para sobornar al policía de la frontera de Mauritania. Aunque me aconsejaba que entrara a Senegal por Rosso, el paso más transitado, yo prefería hacerlo por Bogué. Pero ya me habían advertido que no siempre hay policía y que no existe un puente para cruzar el río Senegal.

El animado mercado de Bogué se encuentra a orillas del mismo río. Los carros tirados por burros o caballos trasportan montañas de cereales, hierros, plásticos e incluso personas. Los coches no pueden hacerlo pues se quedarían atascados en sus arenosas callejuelas. Una desvencijada cabaña de madera, sin puerta ni ventanas, hacía las funciones de control de aduana. En su interior no cabían más de tres personas de pie o dos sentadas. Un hombre dormitaba plácidamente abrazado a una silla, y no me quedó otra opción que importunarle para obtener el sello en mi pasaporte que me permitiera abandonar la República Islámica de Mauritania. Aunque para hacerlo debía también despertar al barquero que planchaba la oreja bajo un techo de paja en la orilla del río. Mi innegable aspecto de turista hizo que su único ojo adquiriera un brillo especial. Aunque para cruzar en su barca yo tan sólo disponía de dos mil ouguiyas. En el mercado había obtenido una valiosísima información para estos casos: los locales pagan solamente treinta ouguiyas por cruzar. El barquero cíclope me pidió veinte mil aunque luego me rebajó hasta dos mil, en un gesto de buen comerciante más que de buena voluntad. Por mi parte no tenía pensado pagarle más de cien. El río no era muy ancho y, dado el aplastante calor a esa hora del mediodía, incluso estaba considerando la posibilidad de cruzar a nado con la bici en la cabeza.

Pero lo primero de todo era encontrar al policía, puesto que el hombre que seesteaba sobre la silla en la casa de aduanas era apenas un amigo. Con ese lenguaje que se aprende sólo viajando, a caballo entre la mímica y la tradición oral, me pareció entender que el policía vendría en unos minutos. Pero el tiempo en África es eterno. Mi interlocutor no tenía reloj y los minutos podían ser horas. Tras averiguar dónde vivía el policía fui a buscarlo a su casa. La conocida máxima de que “si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña” debía de tener plena efectividad en un país musulmán como Mauritania. El policía dormía, también sobre otra silla, y se sorprendió un tanto al verme entrar en su casa empujando la bici. Le habían avisado por el móvil que un extranjero andaba por el pueblo, pero pensó que si nadie me atendía me aburriría y me iría al puesto fronterizo de Rosso, a sólo dos días en bici. Pero antes que retroceder pasaría a nado el río. De mala gana se calzó y se ajustó la cartuchera. Cuando prácticamente habíamos llegado al río se dio la vuelta. Se había olvidado en casa el sello y el tampón. Pienso que a esas alturas ya empezaba a odiarme. Como no me fiaba mucho de que regresase, desanduve el trayecto con él. Por fin en la cabaña de inmigración me pidió el pasaporte (y un poco de dinero) para estampar el sello. Llevaba ya más de tres horas en Bogué y tenía unas terribles ganas de salir de Mauritania. No me considero un alcohólico, ni siquiera un mal bebedor, pero empezaba a soñar con una cerveza bien fría. En Mauritania, como en otros países árabes, no está permitido el alcohol. El

asfixiante calor complicaba mi forzada abstinencia. Le conté al policía que había perdido mucho dinero, y que incluso el barquero estaba ya recuperando la visión del otro ojo sólo de pensar en el negocio que iba a hacer conmigo. Con poco entusiasmo me selló el pasaporte y con un par de gritos consiguió que el cíclope abandonara el sombrero y empujara la barca hacia el río.

En menos de dos minutos de travesía pisé Senegal. Arrastré la bici por el lodo y subí la cuesta hasta una casita de similar estilo urbanístico a la de Mauritania. La regentaba un hombre que se había ganado, al menos hacía ya diez años, el justo derecho a jubilarse. A mis espaldas quedaba el barquero enrabiado agitando en el aire un billete de cien ouguiyas. El anciano policía vestía un roído uniforme, de color indefinido, y me solicitó con un imperceptible hilillo de voz un poco de dinero. Lo hizo extendiendo su callosa mano arrugada como una pasa, lentamente, como quien avanza a tientas en la noche apartando con sus brazos la oscuridad. Con humildad, con una tristeza en su mirada desenfocada que tejí de inmediato entre nosotros un invisible lazo de afectividad. Me sentía como su nieto que había venido a visitarle de muy lejos. Nunca después, en todas las fronteras que atravesé en África, un policía me pidió dinero con tan mal disimulada necesidad. Pero mi problema en ese momento era financiero, pues no disponía de moneda local. Aunque también de ubicación, ya que no tenía ni idea de por dónde partía el camino que conducía hasta la carretera.

Un joven me ofreció subir la bici a su carro tirado por un caballo. Le agradecí la oferta, pero me contenté con seguirle por la maltrecha pista. No había un camino sino cientos. Y de no ser por él aún estaría durmiendo en la frontera. Incluso se ofreció a cambiarme los pocos billetes que me quedaban de Mauritania a la divisa del país. El río Senegal formaba varias pequeñas islas en esta parte de su recorrido, y en otras dos ocasiones más tuve que subir la bici a una canoa. Esta vez no había barqueros ávidos de dinero, sino pescadores acostumbrados a echarse una mano entre ellos. Mi curiosidad era observar cómo mi guía pasaría con el carro y el caballo, pues en la canoa no había mucho espacio, y si el caballo soltaba una coza volcaríamos. Desató al caballo y lo dejó beber en el río. Colocamos mi bici en la proa y subió el carro a la canoa por la popa; gran parte de la estructura y las ruedas quedaron sumergidas en el agua. Llamó al caballo y sujetándolo fuertemente por las bridas nos adentramos en el río. El caballo caminó con el agua a la altura de las rodillas, hasta que la profundidad lo obligó a nadar. ¡Qué animal más noble e inteligente! Repetimos la prueba de natación equina en otro brazo de río y, al atardecer, me separé de mi amigo para buscar un lugar donde acampar. Desde hacía muchas semanas no había visto árboles, y bajo el manto protector de uno de ellos planté mi tienda para pasar mi primera noche bajo el cielo estrellado de Senegal.

Era la primera vez que veía uno de los míticos baobabs, esos árboles que parecen haber sido plantados al revés, con las raíces apuntando hacia el cielo. Su tronco puede alcanzar diez metros de diámetro y su interior, hueco, es un gran depósito natural de agua. Protegido por la barrera natural de su tronco me resguardaba también del viento. Monté la tienda y busqué unas ramas con las que encender un fuego para cocinar. De esa manera ahorrraba algo de combustible de mi cocina y, sobre todo, disfrutaba de la compañía que brindan las llamas al anochecer; espantando malos espíritus y acercando recuerdos escondidos en el trastero de la memoria.

Isla de la vergüenza

Cuando los portugueses terminaron de colocar la última piedra de la capilla en la isla de Gorée, no tenían ni idea de que estaban poniendo los cimientos de uno de los mayores centros de esclavos de África del Oeste. Hoy por hoy, esa isla es el primer destino turístico en Senegal, desde que fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1978. La isla fue como una pelota de ping-pong cuyo control se disputaron portugueses, holandeses, ingleses y finalmente franceses. Su excelente localización geográfica (Gorée viene del holandés *goede reede*, que significa “anclaje seguro”) motivó que fuera tan codiciada. De aquí partieron entre 1450 y 1870 nueve millones de esclavos. Al menos un millón murieron en su captura, en la travesía o en el desplazamiento hasta la isla. Aquí permanecían el tiempo suficiente para que, una vez alcanzasen el peso mínimo, fuesen subastados y embarcados hacia una muerte casi segura o hacia una vida de trabajos forzados. Las mujeres eran más apreciadas si tenían grandes pechos y eran vírgenes. Sin esta importante mano de obra no hubiera sido posible el florecimiento de los imperios portugués y español. Casi dos años después de atracar en Gorée, desembarqué en otra isla, Zanzíbar, en la costa oeste de África, que cumplía igual papel que la de Gorée en el Atlántico. Parece que las islas son lugares perfectos para este tipo de actividades. Por eso cuando me preguntan qué me llevaría a una isla desierta suelo decir: “un barco para regresar”.

Hasta el reputado filósofo Aristóteles apuntaba que los esclavos eran un instrumento indispensable. Posiblemente el papa Nicolás V había sacado buena nota en sus estudios de filosofía, cuando concedió mediante una bula en 1455 a los portugueses (en concreto al rey Alfonso V y a sus sucesores) la posibilidad de apropiarse de todo lo que descubrieran desde el cabo Bojador (hoy Marruecos) hasta las tierras antárticas.

Los primeros africanos que los europeos se llevaron de África habían sido capturados por marineros portugueses, en expediciones a los pueblos de la costa. Pero sin la ayuda de los jefecillos africanos el comercio de esclavos nunca hubiera alcanzado gran auge. Fueron los mismos africanos quienes efectuaron incursiones para capturar esclavos actuando como intermediarios de los europeos.

Tras la conquista de la isla por los franceses en 1677, el tráfico de esclavos estuvo en manos de ricas familias de comerciantes de Burdeos y Nantes. Y aunque en 1794, tras la Revolución Francesa, Francia fue el primer país en abolir la esclavitud, posteriormente la mujer de Napoleón, Josefina, consideró que las plantaciones de caña de azúcar de su padre en Martinica estaban bajo mínimos de producción y convenció a su marido para que la autorizara de nuevo.

La isla es hoy museo vivo de todo ese drama humano infligido por humanos. Las habitaciones de la casa de esclavos huelen aún, después de más de doscientos años de su construcción, a muerte. En sus sólidos muros de piedra por entre los que sólo se escapaban los gritos de dolor, la claridad difícilmente llega del exterior. Tan sólo en la última habitación entra la luz a través de la llamada “Puerta sin retorno”: una pequeña abertura por la que el sol se

descolgaba cada mañana y en donde una frágil rampa de madera servía para transportar a los esclavos hasta el buque. Barcos como el *Brookes*, diseñado en Liverpool para transportar el mayor número de esclavos. Atados con grilletes, la muñeca de uno con la del otro, para cambiar de postura debían ponerse todos de acuerdo. Las mujeres eran colocadas boca arriba por si alguno de la tripulación tenía apetitos carnales durante la travesía.

No hay mucho que ver en Gorée, pero sí mucho que sentir, y pronto uno se queda sin ganas de hablar. Tan sólo de bajar la cabeza y pedir perdón por lo que alguien con la piel tan blanca como la mía había hecho a otros cuya piel era simplemente más oscura. El barco que me había llevado hasta la isla partía del muelle de cemento a las cinco de la tarde. Algunos turistas tiraban a las transparentes aguas monedas que los niños se apresuraban a rescatar buceando. ¿Por qué no se las daban en la mano? ¿Qué extraño placer hallaban en ver a chicos de diez años zambulléndose en el Atlántico en busca de calderilla? ¿Qué mierda habían aprendido de la visita a la Isla de la Vergüenza?

De vuelta a Dakar, la capital de Senegal, mi actividad iba a trascurrir aquel jueves en la oficina de la aduana, en las instalaciones del aeropuerto. El material me estaba dando quebraderos de cabeza. Primero el problema con el armazón de la bici que tuve que cambiar. Meses más tarde el panel solar decidió dejar de funcionar sin motivo aparente. Una tarde, lavando la bici en una gasolinera, rompí el pantalón. Otro día un niño me embistió por detrás y me rajó las alforjas con un hierro de su oxidada bici. (Ahí aprendí que la mayoría de las bicis en África no tiene frenos). La logística me estaba agotando la paciencia. Aunque gracias a mis amigos de la mensajería Toursa de Oviedo podía renovar algo del material roto y recibir repuestos para repararlo. El paquete me esperaba en la aduana de Dakar, pero para sacarlo de allí hacía falta un mago de la categoría de David Copperfield. El procedimiento para retirar el paquete de la aduana dura aproximadamente unas dos o tres horas. Y lo relato a continuación por si alguien tiene la desgracia de verse en esa situación.

Primero hay que soltar 3250 francos CFA, unos seis euros, por obtener un papel sobre el que girará la revisión y que determinará al final si hay que pagar un pastón de impuestos por retirar el paquete o si saldrá exento. Nada más llegar a la aduana ya conseguí, sin pedirlo, un amigo que me iba a acompañar en todas las gestiones. Aunque nadie le llamó, el chico intuyó que yo le necesitaba. A pesar de que le hice ver que no era así, insistió y me siguió toda la mañana de oficina en oficina.

Juntos visitamos al jefe que finalmente decidiría si había o no que pagar. Nos saludó y extendió su primera firma en el papel, lo que significaba que el procedimiento se había puesto en marcha. Aunque no fue tan rápido como lo describo aquí, pues cuando llegamos estaba desayunando y tuvimos que aguardar media hora.

A continuación fuimos a la oficina del verificador, que es quien, a la vista del contenido, propondría al jefe si se había de pagar o no. Se hallaba situada en un contáiner pintado de blanco y con aire acondicionado. De ahí fuimos al almacén, donde debían localizar el paquete. Lo abrieron y en una hoja fueron anotando el contenido. Esta hoja no había que pagarla, pero me pidieron dinero para volver a cerrar el paquete con cinta. Rechacé tan amable propuesta y el paquete regresó abierto a la estantería

El verificador, que durante la apertura del paquete no estaba presente, nos esperaba en su oficina. Allí, a la vista del contenido del paquete descrito en la hoja, anotó algo ilegible en el formulario que yo había comprado. Con el papelito que ya albergaba unas cuantas firmas regresamos, mi inesperado amigo y yo, a ver al jefe. En esta ocasión no pude entrar a su despacho. Entregué al papel a alguien que se lo hizo llegar y quince minutos más tarde me lo devolvieron. Al final pude leer la palabra “conforme”.

Aún no sabía si eso significaba que debía pagar o que estaba exento. Recorrí las instalaciones en busca de la fotocopidora de la aduana para hacer una fotocopia, a precio europeo, del dichoso formulario para entregarlo en el almacén. Allí no me querían dar el paquete si no abonaba dos mil francos por haberlo guardado tres días. Argumentaban que llegó un día por la tarde (primer día), me avisaron al siguiente por la tarde (segundo día), y esa mañana se cumplía el tercer día. A falta del tal Copperfield les hice un número de magia, apostándome con ellos a que no adivinaban en qué mano escondía mi pañuelo. Si acertaban pagaría lo que me pedían; en otro caso me lo llevaría gratis. Evidentemente perdieron. Así que tras aproximadamente tres horas salí de la aduana con el paquete, escoltado por mi amigo que no me abandonaba. Me pidió una exorbitante suma por haberme ayudado, según él, a sacar el paquete gratis. Se tuvo que conformar con que le invitara a un refresco.

Un paisano en Ziguinchor

Karim vendía DVDs en los bares de mi ciudad, pero yo nunca le compré uno. Era uno de tantos africanos que había conseguido ganarse la vida trabajando más de ocho horas al día siete días a la semana, como había hecho también Ousman Umar y tantos otros. Con las actuales leyes de extranjería Karim hubiera sido deportado a Senegal en veinticuatro horas pues no tenía “papeles”. Por suerte para él llegó a España hace ya bastantes años.

Yo carecía de contactos cuando entré al atardecer por las calurosas calles de su ciudad, Ziguinchor, en la región de Casamance. Una zona que sufrió especialmente los azotes de la esclavitud por su proximidad a la costa. El grupo étnico mayoritario de aquí son los jola o diola, pero está desperdigado, dividido por las fronteras con Guinea Bissau y Gambia. En África las irreales líneas fronterizas surgidas de la Conferencia de Berlín dividen al menos 177 etnias. Por ejemplo la frontera entre Nigeria y Camerún separa catorce grupos étnicos.

Mis posibilidades para pasar la noche en Ziguinchor se reducían a un número de teléfono: el de Karim. Nunca había hablado con él una sola palabra, pero teníamos una amiga en común. Era María, un cielo de mujer que dirige una gestoría en mi ciudad y que ayudó a Karim a abandonar la desterrable categoría de los “sin papeles”. Karim tardó tan sólo veinte minutos en llegar hasta el locutorio desde el que le llamé. Mientras él tomaba otro taxi de vuelta, yo le seguí hasta su casa, donde la noticia de que un hermano de Karim había venido desde España a visitarle en bici ya había alcanzado todos los rincones de Ziguinchor. Me sentía un poco abrumado porque sin conocerle de nada me estaba tratando como si fuera verdaderamente su hermano. Me presentó a toda su familia cuyos nombres iba olvidando tan pronto los escuchaba. Pensaban que yo era un amigo de Karim de toda la vida. Mientras charlábamos en el patio de tierra de la casa de la familia, a la sombra de un enorme mango, las mujeres desaparecieron. Karim hablaba un perfecto español y me iba contando cosas de Oviedo, de nuestra común amiga María, de cómo se ganó la vida vendiendo discos, de cómo ahorraba dinero, de qué lugares son baratos para comer en mi ciudad (la mayoría yo los desconocía). Un enorme plato salió de una de las habitaciones de la casa. Estaba repleto de arroz y pescado. Todos nos lavamos las manos y nos sentamos a comer del mismo recipiente. En África aprendí que las manos son el mejor cubierto que existe; el secreto radica en la correcta utilización de los dedos de la mano. El dedo gordo, al llevar el alimento a la boca, se sitúa detrás del montón de comida que los dedos han aprisionado, y lo empuja hacia adentro. Mis amigos me aventajaban en la caza pero me daban los mejores trozos de pescado. Según terminaban se levantaban para lavarse de nuevo las manos. A mí no me dejaron incorporarme hasta que el pescado desapareció del plato.

Karim me acompañó a buscar un sastre que firmara con un parche mi pantalón roto. En África es habitual que las profesiones se agrupen por barrios o por zonas dentro del mercado. Como ocurría en Europa en la Edad Media. En cuanto dimos con la calle de los sastres sólo me quedó elegir uno. Este oficio es en la mayoría de las veces desempeñado por hombres. De regreso a casa, como sabía que yo hacía espectáculos, Karim me pidió, con timidez, si podía ofrecer uno para su familia. Nunca había pasado por allí nadie con esas habilidades y... al llegar al patio

había más de treinta personas con las que me divertí haciendo mis juegos de magia.

El concepto de familia en África no es el tradicional de Europa. Hasta el más pobre en este continente, aquel que no conseguiría llenar una bolsa de plástico con todas sus pertenencias, tiene familia. Alguien de su mismo pueblo, si lo encuentra en un barrio de París, es su hermano. No dudará en darle cobijo en su casa y por supuesto cederle su propia cama. Si en el estúpidamente llamado “Primer Mundo” donde comen dos comen tres, en África donde comen dos comen cuatro, y aún sobra comida para otro.

Eso lo aprendí meses después, una tarde en Burkina-Fasso, cuando el cielo se largó a llorar como una plañidera. La noche anterior el agua había golpeado con tanta fuerza mi tienda que pensé que no resistiría los envites y acabaría flotando. Amenazadores nubarrones comenzaban a formarse en el horizonte a la hora en la que entré en Ougarau. La única construcción moderna era un puesto de salud sin pacientes. Christopher, el enfermero, no quiso permitirme que durmiera allí teniendo como tenía su casa al lado. La vivienda había sido construida con el material que sobró cuando levantaron el pequeño hospital. El techo era de chapa metálica que, lejos de aislar del calor, convertía la estancia en un horno. Lo que tardé en meter la bici en la habitación fue lo que tardó el cielo en abrirse. Algún irresponsable había pinchado con una fina aguja los negros nubarrones. Toda el agua se vino de golpe como si le hubiesen quitado al cielo el tapón del desagüe. El ensordecedor ruido de la lluvia golpeando con furia el techo de hojalata hacía inútil cualquier intento de conversación dentro de la habitación. Así que permanecemos sentados una hora, mirándonos, hasta poder conocernos un poco más. La mujer de Christopher, que pronto daría a luz, me observaba por el rabillo del ojo. La mesa estaba preparada con una fuente de pasta y dos platos. Pronto se les unió otro plato. No había luz eléctrica y un ruido, menos rítmico que el de la lluvia, nos sacó de nuestras respectivas ensoñaciones. Alguien llamaba a la puerta. Era un amigo de Christopher, que regresaba en moto a su pueblo pero dado la que estaba cayendo no podía seguir viaje. Se sentó encima de dos ladrillos y un nuevo plato brotó en la mesa. Comenzamos a comer lo que llevaba rato esperándonos. La comida que Christopher y su mujer iban a degustar era ahora repartida entre cuatro personas. Increíblemente al terminar la cena aún sobraba pasta en la fuente.

Esa tarde recibí un nueva lección africana. Compartir no es dar lo que te sobra, aunque se llame el 0,7%, es dar de lo tuyo. Cuando aquella familia sentó a dos nuevos comensales a la mesa no cocinó más, pues no había, sino que repartió lo que tenía. Daba igual el país de África en el que me encontrase. La escena se repetía con ligeras variantes.

Angola, seis de la tarde. La jornada llega a su fin y yo busco un trozo de tierra, un poco apartado de la ruta, en el que refugiarme para pasar la noche. Dos campesinos se cruzan por mi camino. Él lleva simplemente una azada en la mano y la mujer un cesto en la cabeza, con ese extraordinario equilibrio que en Europa adquiriría la categoría de número circense. Al verme se detienen para preguntarme a dónde me dirijo a esas horas de la tarde en que ni un solo africano se alejaría más de doscientos metros del poblado. Contra lo que se pueda creer, los africanos le temen a la noche, a los ruidos, a dormir a la intemperie. Por eso para muchos mi forma de vida les sugiere tanto respeto. Me presuponen una fuerza especial para cruzar en solitario parajes desconocidos y para dormir en mitad de la nada. El matrimonio angoleño no puede creer que yo me aleje del pueblo y se alarman al descubrir que sólo tengo un poco de arroz y una cebolla para cenar. Respondiendo

con gran celeridad a la mirada de su marido, la mujer baja la cesta de su cabeza. Allí yacen recostados dos peces que esa noche constituirán su cena. Sin dudarle, sin preguntarme nada, me dan su comida. Pero esta vez no la acepto. Es su única comida y no puedo permitirlo. Trato de rechazarlo de la forma más suave para no ofenderles. Cuando creo que lo han entendido, tras más de cinco minutos de tira y afloja, vuelvo a la ruta. Esa noche, mientras corto la cebolla para preparar el arroz, pienso en esos campesinos que comerán el pescado y seguro se acordarán de mí. Aunque fuera de mi tienda se ha puesto a llover y la noche es cerrada como el túnel de una mina, no me siento solo. Veo el rostro de la mujer mientras me ofrece el pescado y la sonrisa de su marido aprobándolo. Lloro de emoción..., ¿o será por la cebolla?

No llores, sólo es un blanco

Llevo varios días oliendo a pescado. Cuando digo oliendo no quiero decir que ese tufo flote en el aire, sino que *yo* huelo a pescado podrido. La causa es el jabón que utilizan en las montañas de Fouta Djallon (Guinea Conakry) para lavar la ropa. Una pastilla blanquecina rectangular que ha impregnado todo mi cuerpo de ese nauseabundo olor. Aunque estamos en marzo, a las once de la mañana mi reloj ya registra 40 °C a la sombra. El aire es espeso, tupido como la vegetación, y abriendo la boca sólo consigo quemarme la lengua. A mediodía no tengo más opción que elegir una sombra bajo la que derretirme de calor. Pero en Touba se me ocurrió aprovechar la parada para lavar la ropa que llevaba puesta. Estaba empapada y aunque volvería a chorrear en media hora, quería darme el placer de reemprender la marcha oliendo a limpio. Con el calor del ambiente en menos de una hora estaría seca. Las mujeres se reían mientras me desvestía delante de ellas. El turbante que hasta esos momentos ocupaba mi cabeza vino a situarse en mi cintura a modo de falda. Solamente rechazaron limpiarme el pantalón de ciclista. Según me explicó por señas una de las alegres mujeres, la tradición contaba que lavarle la ropa interior a un hombre era tanto como acostarse con él. Así que me lo lavé yo pues era más rápido que cumplir con la tradición.

Reemprendí la marcha y, como era de esperar, no tardé mucho en volver a sudar la camiseta. El olor a pescado me producía náuseas y aún no entiendo cómo conseguí avanzar sin cambiarme la ropa.

Lo que antes era una pista de piedra y arena, se había convertido sin darme cuenta en un sendero que subía descaradamente. Las piedras eran cada vez más grandes, casi rocas, y avanzar era más una cuestión de equilibrio que de fuerza. El sudor me chorreaba por los antebrazos y se posaba en la gomaespuma del manillar, que comenzaba a desprenderse, impidiéndome mantener un rumbo cierto.

Y luego estaban las moscas. Habían encontrado en mí un juguete y, conscientes de que me iría al suelo si soltaba las manos del manillar, hacían “puenting” con mis pestañas. De vez en cuando me concentraba en soltar una mano y en espantar las moscas, pero el riesgo era bastante grande. En un par de ocasiones saqué por los pelos el pie del pedal para no caerme, así que decidí no hacerles caso. Bufaba hacia arriba y meneaba la cabeza para que se despegaran de mi cara y, aunque surtió efecto al principio, pronto se dieron cuenta de lo inofensivo de mi soplado y siguieron caminando por mi rostro chorreante de sudor. Al ataque se unieron los tábanos y contra ellos no podía hacer nada. Deseaba que aquella subida terminara pronto, cuando un disparo rompió la tarde. Sonó tan cerca que pude sentir antes el viento de la bala rozándome la oreja que la detonación. De los matorrales próximos a la pista apareció un chico que pasó delante de mí como un rayo y recogió del suelo, a pocos metros de la bici, una especie de perdiz. Cargaba en la otra mano un viejo fusil que aún humeaba. Su sonrisa, blanca y luminosa, contrastaba con mi cara de absoluta preocupación. No tuve tiempo de traducirle mis insultos. Como no me entendía me callé resignado. Me acompañó hasta la villa más cercana al tiempo que agitaba la pieza en la mano con la alegría con la que un escolar presumiría de cartera nueva.

El pueblo, en realidad tan sólo seis casas de adobe, se asentaba en la única parte un poco más llana de la subida. Sólo había una tienda que, más que un comercio, era el lugar de reunión de los parroquianos. Les pedí un poco de agua pero me dijeron que se había acabado. La bomba que surtía al pueblecito llevaba rota varias semanas. Un hombre alto de edad indefinida, con el pantalón raído pero con ademanes de lord, se acercó. Era profesor en la escuela vecina a quince kilómetros y en un inglés muy básico se ofreció a llevarme a su casa. Como jefe del pueblo le correspondía el honor de alojar al extraño. De camino a su casa le expresé mi agradecimiento. Se detuvo y agarrándome de la mano me dijo:

—Es normal, tú eres *nuestro* extranjero.

Para entrar en su recinto tuve que salvar dos enormes piedras, “las últimas de este día”, pensé. Al verme llegar a la casa muchos de los niños que estaban jugando en el patio salieron despavoridos en todas direcciones. Salvo uno que, como aún no sabía andar, se limitó a llorar con toda su alma. El dueño de la casa fue hacia él y agarrándolo del brazo con una mano lo levantó del suelo como si fuera una escoba. Acariciándolo lo acunó en su pecho con un gesto a mitad de camino entre la recogida del algodón y el cariño.

—Why is he crying? —le interrogué, intrigado por la reacción del chiquillo.

—You are the first white man he saw —me respondió.

Me costaba creerlo, pero a juzgar por lo recóndito del pueblo y considerando que el niño aún no tenía dos años, no era tan descabellada la idea. Ningún coche hubiera podido recorrer el camino que yo había hecho esa tarde, y ya se sabe que los turistas hoy en día no suelen aventurarse más allá de donde termina el asfalto. En el pueblo además no había televisión con lo que bien pudiera ser que yo fuera “su primer blanco”. Para aquel desconsolado niño yo debía de ser un negro con la piel levantada. Este era el nombre que se les da a los blancos, aún hoy en día, en la vecina Guinea Bissau: *branco pelele*. Viene a querer decir algo así como “blanco pelado”. Pues cuando observaban el color marfil del hueso que quedaba a la vista al hacerse una herida profunda pensaban que nosotros, los blancos, éramos negros con la piel despegada. En África me han llamado de todo: oniotcha (Nigeria), mzungu (Tanzania), faranghi (Etiopía), khawagah (Sudán y Egipto)...

Recosté la bici sobre un árbol y con las botellas de agua vacías fui en compañía de varios chicos a tratar de llenarlas. El pozo que surtía al pueblo por la rotura de la bomba se encontraba a media hora de caminata, en el fondo de un pequeño valle donde había además un minúsculo campo de fútbol. Más que un pozo era una charca de color parduzco sobre la que varias moscas revoloteaban. Tenía muchísima sed pero el agua olía tan mal que no sabía si beber o dar la vuelta. Cargué las botellas y subí la ladera acompañado ya por casi todos los chicos del pueblo.

Varios vecinos se habían acercado a la casa del profesor para saludarme y comprobar que mi bici era tal y no una moto. Les dejé admirando a Kova y me fui a una esquina del patio a darme una ducha con aquella agua maloliente, pero que refrescaba y me permitía quitarme la sal de encima. Ya había oscurecido en las montañas de Fouta Djallon y la linterna *made in China* del profesor apuntaba hacia un taburete de robusta madera. En el suelo había un plato de arroz, otro de patatas dulces, y varios chicos mirándome llenos de curiosidad. El profesor y yo comíamos

mientras los niños esperaban retirados a unos metros de distancia. Me sentía mal porque ellos no estaban comiendo mientras que a nosotros, cada vez que terminábamos un plato, las mujeres nos traían otro. Cansado como estaba, más que hambriento, pronto dejé de comer. Y entonces me di cuenta de la jugada maestra. La comida que nosotros no acabábamos era devorada por los chicos. Los siguientes platos los dejé pasar apenas sin probarlos y me retiré a dormir.

Me habían instalado en una pieza sin muebles en cuyo suelo se extendía un colchón, posiblemente el del profesor, que habían cubierto con dos sábanas de diferente color y tamaño. Empujé la desvencijada puerta de madera y me tiré rendido. Llevaba sólo cinco minutos acostado cuando el ruido de un aleteo me despertó. Inspeccioné la sala con mi frontal: oculto bajo unas chapas metálicas, un pato más asustado que yo se agitaba inquieto. Regresé al colchón y me quedé sopa. Al rato sentí que algo me rozaba la cara y de un manotazo lo aparté, pero no tardó mucho en volver a la carga. Alargué la mano para buscar la linterna y cuando sentí de nuevo la caricia en mi piel encendí la luz. La alargada sombra de una rata recorrió la pared de adobe. De un salto me puse en pie. Como un sonámbulo, sin consciencia real de mis actos, abrí las alforjas y monté la tienda sobre el colchón del profesor.

La alarma de mi reloj me libró de una pesadilla en la que varias ratas, grandes como leones, me perseguían por una pista llena de enormes rocas que me impedían pedalear. En el patio ya había comenzado la actividad que, en África, coincide siempre con el clarear del cielo. Un fuego empezaba a hacer hervir el agua (imagino que proveniente de la charca) y el profesor empujaba su motocicleta para ir a la escuela. Desarmé la tienda antes de que entrara en la habitación. No creo que hubiera podido explicarle por qué la había montado sobre sus maravillosas sábanas. Fui a buscar a Kova, que descansaba cerca del pato, y la saqué al exterior. Pero se hacía la remolona. La rueda delantera estaba pinchada. Desayunar un pinchazo es horrible. Es como si el día empezara ya irremediablemente mal. Aunque lo prefiero a tener un pinchazo al final del día, cuando las fuerzas ya están al límite y no quedan más que ganas de dormir. El profesor vino a interesarse y a ofrecer su ayuda. Pero al ver que me manejaba bien solito partió. Yo tenía una extraña sensación. Estaba despidiendo al propietario de la casa desde su propia vivienda. Se lo dije y se fue riendo, pero no tardó en volver. Empujaba la moto. Él tampoco amaneció bien. Había pinchado.

África se escribe con “H”

En los escarpados terrenos de Bandiagara, en Mali, encontró el pueblo dogón un refugio que mantuvo a raya a los esclavistas que hacían expediciones a caballo en las regiones más bajas de río Níger. Así lo narraba en sus crónicas Mungo Park, cuando acompañó a un comerciante de esclavos por el sudoeste de Bandiagara, y descubrió (contra la opinión de la época) que el Níger fluía de Oeste a Este.

El acantilado de arenisca en el que vivían se extiende durante aproximadamente ciento cincuenta kilómetros, y fue originalmente habitado por el pueblo tellem, hasta que en el siglo XIV fueron expulsados por los dogón, que ocuparon sus casas. Éstas eran excavadas en las paredes del acantilado a más de ochenta metros del suelo. Los dogón pensaban que para entrar y salir de sus casas los tellem volaban. Sin embargo, investigaciones sobre la climatología de la época echan por tierra tan mítica explicación, sugiriendo que en aquellos tiempos la vegetación cubría las laderas de la roca que hoy están desnudas. Trepando por las enredaderas los tellem podían acceder a la vivienda.

Ya me habían prevenido en la misión católica de Bandiagara que no era posible recorrer en bicicleta el país dogón. Desde luego ni en moto ni en coche, tan sólo andando. Además de por lo arenoso del terreno, una montaña se interponía en mitad del camino, y sólo a pie se podía atravesar. Pero también me dijeron que para cruzar la montaña granítica que separa ese pueblo de Borko tal vez encontrara ayuda en el pueblo de Tim Tam.

Llegué a Tim Tam a las diez de la mañana tras empujar durante gran parte del trayecto la bici por la arena, y visité al jefe del pueblo. Su casa era la menos pequeña, protegida por unas rocas y unas chapas de metal de un viejo tonel de aceite. Me dijo que todas las mujeres que podrían ayudarme a llevar la bici hasta Borko se habían ido a buscar agua, a veinte kilómetros, pues en el pueblo no tenían. El río Níger no tiene aquí mucha fuerza, pues su desnivel en esta parte es de apenas diez metros en doscientos, por lo que sus aguas están casi estancadas.

Tras hacerme un sitio en el patio de su casa de adobe se fue a la escuela y volvió con todos los alumnos. Ellos serían mis porteadores. El mayor tenía doce años y el más pequeño siete. En total eran dieciséis chicos, inquietos y nerviosos, pues no sabían qué había ocurrido para que interrumpieran las clases. Hice un poco de magia para ellos y la risa acertó, una vez más, la distancia que el lenguaje había establecido entre nosotros. Yo llevaría a Kova y a Maxi. La mayoría estaban descalzos y el ascenso de una hora discurría por piedras y desniveles no aptos para personas no habituadas al senderismo. Pero ellos lo estaban mucho más que las cabras. Me costaba seguir su ritmo y debían detenerse para esperarme. El descenso era un poco peligroso para mí, pues con la bici a cuestas no veía muy bien dónde debía poner el pie y temía caer y romperme la cabeza, o lo que era peor, la bici. El mayor de los chicos, al ver mis dificultades, se ofreció a cambiarme la carga y a llevarme a Kova. Viéndole saltar de piedra en piedra con la bici en volandas me parecía tener delante de mí a uno de los míticos habitantes del pueblo tellem volando para entrar en su casa. Una hora y media más tarde de haber iniciado el ascenso por la rocosa montaña, entramos en el pueblo de Borko, famoso por sus hambrientos cocodrilos. Cargué

a Kova con todos los bultos que los chicos habían transportado y, tras unos cuantos juegos más de magia, me despedí de ellos. En cinco minutos ya habían recorrido buena parte del empinado ascenso. Observándoles saltar de roca en roca me sentía impresionado. Todo mi saber, todo mi material, todo mi dinero, era nada sin la ayuda de esos muchachos que habían salido de su escuelita para ayudar a un blanco al que posiblemente nunca volverían a ver. África debería escribirse con “H” de humildad y de hospitalidad.

En Douentza recuperé la verticalidad sobre mi bicicleta y volví a rodar sobre asfalto por uno de los lugares más calurosos del planeta. Una temperatura media de 30 °C durante todo el día y todos los meses del año. El sol me apuntaba directamente a los ojos cada mañana y no dejaba de hacerlo hasta las seis de la tarde, cuando mi sombra se proyectaba delante de mi rueda frontal. Hacia el noroeste un grupo de rocas se erguía en mitad de la meseta de Hombori. Me recordaba enormemente las formaciones de los *tepuis* en Venezuela en la sabana que se extendía al sur del país y que recorrí a finales de 2001. Pero aquí en Mali la mole de roca apuntaba al cielo con sus afiladas aristas. Por momentos, dependiendo del lugar desde el que la observara, se asemejaba a una mano. Cinco dedos parecían levantarse de la tierra y querer tocar el cielo. Imaginaba que la Tierra, sufriendo como yo el terrible calor, imploraba misericordia al cielo. Era la Mano de Fátima, un paraíso para la escalada. El sol me traspasaba el turbante que llevaba en la cabeza, sentía que me estaba cocinando las ideas, y opté por colocarme el casco encima para lograr un poco más de protección. Toda mi energía estaba dirigida a defenderme del sol. El agua era obviamente un problema, y en los pocos poblados que atravesé, cuatro en doscientos kilómetros, era un líquido más solicitado que la Coca-Cola.

Con frecuencia veía caravanas de camellos discurrir paralelamente a la carretera. Pero no se dirigían a los pueblos. Hace muchos años que los tuaregs ya no van al pueblo a por agua. Conducen sus camellos varias jornadas para llegar hasta alguno de los pozos que durante cientos de años han sido la salvación de los últimos nómadas de la Tierra. A los tuaregs se debe la introducción de los camellos en las rutas del Sáhara en los siglos II y V d.C. Y gracias a los camellos el comercio de la sal prosperó, facilitando los intercambios entre los pueblos. La sal viajaba en camellos hasta Tombuctú, en canoa hasta Jenou-Jeno (cerca de Djenne) y posteriormente en burro o a espaldas de los portadores hasta la costa. El precio final que un bloque de sal alcanzaba en Ghana era seis veces superior al del origen.

La caravana que acababa de dejar a mi izquierda se detuvo en uno de esos pozos: el de Taddejika. Era la salvación también para mí, porque hacía rato que las botellas bailaban en el portabidón por la ausencia de líquido en su interior. Dejé la bici en la carretera y anduve los quinientos metros que me separaban del pozo. Los tuaregs habían llegado antes que yo, y no podían ocultar su alegría al verme llegar con las botellas en la mano, puesto que yo era para ellos la gran novedad. Antes de saciar su sed, estaban dando agua a las ovejas y a los camellos. Un olor a rancio presidía aquel lugar y no tardé en descubrir que el origen era la propia agua del pozo. Para obtener agua del interior utilizaban la fuerza de los camellos. Sujeto de una cuerda extraían un enorme odre viejo de cuero y mil veces remendado. Cuando estaba lleno, lo cual era en sí mismo un arte, azuzaban al camello, que sin despeinarse subía hasta el exterior el recipiente, que rebosaba agua. Varios hombres lo izaban los últimos metros y lo volvían a lanzar al pozo. Un ahogado chasquido cortante dejaba sentir la honda profundidad de aquel agujero excavado en la arena. El agua tenía un color amarillo, como la orina del camello, pero su olor era más fuerte de

lo que yo podía soportar. Un rápido cálculo mental de los efectos de beber aquella agua (diarrea, tifus...) me hizo recapacitar y asumir que no tenía tanta sed como imaginaba. Acepté la botella que un tuareg me brindó y fingí beber. El rostro de aquel hombre estaba completamente cubierto de surcos. Su piel tenía la textura de la suela de un zapato y sus ojos se perdían en las depresiones de su cara hundiéndose en los hoyos debajo de sus cejas, como meadas en la nieve, que diría el poeta. Volví caminando hasta mi bicicleta con las botellas llenas de ese apestoso líquido. Por si acaso no lo tiré. Nunca se sabe en estos casos. Me acosté debajo de una acacia, cuyas ramas más que sombra daban pena, y traté de pasar lo mejor que pude las restantes tres horas. Hasta las cinco de la tarde hubiera sido suicida lanzarme a la carretera. No tenía energía ni para escribir mi diario. La consigna era no pensar, no moverse, no respirar, reservar toda la fuerza para no consumir agua. Evité hasta mear.

Dormir era imposible debido al agobiante calor que formaba un charco bajo mi espalda en cuanto reposaba sobre la esterilla. Moje mis labios en ese líquido, pero el resultado fue peor, pues estaba salado. Me levanté y tomé una de las dos botellas que estaban llenas con el agua del pozo. Cerré los ojos y bebí un poco. Traté de pensar en otra cosa mientras la sustancia caliente se deslizaba por mi garganta, pero el olor era demasiado fuerte. Arrepentido la expulsé de inmediato. Vacíé las dos botellas para no tener más tentaciones y me volví a tumbar sobre la esterilla. El termómetro marcaba 49 °C a la sombra.

Mientras no bajara hacia el sur un poco más no vería el termómetro descender de los 30 °C. Mas la carretera se empeñaba en adentrarse en el desierto imitando el discurrir del río Níger. Iba hacia su encuentro en la ciudad de Gao dejando a mi derecha la reserva de elefantes de Gourma, un caso insólito de elefantes adaptados a vivir en el desierto: Estos mastodontes deben consumir al menos ciento cincuenta kilos de vegetación a diario, y beber cada dos días.

Hilo dental para el desierto

Gao había sido la capital del imperio Shongai, y fue tan importante como Tombuctú o Djenne, todas ellas en la ruta transahariana. Pero Gao se encontraba en la orilla este del río Níger. Un oxidado barco todavía era utilizado para cruzar a los cientos de personas que aguardábamos en el otro lado. Una polvareda como una nube de arena se formaba cada vez que el barco atracaba, levantada por la cantidad de gente que subía a bordo. La cubierta no tenía asientos, sólo era una superficie lisa, como la de un portaaviones en miniatura. Desde el puente de mando, un hombre con unas gafas de sol demasiado grandes me reclamaba el pago del billete. Nadie había pagado y yo sabía que no había que abonar cantidad alguna. Pero el hombre trataba de jugar a la lotería conmigo. Un blanco en aquel lugar era un billete de lotería premiado. No le tocó.

En Gao debía encontrarme con Benoit, un belga a quien descubrí caminando un lunes de animado mercado en los alrededores de la mezquita de Djenne. Benoit había salido de Bélgica conduciendo una Renault Space sin matrícula, una noche de invierno sin luna. En poco más de cuarenta y ocho horas atravesó Francia y España. Ningún policía se dio cuenta de que el coche no tenía matrícula y por supuesto tampoco seguro. Dentro del vehículo, Benoit llevaba una bici de carretera y unas alforjas. Su idea era llegar a Senegal y vender el coche, luego continuar en bici hasta Camerún y de ahí, con el dinero de la venta del coche, volver por el aire a Bruselas. Pero hace años que las leyes de Senegal impiden que ningún coche europeo de más de cinco años de antigüedad pueda entrar en el país. Así que Benoit malvendió la Renault Space en la capital de Mauritania. En unas horas dejaba de ser conductor de coche para ser ciclista. Llegó tan sólo media hora después que yo al único hotel decente y barato de Gao, que se hallaba cerca de la torre del agua. Ya la ubicación del hotelucho la consideré un gran acierto.

Desde Gao a la frontera de Burkina-Fasso había tan sólo 235 kilómetros, pero no parecían asequibles para recorrerlos en bici. Por más que preguntábamos en el pueblo, nadie conseguía decirnos si la arena que nos encontraríamos en todo el trayecto era lo suficientemente dura para que nuestras bicis no se hundieran. Benoit iba ligero, tan sólo treinta y cinco kilos, pero Kova superaba los ochenta. Decidimos intentarlo. Yo no me encontraba en mi mejor forma física, pues hacía días que me dolía la garganta al tragar, pero decidí no contarle nada a Benoit. Los primeros kilómetros la arena era compacta, pero en seguida nos obligó a descender y a empujar las bicis. En dos horas habíamos cubierto apenas diez kilómetros, cuando en condiciones normales esa distancia la cubro en media hora. El agotador esfuerzo terminó con mi poca salud y con mi moral. Un coche se detuvo para decirnos que en el siguiente pueblo, Haoussa-Foulane, había una piragua que nos podía llevar hasta la frontera. No entiendo aún cómo conseguí llegar al pueblo empujando la bici con el sol golpeando sin clemencia. Me fui directo al mercado, que estaba vacío de personas y mercancías, y me tiré en la sombra. Las moscas se turnaban para molestarme y Benoit se fue a buscar al jefe del pueblo para preguntarle sobre la posible piragua.

“Mi bici debe de estar recostada contra algún poste del mercado”, fue mi último pensamiento antes de dormir entre sudor y escalofríos. Sabía que debía tomar algún medicamento,

pero estaban al fondo de una alforja y no tenía siquiera fuerza para ir a buscarlo. Me podía haber quedado allí cinco días sin moverme, aunque la visa me iba a caducar al día siguiente. No tenía necesidad de ir a ningún lugar, pues aquel trozo de sombra era el paraíso, aunque la cabeza parecía que me iba a explotar. Me adentré en un placentero túnel guiado por un grupo de solícitas moscas.

Benoit me despertó para decirme que suponía que la piragua no saldría hasta mañana. El jefe del pueblo no hablaba francés y el bueno de Benoit no pudo averiguar más. Me di la vuelta y retomé la pesadilla.

Un camión que venía de Gao en dirección a Burkina pasó sin detenerse por el pueblo. Iba repleto. No teníamos mejor opción que hacer noche allí. Colocamos la tienda a orillas del río, donde supuestamente debía atracar la canoa, ya que el pueblo era tan pequeño que no tenía un punto de amarre, y cocinamos algo.

Benoit me obligó a cenar algo pero mi cabeza me dolía tanto que quería cortármela. La noche fue horrible pues la pasé bañado en sudor. De madrugada un poco de aire me daba escalofríos y opté por cambiar de saco. El que estaba usando chorreaba agua y en mitad de la noche salí a tenderlo. Aunque hacía mucho calor, mi cuerpo me pedía meterme en el saco de plumas. Pero en media hora estaba también completamente mojado. Volví a salir afuera y lo colgué al lado del saco-sábana, que aún estaba húmedo. Sólo deseaba dos cosas: llegar a la frontera con Burkina y recuperar la fuerza que se me había quedado en la arena del desierto.

La canoa llegó hacia las diez de la mañana. Sólo había sitio en el techo. El precio que nos pedían era exagerado, y aunque nuestra posición no nos daba margen de maniobra, conseguimos bajarlo un poco. El que parecía el jefe tenía un aspecto de malo y un físico tan poderoso que hubiera triunfado en Hollywood. En esta época del año el río no llevaba apenas agua, y en un par de ocasiones nos vimos obligados a echar el pie a tierra para liberar a la canoa de peso y que pudiera continuar por el río sin tocar fondo. Un bulto se cayó del techo, pero el capitán no dio la vuelta para ir a buscarlo. Afortunadamente no era la bicicleta. Tras dos horas de travesía encontramos un sitio bajo el toldo. Debido al escaso caudal el viaje terminó a las cinco de la tarde en Ansongo. Para continuar hasta la frontera no había otra solución que volver al camino, pero aquí era descaradamente de arena fina. Imposible en bici. El lugar más barato, más fresco y menos maloliente para dormir en el pueblo era la terraza de un restaurante que alquilaba camas. Allí montamos el campamento. Con un poco de imaginación pudimos atar las mosquiteras para no ser devorados por los mosquitos. Gracias al medicamento que había encontrado en la alforja me sentía un poco mejor. El camión debía salir al día siguiente a las cinco de la mañana. A las cuatro alguien vino a despertarnos. Corriendo para no perderlo llegamos a la plaza. El conductor, o quien se encargaba de vender un sitio en la caja abierta del camión, nos pidió el dinero de cuatro plazas. Dos por nosotros y dos por las bicis. Nuevamente llevábamos escrito en las caras la palabra “pringado”. A riesgo de perder la oportunidad, lo dejamos partir y aguardamos otro camión. Esta vez, antes de discutir sobre el precio, subimos las bicis. Pero con nuestras niñas ya cargadas, el conductor quería que las bajáramos. No se había dado cuenta de que las bicis ocupaban tanto espacio en la caja del camión. Pero con lo que nos había costado colocar las bicis ni un regimiento de policía nos hubiera hecho bajarlas. Salimos a las tres de la tarde. No había toldo y dentro de la caja existía una gran confusión entre sacos de harina, gallinas, mujeres, bicicletas y

bidones de plástico. Yo iba sentado en el borde metálico exterior de la caja del camión. Sujeto por mis manos y por una buena noción del equilibrio. Al menos el aire me refrescaba algo. Nadie sabía decirnos si cruzaríamos ese día la frontera. Lo más normal es que estuviera cerrada a la hora de nuestra llegada. El camión se quedó atrancado en la arena un par de veces y tuvimos que bajar a empujarlo. Al anochecer se detuvo de nuevo. Pero no por la arena sino por la religión. La mayor parte del pasaje se inclinaba en dirección a la Meca, en mitad de la nada, haciendo tocar su cabeza con la arena. Uno de los pasajeros dirigía la oración. Benoit y yo aprovechamos para recolocar el material y las bicis que se habían desplazado por causa de los baches del camino.

La frontera estaba efectivamente cerrada y debimos pasar la noche en el desierto. El conductor nos dijo que a las cinco de la mañana partiría, así que mejor no nos íbamos muy lejos. No había pensión ni nada parecido y todo el mundo durmió cerca del camión sobre las esteras que antes habían servido para rezar. No existía electricidad y tan sólo unos puestos de comida alumbrados por la luz de las velas metidas dentro de una botella de plástico. El arroz con arena era la única opción. Al comerlo la arena crujía dentro de la boca. Ya me había olvidado de la dieta del desierto. Fue aquí donde empecé a utilizar el hilo dental para librarme de la arena que se colaba entre los dientes. A la luz de la linterna cambié la fecha de mi visa por un día más. Mágicamente el “21” se convirtió en “22”. La tinta de mi bolígrafo se parecía bastante al utilizado en su momento por el funcionario de Mali. Al día siguiente al pasar el control de pasaportes, siendo como éramos tantos en el camión, la policía no se tomó la molestia de examinar mi obra de arte. Había puesto tanto esmero en hacerlo que hasta me molestó que no la revisaran.

Pocos metros detrás de la frontera comenzaba el asfalto y detuvimos el camión para bajarnos. Aquel viaje en camión fue sin duda uno de los más horribles en África. Demasiado rápido, demasiado traqueteo, demasiado descontrol. El único alojamiento en Ayorou, en un emplazamiento idílico a orillas del Níger, era un hotel supuestamente de cuatro estrellas aunque carecía de agua potable. Ni Benoit ni yo teníamos más fuerza para negociar el precio. Empujamos las bicis dentro de la habitación, tratamos de hacer funcionar el ventilador, y caímos exhaustos en la cama.

La providencia ha pasado por aquí

A gente leva da vida
a vida que a gente leva

Fátima Guedes

Un bicho del tamaño de la uña había encontrado cobijo en mi piel. No era una herida muy grande pero me preocupaba porque cada día empeoraba en vez de mejorar y no tenía ni idea de cuál, de las ocho cremas que llevaba, debía utilizar. El botiquín, como el seguro de accidentes, es mejor no tener que usarlo. De hecho cuando me venció la póliza ni me enteré. Meses más tarde volví a contactar con la compañía que me había patrocinado con el seguro. El director de marketing era nuevo y no quería saber nada de un payaso en bici. Estuve más de un año sin seguro, y afortunadamente sin necesitarlo, hasta que me hice uno por Internet con una compañía de Australia.

La crema que elegí no parecía surtir efecto, así que me concentré en buscar un hospital. Algo bastante difícil en África. Pero di con uno días más tarde a la entrada de Tanguieta, en Benín. Vencida la resistencia del guarda de la puerta caminé por las instalaciones. Las familias de los enfermos hacían su vida en los jardines, cocinaban, lavaban sus ropas y aguardaban a que su familiar recibiese el alta para regresar a su aldea. Un enfermo en el hospital producía un minúsculo movimiento migratorio pues se traía consigo todo un equipo de asistencia humana. Aunque el desplazamiento al centro de salud muchas veces era demasiado tarde o tras la visita al curandero del poblado que, en muchos casos, agravaba la salud del paciente con sus hierbas. Si el enfermo moría, sus familiares eran capaces de endeudarse para hacer un buen funeral. Irónicamente, con la décima parte de ese dinero hubieran podido comprar el medicamento que lo hubiera salvado.

Cuando no vestía las ropas verdes de doctor, fray Florencio se engalanaba con los hábitos de su orden. Llevaba muchos años trabajando en el Hospital de San Juan de Dios de Tanguieta. Y también asistía a otros hospitales en África. Si regresaba a su tierra en Milán era para recaudar fondos para el hospital. Así fue como consiguió levantar la sala de pediatría. Poco a poco el hospital se iba llenando de niños, y era necesario darles un espacio independiente, pero no había recursos económicos. Pero un hecho ocurrido a miles de kilómetros proporcionó el dinero necesario. A veces las desgracias de unas personas son desencadenantes del cambio de fortuna de otras.

Las Brigadas Rojas secuestraron al hijo de una familia pudiente en Italia. Paolo habló con sus padres para pedirles que no pagaran el rescate porque lo iban a matar en todo caso. En una situación tan crítica es difícil saber qué es lo mejor. Los padres no colaboraron y Paolo apareció días más tarde carbonizado dentro de un coche a las afueras de Milán. Poco tiempo después fray Florencio daba una charla con sus experiencias africanas en su parroquia de un barrio de Milán. Los padres de Paolo asistieron a la conferencia y al saber que fray Florencio necesitaba dinero para la sala de pediatría, no dudaron en darle lo que tenían. Más o menos la suma que las Brigadas Rojas les habían solicitado para liberar a Paolo.

La foto de un Paolo sonriente, un chico de no más de dieciséis años, preside hoy el pabellón de la sala de pediatría en Tanguieta. Esto me lo contaba fray Florencio al abrir la herida de mi pierna y desinfectarla. El bicho ya se había ido pero me dejó unos cuantos huevecillos de recuerdo. Mientras sus expertas manos me curaban, un nudo se me formaba en la garganta, al pensar que aquella herida me había brindado la posibilidad de conocer a ese gran hombre. No sabía cómo decirle que quería actuar para los chicos del hospital. Cuando le conté mi proyecto sonrió. No le extrañaba que yo hubiera caído ahí y consideraba mi herida providencial.

En el hospital había también religiosas españolas. Eran Teresa, Carmen y Cristina, quienes poco más o menos consideraban a fray Florencio un santo. Su fama como médico había incluso traspasado fronteras y la mañana siguiente la madre del presidente de Togo se presentó para ser operada. Pero más que gente importante, los pacientes del hospital eran sobre todo niños que venían para ser intervenidos de pequeñas deformaciones en los pies. Tantos que pronto la sala de pediatría se había quedado pequeña y sólo los que precisaban suero tenían la posibilidad de dormir en una cama. El resto lo hacían sobre las esterillas en el suelo de los pasillos, acompañados por sus madres.

Al día siguiente de mi llegada ofrecí el espectáculo para los chicos hospitalizados. Y minutos antes visité las salas de los pacientes que no se podían desplazar. Especialmente me sorprendió un chico de unos diez años que tenía quemaduras en casi el 80% de su cuerpo. Sus ojos, fijos como el suero que le alimentaba, casi me helaron la sonrisa. ¿Qué pensaría de mí, pintado de payaso, detrás de la mosquitera que lo defendía de las moscas? Ni uno solo de los músculos de su cara se agitó ante mi presencia. Un ligero movimiento de su cabeza lo diferenciaba de una momia. Estaba completamente vendado. Ahogado en el dolor de esa visión salí al exterior a tratar de respirar un poco de aire.

Más o menos realizo la misma rutina en los espectáculos pero siempre procuro adaptarlos al lugar. En esa ocasión me tumbé en una camilla con ruedas y, cubierto por una sábana, un enfermero me llevó hasta el escenario. En otra ocasión, en una cárcel de Nairobi, se me ocurrió dejar a un lado mi traje de payaso y me enfundé el uniforme a rayas blancas y negras de uno que había sido preso hasta hacía pocos días. Sólo mi maquillaje, y el color de mi piel, me diferenciaban del público. Pienso que en ambos casos la aceptación de mi clown fue mayor, porque de alguna manera me veían como uno de ellos. Y en lugares en que he actuado donde nunca habían visto a un clown he optado por vestirme y maquillarme delante de la gente. Así ven la transformación de la persona en clown y no se extrañan tanto. Como el que hice en las calles de Bamako en Mali o el de Namibia en un barrio de Windhoek.

Tanguieta significa montaña partida y se encuentra en una zona preciosa, de vegetación paradisíaca y enormes montañas. Ascendiendo por una de ellas abandoné el hospital el día después del espectáculo. Me despedí de las religiosas y de fray Florencio, con quien volví a coincidir meses más tarde, aunque por los pelos. Fue en el Hospital de San Juan de Dios de Nguti en Camerún. Atardecía y buscaba dónde dormir cuando un todoterreno con el logotipo del Cabildo de Canarias me adelantó. Lo seguí por una calle que ascendía hasta un hospital. Allí traté de ver al director. Había muchos niños, la mayoría escayolados, que habían sido operados recientemente. Mientras aguardaba a que me atendieran ojeé la información de los tablones. Se anunciaba la visita del doctor Florencio. Me costó un rato darme cuenta de que era fray Florencio. Cuando vino

el director le expliqué mi experiencia en Tanguieta y me presentó al hermano Jesús, canario. Un hombre sencillo como un lapicero, y que no dejaba de sonreír mientras me narraba las dificultades de vivir allí. Carecían de Internet y de teléfono. Sólo tenían una emisora de radio con la que, con suerte, comunicaban un par de veces con España. La sonrisa de aquel hombre y su capacidad de entrega a los demás me tocó profundamente.

Cuando se acercó la época de mi cumpleaños se abrió un debate en el foro de mi web sobre qué regalo podían hacerme. Alguien consideró que lo mejor era apoyar alguno de los proyectos que yo había ido descubriendo en mi recorrido africano y no dudé en recordar mi paso por el Hospital de San Juan de Dios de Nguti. El hermano Juan sabría muy bien cómo emplear el dinero. Se recaudaron, anónimamente, más de trescientos euros que afianzaron un poco más la sonrisa del hermano Juan. La visión de aquel coche con el emblema del Cabildo de Canarias fue también providencial.

Como lo fue mi encuentro con unos franceses en la cascada de Kota. Fue el día que salí de Tanguieta. Me dirigí a la cascada a dormir. Pero el sitio ya se había vuelto un poco turístico y había que pagar para entrar. Como la cascada no se veía desde la entrada, dejé la bici allí y fui a ver la caída del agua. Al guarda no le hizo mucha gracia, pero le aclaré que si me quedaba a dormir le pagaría, y si no me iba. Mientras se lo explicaba, unos franceses salieron de la cascada. Estaban trabajando con una ONG local instalando bombas de agua. Algo muy necesario en África. Yo he usado muchas de esas bombas y les hice saber mis preferencias. Por ejemplo es mejor la bomba que se acciona con los pies, con un movimiento rítmico de subir escaleras, que la que se acciona con la mano. Una niña de diez años puede sacar más fácilmente agua de la primera que de la segunda, ya que generalmente no posee suficiente fuerza para accionar la palanca con sus manos. Aunque parece ser que la bomba de mano es más barata y se estropea menos. Les conté un poco mi proyecto y al rato nos separamos. Bajé hasta la cascada. El agua estaba fría, pero no tanto como para ahogar mis deseos de bañarme. No había nadie cerca, o eso me pareció, de modo que me quité las ropas y me tiré al agua. No quería prolongar demasiado mi separación de Kova, así que regresé hasta la entrada. Me dirigí al guardia, dispuesto a comprar el billete de entrada. Me lo dio pero no aceptó mi dinero porque los franceses lo habían comprado para mí antes de irse y en él habían escrito:

La providence est passée.

Un ángel negro

La enfermedad hace dulce la salud
el hambre hace dulce la saciedad
la fatiga hace dulce el descanso

Heráclito

El parásito *Plasmodium* que causa la malaria tiene una antigüedad de más de sesenta millones de años. Y aunque hay más de tres mil clases de mosquitos conocidas, sólo la del género *Anopheles* trasfiere el *Plasmodium*, y curiosamente exclusivamente la hembra. El macho es inofensivo; es vegetariano y se alimenta del néctar de las flores. Pero la hembra salió “draculina”.

Un ambiente húmedo, mucho calor y exhalaciones de anhídrido carbónico son las señales para que la hembra se lance al ataque. La muy put..., de una sola mordedura ingiere dos veces y medio su peso en sangre. Una vez en la sangre, el parásito destruye millones de glóbulos rojos. Por eso las poblaciones que han desarrollado resistencia a la malaria lo han conseguido modificando la estructura de los mismos: adoptan la forma de una media luna roja que se rompe cuando el parásito intenta acceder. Pero solamente de las cuatro formas de *Plasmodium* conocidas hay una que es mortal. Es el *Plasmodium Falciparium*, que cuando invade el cerebro provoca la malaria cerebral. Que acabó con la vida de muchos exploradores africanos. En el siglo XIX pensaban que tomando al día un Gin Tonic se evitaba la mortal enfermedad. Como consecuencia lógica los que no fallecían por malaria acababan alcoholizados. Adilio, un angolano-portugués que conocí en N’zeto (Angola), me juraba que iguales o incluso mejores resultados se conseguía con el güisqui. Él lo usaba hasta para lavarse los dientes.

En Tanguieta, alarmados porque no tomase nada contra la malaria, me dieron un montón de pastillas de cloroquina. Debía tragarme dos a la semana, pero pronto me cansé y dejé de hacerlo. Sobre la malaria hay tantas teorías como clases de mosquitos. No hay una postura mejor que otra, puesto que depende del efecto que la medicación haga en las personas. Recuerdo una conversación de dos padres salesianos de más de sesenta años durante una cena en su casa en Porto Novo (Benín). Con sus teorías de cómo prevenir la malaria se podría escribir un tratado de medicina. Su dilatada experiencia africana y su adaptación al ambiente quedaban reflejadas en la historia de la mosca.

Al poco tiempo de llegar a África uno de ellos se encontró una mosca en el vaso de agua. Pidió que le cambiaran el vaso. Meses más tarde volvió a caer una mosca en el vaso. Esta vez la quitó y bebió el agua. Tiempo después de nuevo una mosca flotaba en el agua. Bebió sin importarle, con mosca y todo. Al día siguiente, al ir a beber y no hallar la mosca en el vaso, se fue a la cocina a reclamar:

—¿Dónde está mi mosca?

Lo cierto es que tomar profilaxis durante mucho tiempo destroza el organismo y produce

algún que otro efecto secundario, como vómitos, dolor de cabeza y pesadillas. Para estancias de menos de tres meses parece aconsejable seguir la profilaxis, pero si uno piensa estar más de dos años por este continente es mejor afrontar la mala suerte.

No me encontraba mucho peor cuando entré en Agbor (Nigeria) de como estaba cuando salí de Gao (Mali). Apenas un poco de dolor de cabeza que achaqué a un resfriado. Los curas de la parroquia de Agbor fueron muy amables y me facilitaron una habitación para descansar, justo antes de que la lluvia descargase sobre la ciudad. Al día siguiente, lunes, vinieron a examinar mi estado de salud. Mi idea era salir esa mañana de Agbor pero me encontraba bastante peor. Lo que más me asustaba de tener malaria era mi desconocimiento de los síntomas. No sabía si la podía identificar. Sí, los expertos salesianos de Benín me habían advertido que te dolía enormemente la cabeza y tenías escalofríos, pero ignoraba cómo mi cuerpo iba a experimentar ese trance. El termómetro digital me marcaba una temperatura de 38,5 °C. Nigeria debe de ser uno de los peores países de África para pasar la malaria, porque como la mosquita te deja sin hierro es preciso comer bien. Pero, tal vez por haber sido colonizado por los ingleses, Nigeria posee una de las peores cocinas del continente.

Así me lo ratificaba también Antonio, el cónsul de España en Lagos (Nigeria). Me invitó a vivir en su residencia, pues yo no iba a poder encontrar un hotel que se ajustara a mi económico presupuesto en esa gran urbe, y él prefería que durmiera en su casa arropado por sábanas con el escudo de la Corona. Bastante riesgo había corrido al entrar en la ciudad en bicicleta. Desde que leí “Lagos”, en un cartel a la entrada, hasta que di con la embajada pasaron tres horas de pedaleo. En ese tiempo asistí a dos peleas y a un robo. Antonio era de Gijón y haciendo una relajación de sus principios alojaría en su propia casa a un ovetense. Para solucionar los referidos problemas culinarios del país había contratado un cocinero de Benín y un chófer de Ghana, que en sus respectivos oficios parecían la mejor elección. ¡Cuánto eché de menos al cocinero de Antonio los días que pasé en Agbor!

El martes mi termómetro ya indicaba 40 °C y los curas empezaron a visitarme con más frecuencia a mi habitación. Sólo salía de la cama para ir al baño, que afortunadamente estaba dentro de mi cuarto. No tenía apetito, un plato de pasta aguardaba ya hacía horas en la mesilla, y mi propio olor me producía náuseas. Tan pronto sudaba igual que en la sauna, como tenía que meterme dentro del saco de plumas pues estaba tiritando de frío. Tal vez tenía malaria aunque me costaba aceptarlo. El crucifijo que colgaba de una de las paredes volaba por la habitación como si fuera Supermán y los espaguetis parecían medusas que se enredaban en mi pelo.

El miércoles la temperatura no bajaba de 40 °C. Dicen que en ese momento el funcionamiento normal del cerebro se altera. Aunque ya había tomado la decisión de pedir que me llevaran al hospital no tuve tiempo de hacerlo. Un ángel negro, enfundado en un palio blanco de pies a cabeza, entró en la habitación. Me tomó de la muñeca y me susurró con voz de miel que le siguiera.

—Voy a ponerme los zapatos —le dije.

—No hace falta —me contestó mientras me arrancaba de las sábanas con energía y dulzura.

Mi situación no parecía admitir demora alguna; una vieja ambulancia estaba esperándonos

en el exterior. Había mucho tráfico en la calle y al salir me percaté de que aún no la conocía. Llevaba más de tres días en aquella ciudad y no había aún caminado cien metros por sus avenidas. El conductor no paraba de tocar el claxon y yo sentía que mi cabeza iba a reventar. El hospital no estaba muy lejos pero se me hizo eterno el viaje. La luz me dañaba los ojos. Mi ángel negro, sentado detrás de mí, sujetaba mi cabeza con sus alas. De repente me encontré desnudo en una habitación de un hospital. Más ángeles negros, no sé cuántos, se movían sobre mi cabeza y me conectaron un tubo al antebrazo. Respiré aliviado pues estaba en el mejor sitio posible. Si mi salud podía recuperarse ese era el lugar adecuado. Alguien me preguntó qué quería comer pero no podía pensar en tan compleja pregunta. Los ángeles negros me empujaban a un extremo de la cama y luego al otro, en una hábil maniobra para cambiarme la sábana de abajo. En esa mañana repitieron la operación tres veces, pues yo no paraba de sudar. Creo que hasta el tercer día no me di cuenta de que no tenía sábana de arriba. El ángel negro que vino a mi habitación a buscarme me acompañó al baño y me lavó. Sólo un poco de claridad se colaba por una ventana rota, la suficiente para sentir vergüenza de que una mujer me lavara como si fuera un niño de dos años. Pero si no me apoyaba en ella me caía. A la tarde recibí la visita de mi vecino de pabellón. Un cura que convalecía de su enésima malaria. Se reclinó sobre mí y colocando su mano derecha en mi frente dibujó la señal de la cruz. Si con ello pretendía tranquilizarme provocó el efecto contrario.

La botella de suero se terminó en unas horas y uno de los ángeles negros la cambió. Su sonrisa, blanca como su uniforme, y sus expertas manos maniobrando con los utensilios médicos me dieron la paz que el cura me había robado.

El tercer día en el hospital batí mi récord de caminata. Ida y vuelta por el corredor exterior de diez metros. Ya estaba mucho mejor. El doctor vino al cuarto día para darme el alta. Los análisis demostraban que el *Plasmodium Falciparium* se había instalado en mi organismo. Malaria cerebral. Debería esperar unos años para comprobar si me había atacado el cerebro. El doctor pretendió tranquilizarme diciendo que, si hubiera tardado un día más en ir al hospital, ya estaría muerto.

Aún tuve que quedarme una semana más con los religiosos hasta tener la fuerza suficiente para pedalear. Cuando les pregunté por la factura del hospital no obtuve respuesta. Tuve que ir una tarde a las oficinas a pedir la cuenta. Eran unos cien dólares. Pero no querían que yo pagase. Sin embargo insistí hasta conseguirlo. No era un hospital para ricos, habían gastado mucho material y tiempo en mí, y consideré justo pagarlo. Además no hacía mucho tiempo una persona me había dado un dinero que bien podía utilizar para esta ocasión.

Fue en Cotonou (Benín) donde entré en contacto con la ONG Mensajeros de la Paz. Su fundador era el padre Ángel, asturiano, galardonado con el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia en 1994. Iban a entregar una nueva ambulancia a un hospital y mi actuación podía dotar al acto del carácter festivo que era necesario. Una de las personas que había donado dinero para la ambulancia era Claude, un libanés que tenía prósperos negocios en Benín. Quedó muy sorprendido por mi proyecto y le gustó tanto el espectáculo que me invitó a que fuera a su casa a cenar por la noche. Para llegar hasta allí me envió un chófer con uno de sus cinco Mercedes. Mientras cenábamos en una mesa tan grande que parecía de billar me preguntó por alguno de mis trucos de magia pero no pude complacerle. No suelo relevar el secreto.

Su mujer, como suele ocurrir en los países árabes, no se unió a la cena. Al despedirme, Claude me entregó un sobre de esos con ribete azul y rojo, en cuyo interior había cuatro billetes de cien dólares. Uno de ellos fue el que, con gusto, entregué al administrador del hospital de Agbor en Nigeria.

Para las siguientes tres malarias (todas causadas por el *Plasmodium Falciparium*) ya conocía los síntomas y no esperé a que ningún ángel negro me salvase. En las farmacias vendían un medicamento que se basaba en una planta natural, la artemisina, desconocido aún en España, cuyas autoridades sanitarias se empeñaban en prescribir el ineficaz y caro Malarone. Hasta que abandoné la costa oeste de África no me libré del azote de la malaria.

En Gabón entré en contacto con unas religiosas brasileñas que desde hacía muchos años estaban tratando a pacientes con la bioenergética, una técnica de diagnóstico que se sirve de plantas naturales. La malaria ya no era un problema en Lastourville para los que se dejaban tocar por la hermana Carmelita. En cuanto me vio supo que yo tenía un problema. Me llevó a una habitación de la antigua misión católica, ahora destruida en gran parte por un fuerte vendaval ocurrido hacía un año, y me mandó sentarme.

—Quítate todo lo que tengas de metal que esté en contacto con tu cuerpo y no cruces los brazos ni las piernas —fueron sus mecánicas instrucciones.

Salió al patio y de un grito avisó a un chico que, desde hacía años, había mostrado interés por aprender la técnica.

—Pero son muy vagos —me confesaba en voz baja, apenada de que sus conocimientos no encontrasen seguidor en Lastourville.

El chico llegó y se puso de pie, al lado de la hermana Carmelita. Ella me agarraba una mano y la otra el muchacho, que hacía de conductor de la energía, al tiempo que la hermana formulaba preguntas. No iban dirigidas a mí, más bien no iban dirigidas a nadie, pero a cada pregunta ella sentía una vibración de mi cuerpo y le mandaba al chico anotar algo en una hoja con un esqueleto dibujado. Al terminar la exploración, que se prolongó más de media hora, resultó ser que en mi hígado se había instalado el vivax, una de las variantes de la malaria. Además yo padecía no sé qué problemas en el aparato urinario y en la cabeza. Nada grave, según la hermana. A continuación me llevó a su laboratorio. Una sala oscura, de olores inciertos, donde por encima de todo se respiraba paz. Allí iba guardando las plantas que recogía en sus paseos por el bosque, y las iba clasificando con una paciencia infinita. Me dio cuatro frascos y un cuentagotas, con precisas instrucciones. Debía tomar solamente unas pocas gotas varias veces al día, y así podría estar seguro de que la malaria cerebral no me acompañaría toda la vida.

—Hermana, le estoy tan agradecido... —le dije—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Nada, sigue tu camino. Si un día puedes, trata de enviarme cuentagotas, pues son difíciles de conseguir en la ciudad. Y sobre todo continúa dejando sonrisas allá donde pases.

Esa noche ofrecí un pequeño espectáculo en la escalinata de la semiderruida iglesia bajo una luna que no quería perderse tan mágico momento. Meses más tarde, y de nuevo enterado el foro de la web de la labor de las hermanas, gracias a anónimos donativos se consiguió enviar a

Lastourville un dinero con el que la hermana Carmelita podría comprar más cuentagotas.

Cerezo al teléfono

En África hay básicamente dos estaciones: la seca y la lluviosa. Esta última me sorprendió entrando a Camerún por la frontera, obligándome a buscar refugio bajo techo. Allí debajo encontré inesperados compañeros de aguacero. Una mujer que vendía huevos cocidos y portaba un bebé a su espalda, un motorista sin casco y un grupo de viajeros que aguardaban la llegada de un posible autobús. El espacio es compartido con el extranjero, que se convierte en la alegría de la tarde. No hay una lengua común que nos permita comunicarnos. Tan sólo la mirada que, siendo la de un payaso, siempre tiende puentes con la risa como excusa. Un poco de malabares con los huevos cocidos fue más que suficiente para que la carcajada se escuchase por encima de la lluvia.

Con semejante volumen de agua no era de extrañar lo tupido de la impenetrable selva. En bici el bosque tropical no solamente se ve. Se huele y se oye. El chasquido de una rama al partirse indica que un animal ha abandonado su escondite. Pero la selva también se padece. La pista de tierra al contacto con el agua se convierte en un material pegajoso que se adhiere a las ruedas de mi bicicleta con extrema facilidad. Tanto, que prácticamente todas las casas son construidas con ese barro tan adherente mezclado con hierba. Un entramado de juncos, que luego se rellenará con esa masa, es la estructura de la casa. El sol hará que el barro adquiera la consistencia de la piedra. Para el techo utilizan también los juncos, pero cubiertos con hojas de palma. La casa dura varios años y los dueños no se ven empeñados hasta las orejas para pagar la hipoteca. El sistema de títulos de propiedad es prácticamente inexistente en África. Un terreno libre es un terreno ocupable, pues quien lo desbroza tiene todo el derecho del mundo a construir allí su casa. Todo es fabricado con material natural, que la naturaleza brinda por doquier, y todo es reciclable. El peligro mayor de esas construcciones son los leones. La mayoría de los ataques a personas los realizan penetrando en las casas por el tejado. Así lo contaba una pareja de setenta años, en el sur de Tanzania, a un periodista:

“La pasada noche Ossama, el león, vino y saltó sobre el techo. Pero lo habíamos construido muy fuerte, con ramas y hierbas, y no pudo entrar” (villa de Kipo en el sur de Tanzania, 18 de enero de 2003).

Hasta la aparición del plástico África era uno de los continentes menos contaminados. Aunque este material ha simplificado enormemente la vida de las personas. Las mujeres ya no tienen que cargar enormes tinajas de barro (pesadas aun estando vacías) para ir a por agua. Los bidones de plástico, *made in China*, guardan fila por ellas en las bombas de agua mientras sus dueñas pueden ir a cortar leña o a cocinar.

El lodazal causado por la lluvia torrencial me imposibilitaba no sólo pedalear sino caminar. Alrededor de la suela de mis zapatos se había formado una pasta semejante a unas raquetas para la nieve. Cada pocos metros debía detenerme a retirar el barro acumulado entre el freno delantero y la rueda. No podía recorrer cien metros sin parar o, lo que era más frecuente, sin caerme. La gente que caminaba en dirección al pueblo, mucho más acostumbrados que yo a esa situaciones,

llevaban los zapatos en la mano. Todos parecíamos andar como los pingüinos. El sol que resurgía tras la tormenta parecía tener aires de revancha y picaba, molesto por haber sido relegado al banquillo por las nubes.

En Camerún, sólo en los alrededores de la capital hay asfalto. En general casi todas las nuevas carreteras en África son construidas por los chinos, que han invertido aquí más que todos los países de la Unión Europea juntos. Por un lado obtienen un inmenso mercado para sus productos (como el plástico) y por otro se nutren de petróleo. Al menos el 30% del petróleo que importa China viene de Sudán, Angola o la República Democrática del Congo. Como afirmaba el diario *The Economist* en junio de 2006: “los derechos humanos no son una barrera para China en su búsqueda de recursos”. Cuando un gobierno africano ofrece un trozo de carretera para ser construida, China suele ganar la licitación pues sus costes son siempre los más bajos. En varias ocasiones vi a chinos trabajando en las carreteras. Pero no eran ciudadanos chinos normales. Eran prisioneros que cumplían condena a miles de kilómetros de sus casas. La empresa se ahorra el coste de la mano de obra y ganaba siempre el concurso de licitación.

En Douala (Camerún) le haría la primera cirugía a Kova. La llanta delantera había sufrido un golpe tremendo un mes antes en Nigeria. Fue un domingo cuando entré al país, poco antes de pasar la malaria. Estaba absorto contando el número de estaciones de servicio y de iglesias que surgían a uno y otro lado de la carretera. Los cantos de una confesión se mezclaban con los de otra. Dios tenía mucho trabajo aquel día para acudir a todos los lugares en los que era requerido.

Sidecares-bomba iban y venían continuamente hacia la frontera. Eran de fabricación casera. A una moto vieja le habían soldado un tanque para transportar combustible. El piloto dirigía aquello a una velocidad de locura con una sonrisa kamikaze. En los pueblos vendían gasolina en botellas de Coca-Cola y en el aire flotaba el pesado olor a bencina. No en vano Nigeria es el sexto productor del mundo de petróleo, aunque carezca de luz eléctrica en muchas de sus ciudades.

Distraído y pensando en cuánto era un euro en nairas, la moneda de Nigeria, me hundí en un bache. Resultado: rueda delantera rota. Opté por pedalear desconectando el freno delantero hasta que pudiera repararla. Sería en Agbor, en donde había convalecido por la malaria, y donde decidí también curar a Kova la herida con un par de certeros golpes de martillo, asesorado por mi mecánico y amigo Fran desde Oviedo.

Con Kova luciendo zapatos nuevos llegué hasta la Embajada de España en la capital de Camerún, Yaoundé. El cónsul, Alberto Cerezo, era un caso muy raro en su clase. Era un tipo normal. He visto a muchos cónsules en África. Casi tantos como países. La mayoría de los que me recibían, lo hacían a la defensiva. Pensaban que iba a pedirles dinero. Otros como el embajador de España en la República Democrática del Congo no dudaban en recomendarme que no entrara en el país. Cuando me vio en su oficina de Kinshasa y le pedí contactos de religiosos o de una ONG tampoco dudó en decirme:

—Como lleva ya nueve meses en África buscándose la vida seguro que lo puede hacer aquí.

Por eso recuerdo con especial agradecimiento los casos de Antonio en Lagos o de Alberto en Yaoundé. Mientras estaba una tarde con este último en la piscina de su casa le llamaron por el

móvil; la conversación aclara lo que digo:

—Hola Alberto, soy Fátima

—Hola, ¿qué tal?

—Oye, el viernes damos una fiesta, por si quieres venir.

—Sí, muy bien. ¿Dónde?

—En tu casa.

—OK, gracias por invitarme.

Fátima era la canciller. Una gran mujer mitad brasileña mitad española que tenía una especial sensibilidad por la cultura. Mi proyecto le encantó y se vino en un viaje de más de cuatro horas hasta Bembi, en la selva, donde ofrecería mi espectáculo para una población de pigmeos. Fue gracias a la colaboración de una ONG española llamada Cerca y Lejos. También acudió al espectáculo que ofrecí en un centro de chicos de la calle. Fue ella, imagino, la que lio a Matías para que me rodara un documental. Matías es un director argentino que vivía por aquel entonces en Camerún. El documental lo grabamos en un par de días. Meses más tarde me envió la copia original. Lo había titulado “Un payaso se cruzó en mi camino”. Tal vez un día haga una edición comercial; por ahora lo conservo como un recuerdo de la buena gente que encontré cerca de la Embajada de España en Camerún.

De momento ya tenía dos películas de este viaje. La primera fue la que rodó Nenad el día de la salida en Oviedo. Le conocí en una charla que di sobre el proyecto en la FNAC de Barcelona. Nenad no paraba de hacer preguntas. Como le confesé más tarde, “pensé que había una cámara oculta, y que tantas interrupciones tuyas no tenían como finalidad sino sacarme de quicio”. Pero el gran Nenad simplemente tenía curiosidad por mi próxima vuelta al mundo y sentía una gran afinidad con mi manera de ver las cosas. La charla había sido dos meses antes de la salida en Oviedo, y cuando Nenad se plantó delante de mí en la plaza de la catedral a las diez de la mañana, no le reconocí.

—Te dije que vendría el día de tu partida, y aquí estoy.

Nenad salió de Barcelona el día anterior tras terminar su jornada de trabajo. Alquiló un coche y condujo toda la noche. Llegó a Oviedo con el albor y el frío de las montañas asturianas. Tras la comida, a cincuenta kilómetros de Oviedo, regresó a Barcelona el mismo día. Más de dos mil kilómetros en menos de veinticuatro horas. Nenad se trajo una cámara con la que me grabó una entrevista; pero nunca pensé que fuera a utilizar aquel material.

Cuando yo estaba en Camerún recibí un correo electrónico suyo. Claro, directo y contundente, como todo lo que hace. Con el material de mi partida y un buen guion que él mismo escribió, había editado con sus fondos y de sus amigos un DVD llamado “El Arte de Vivir”. Me pedía autorización para comercializarlo y me quería regalar doscientas copias para que yo pudiese venderlas.

De profesión cortador

Si no es por el río Ntem, salgo de Camerún sin darme cuenta y sin sello en el pasaporte. Un policía me hacía señas para que me detuviera, pero con los años de bici he aprendido a ignorarlas. Sin embargo el río era una barrera infranqueable para mí. Un puente financiado por la Unión Europea se abrirá en unos meses y mandará a la jubilación a la barcaza que ahora es utilizada para cruzar. Retrocedí a la caseta del policía. Estaban desnudando a un compatriota y arrojando el contenido de su bolsa en el suelo. No se qué es lo que buscaban pero traté de que no hicieran lo mismo conmigo. De todas las fronteras africanas sólo tuve que abrir mis alforjas en Namibia. Venía del sur de Angola, una zona productora de diamantes. A pleno sol, en mitad de la calle, varios funcionarios namibios, más secos que una uva al sol, examinaban hasta mis calcetines. Dos horas y media duró su pesquisa. Aquel día las bromas no me evitaron el control. Generalmente funcionan y muy bien. Como en la frontera de Lesotho, donde incluso me dieron de comer y ejercí de policía pidiendo el pasaporte a los que cruzaban. Allí me quedé cuatro horas. O el paso fronterizo de Sudáfrica, donde colgué la hamaca para echar la siesta.

A mí no me desnudaron y me dejaron partir en la barcaza para cruzar el río, aunque no me sellaron el pasaporte de salida. El sello de entrada a Gabón lo obtendría treinta kilómetros más adelante. En Bitam. Estaba un poco mosqueado de que no hubiera control policial al otro lado del río Ntem, pero Ramón insistía en que no me preocupara. Pedaleábamos juntos, salvo en la subidas. Allí él se bajaba de la bici pues como no tenía cambios no podía salvar los brutales desniveles. Pero continuábamos la charla, dado que mi frecuencia de pedaleo no era mayor que la de sus pasos. Su bici pesaba bastante porque llevaba una motosierra en la parrilla trasera y bastantes herramientas. No tenía problemas para pasar la frontera porque aquel terreno era como su casa, y los policías de Gabón, Guinea Ecuatorial y Camerún creían que era de su nacionalidad.

Ramón es de Guinea Ecuatorial. Tuvo que huir por los consabidos problemas políticos que vive el país y que han provocado que miles de personas estén en las cárceles por pensar diferente del que gobierna. Con su motosierra se gana la vida y se ha hecho ya un lugar en Bitam. Me invitó a su casa a dormir. De haber sabido que era la última del pueblo, donde termina la montaña, no lo hubiera aceptado. Pero por fortuna para mí lo ignoraba. Ramón hablaba español y se conducía con unos modales exquisitos que chirriaban en aquel cuerpo modelado de arrancar árboles. Se había construido una bonita y sencilla casa de madera, con vistas a un pequeño pantano. Sobre el pantano que limitaba con su cabaña había colocado inteligentemente unas tablas que, ocultas por unos juncos, servían de baño. Con el agua de la ciénaga llené mi bolsa para la ducha y me refresqué al tiempo que las ranas destrozaban *La Traviata* de Verdi. Ramón se calzó unas botas de plástico y se fue remando en la canoa a una parcela que decía tenía más abajo y donde cultivaba tomates. Media hora más tarde regresó con un cubo repleto de tomates de la huerta. Su mujer, o la mujer con la que vivía, recogió el cubo y preparó la cena. Con ellos vivía el hijo de ella, que tenía un problema que se llamaba “quinientos euros”. El dinero que necesitaban para ser operado de un fibroma.

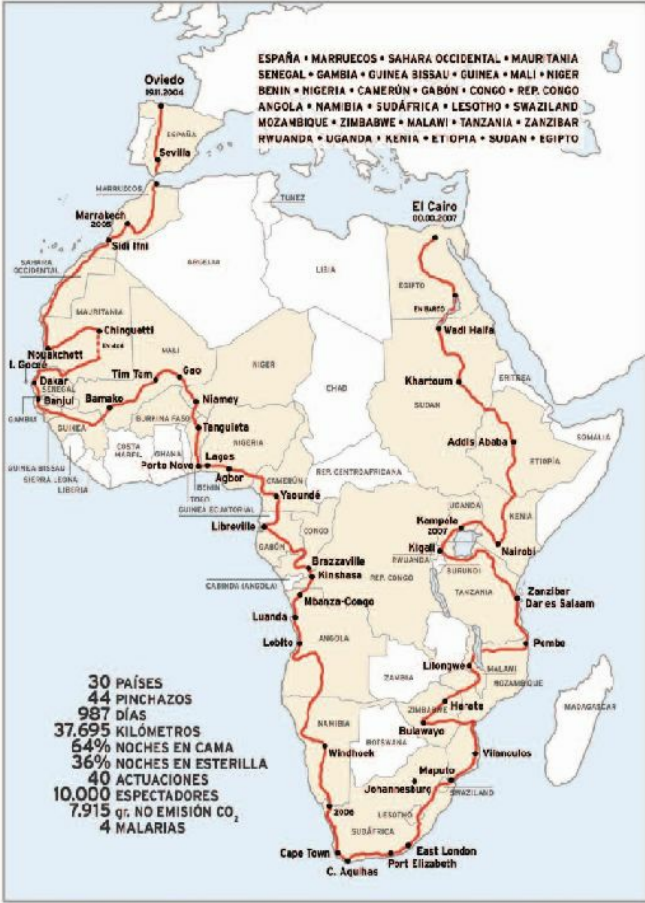
Bajé con Ramón al pueblo para comprar alimentos para la cena. Mucha gente le saludaba y

eso que no llevaba allí más de tres años. Se notaba que era buena gente. Traté de pagar el pescado que compramos, o la fruta, pero me fue imposible. Tan sólo un par de coca-colas.

Charlamos en la baranda mientras los mosquitos nos lo permitieron. Ramón quisiera marcharse de aquí pronto pero no sabe a dónde. Con su motosierra y sus habilidades sería capaz de hacerse un sitio en cualquier lugar. Pero ahora su corazón está preso de esa mujer y no puede dejarla abandonada. El hijo, aunque no sea suyo, es también un problema que debe resolver. En Gabón pronto se celebrarán elecciones y “siempre hay gente dispuesta a matar para ponerse medallas”, me confesaba a la luz de una luna que era testigo de la bondad de ese hombre. Trabajo para su motosierra no le faltaba, pues Gabón está repleto de árboles. Aunque no sé por cuánto tiempo.

Diariamente en la ruta me sobrepasaban al menos cuarenta tráileres cargados de cinco o seis árboles centenarios. Debido a los múltiples accidentes que han provocado viajaban en convoy. En cabeza iba un coche con una pizarra que indicaba el número de camiones que le seguían. Aunque si llovía, cosa no infrecuente en esa época, el agua desdibujaba el número pintarrajeado con tiza. Sólo podían circular de lunes a viernes, y exclusivamente hasta las seis de la tarde. Pero el salario de los conductores variaba en función del número de viajes que hiciesen, lo que implicaba que fuesen a toda velocidad. El destino de esa madera acostumbra a ser Europa o China. Cada uno de esos árboles ha necesitado al menos trescientos años para adquirir ese tamaño. Pero el expolio de esta franja de tierra no es nuevo y comenzó en la época de Leopoldo II, aunque curiosamente la culpa la tuvo en alguna medida la bicicleta.

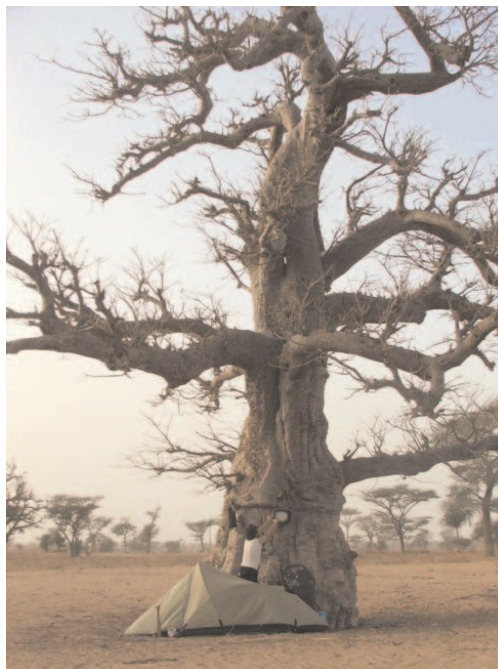
Cuando en 1891 Michelin patentó una cubierta de bicicleta, el uso de ésta se disparó, requiriendo grandes remesas de caucho. El Estado del Congo belga tenía todo el caucho preciso para atender las demandas de los ciclistas...





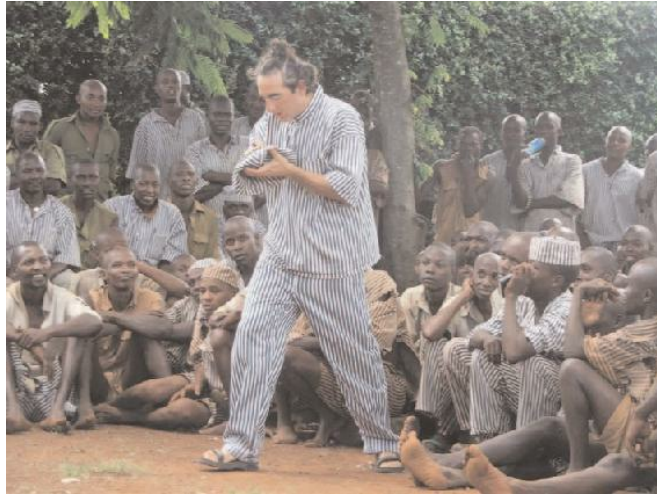
Ducha sin cortinas
(Angola, 2005)

Mi primer baobab (Senegal, 2005)





En África también nieva (Marruecos, 2004)



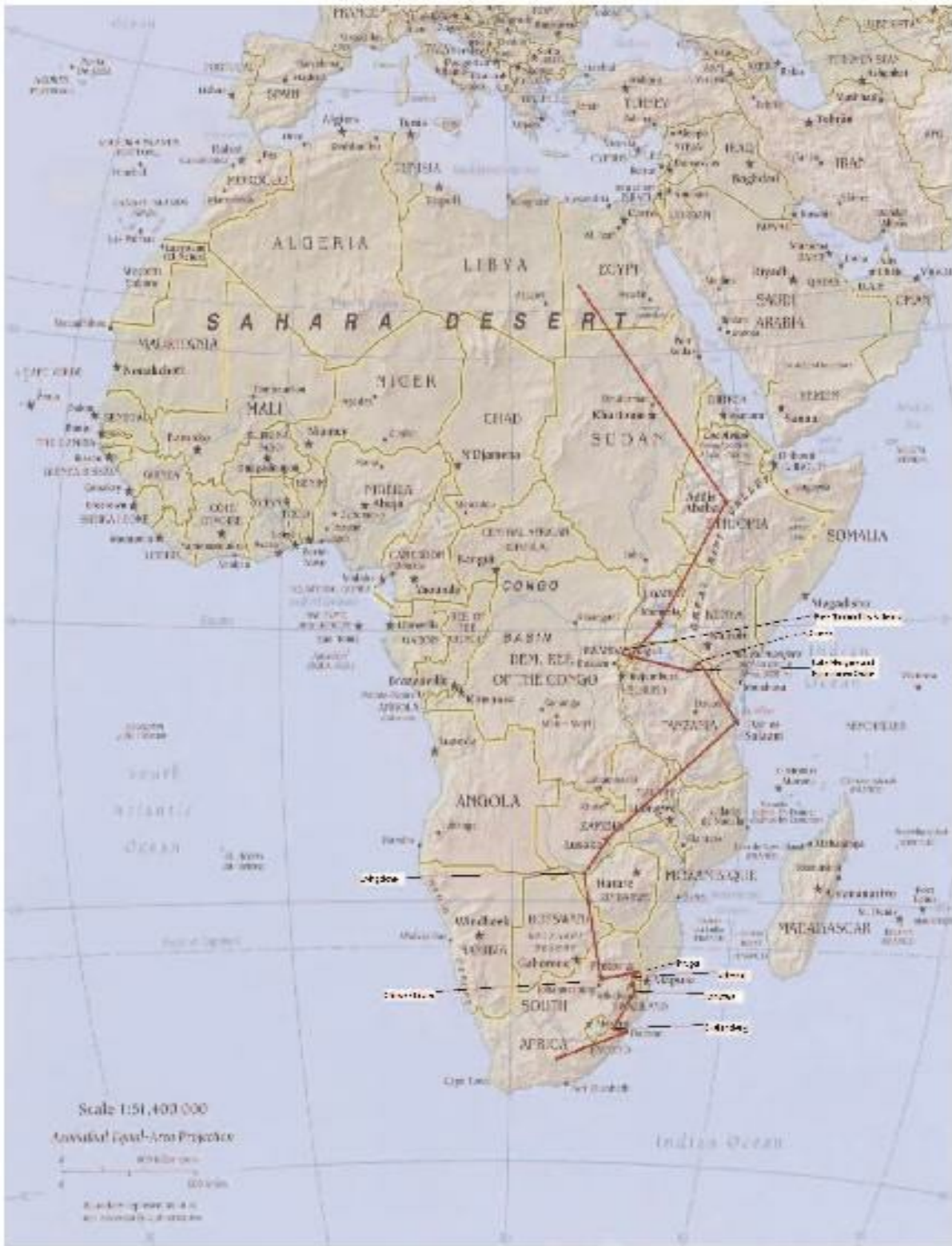
Un preso más (Kenia, 2007)

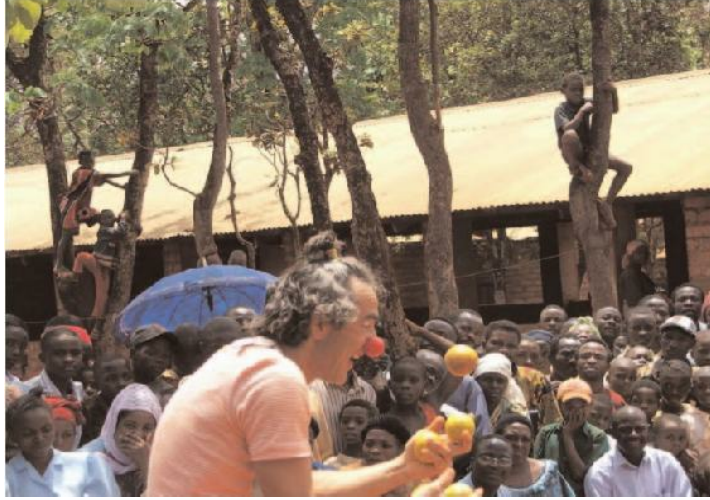


Un blanco siempre es un espectáculo (Angola, 2005)



¡24 km. en 8 horas! (Gabón, 2005)





Campo de refugiados en Kigoma (Tanzania, 2006)



Malaria cerebral (Nigeria, 2005)



Título sin definir (Namibia, 2005)



Hospital de Tanguieta (Benin, 2005)



La risa, lenguaje
universal (Namibia, 2005)



Mujer himba con su hijo
(Namibia, 2005)

El pastel africano

Para conseguir adueñarse del Congo Leopoldo II lo intentó todo, pero no lo hubiera logrado de no ser por la promiscuidad de los belgas y la fecundidad de las belgas. Y es que las atrocidades cometidas por Leopoldo II en el Congo vinieron motivadas por un exceso de población en Bélgica. Un problema que no consiguió resolver su padre, quien intentó comprar la isla de Cuba a España, lo que le valió la amonestación de los británicos. Lo intentó también con Dinamarca, que le ofreció las islas Feroe en 1858. Así hasta cincuenta y un intentos fallidos. Y es que en 1845 Bélgica era el Estado más poblado de Europa, siendo su superficie menor que la mitad del Lago Victoria.

Leopoldo II se sintió fascinado por los relatos de Cameron, el primer europeo en cruzar África de este (Bagamoyo en Tanzania) a oeste (Benguela en Angola). Charló con él y luego con su prima la reina Victoria para organizar la Conferencia Geográfica de Bruselas. A ella asistieron varios exploradores que disfrutaron de todos los privilegios reales posibles, alojados en palacio en *suites* de oro y damasco carmesí. Todos los delegados recibieron la cruz de Leopoldo, y así pudieron aplaudir con más fervor el discurso inaugural, aparentemente inocuo, del rey de los belgas, quien comenzó de la siguiente forma:

“Caballeros (...) El motivo que nos ha reunido aquí hoy (...) [es] abrir a la civilización la única parte del globo en la que todavía no ha penetrado, perforar la oscuridad en la que están envueltas poblaciones enteras, es, me atrevería a decir, una honesta cruzada en esta edad del progreso y soy muy feliz de percibir que los sentimientos del público están a favor de su realización; el público está de nuestra parte”.

Un año después de la Conferencia, en 1877, Leopoldo descubría sus verdaderas intenciones: “Debemos conseguir una rebanada de este *magnifique gâteau africain*”.

De la conferencia resultó la formación de la Asociación Africana Internacional (IAA), que debía difundir la luz de la civilización en una franja de más de dos mil kilómetros de anchura: la cuenca del Congo, el lago Malawi, el lago Tanganika, el lago Victoria y el alto Nilo. Como presidente de la Asociación se nombró a Leopoldo II.

Mientras esto ocurría, una persona estaba a punto de perder la vida en el río Congo para descubrir si era navegable. Se trataba de Henry Morton Stanley, el hombre que había encontrado a Livingstone.

La expedición de Stanley era ambiciosa: una travesía del continente a través de tierras ecuatoriales que hasta entonces no habían sido exploradas, desde Zanzibar hasta las fuentes del Congo. El capital preciso era cortesía del *New York Herald* y el *Daily Telegraph* de Londres, en una época en que los periódicos no se limitaban a copiar y pegar los teletipos de las agencias de noticias. El viaje de costa a costa duró 999 días y tuvo un alto costo. Los tres compañeros europeos de Stanley perecieron y también más de ciento setenta africanos.

Cuando Leopoldo II leyó en el *Daily Telegraph* las hazañas de Stanley, no tardó en solicitarle una entrevista por medio del embajador belga en Londres. Y es que las investigaciones de Stanley pusieron de manifiesto algunos hechos que a Leopoldo II le volvieron loco: escasa resistencia de las tribus locales, ausencia de un imperio fuerte y que el río Congo fuera en su mayor parte navegable. La apatía de los ingleses ante los logros de Stanley (le pagaron a penique la línea su obra en dos volúmenes *Atravesando el continente oscuro*) motivó que se reuniera por fin con Leopoldo II en 1878 en el palacio real. Aunque a Stanley, que había aprendido a sobrevivir en África, no le cegaron los ojos las adulaciones de Leopoldo II. Y así escribió:

“No ha sido tan franco como para contarme qué perseguíamos exactamente. Y no hay ninguna duda de que bajo la guisa de una asociación internacional espera hacer del Congo una dependencia belga”.

En la lucha por controlar la cuenca del río Congo, los franceses habían contratado los servicios de un aristócrata italiano, Pierre de Brazza. Stanley y Brazza trataban de llegar a Malabo Pool (luego llamado Stanley Pool) en una de las últimas carreras expedicionarias vividas en el siglo XX. Brazza salió cuatro meses antes, y por más que Leopoldo II trataba de azuzar a Stanley nada le hizo mudar de ritmo. Ya había llegado a Malabo Pool dos años antes, pero no había firmado tratados con los jefes locales, y esa fue precisamente la habilidad de Brazza que le hizo ganar la carrera. Así consiguió una franja de tierra en lo que hoy se conoce como Brazzaville. A Stanley le quedó reservado un trozo de tierra en la otra orilla del río, lo que hoy es Kinshasa.

Precisamente en Brazzaville pasé, en casa de un francés, mi tercera malaria. Claude daba clases en el Liceo Francés. Le conocí en una arenosa pista que unía Gabón con el Congo. Había salido de París hacía sólo unos meses en compañía de su enamorada. Aunque el coche iba cargado hasta los topes no pudo darme más que medio paquete de galletas y su dirección de Brazzaville, “si es que llegas”. Ni siquiera él estaba seguro de poder entrar esa tarde en Brazzaville.

La pista tenía demasiada arena, y aquel día batí mi récord de lentitud. Ocho horas empujando la bici por la arena para cubrir veinticuatro kilómetros. Una persona caminando a velocidad normal recorre seis kilómetros por hora, es decir, hubiera tardado la mitad que yo. Al llegar a la frontera el policía me recibió de muy mala gana.

—Ya he dicho a los de la capital que esta frontera está cerrada. ¿Por qué os empeñáis en venir por aquí?

Hacía mucho tiempo que no pasaban por allí turistas, y en una tarde recibieron la visita de Claude y la mía. Claude partió rápido, pero yo me quedé allí tres días. Y no es que el entorno mereciese más de media hora. Simplemente estaba bloqueado. Delante de mí tenía más de doscientos kilómetros en igual o peor estado que los que había recorrido esa jornada. Estaban construyendo una carretera y, con un poco de suerte, el domingo pasaría un camión hacia Brazzaville. Eso sería dentro de tres días. El pueblo no tenía más de diez casas de chapa metálica. Paredes y techos eran de ese material. Un auténtico horno. Sólo una casa era de madera, la del jefe del pueblo. En verdad era del hermano del jefe, que andaba metido en política, pero nunca iba por ahí. Sólo había una tienda, cuyo dueño tuvo la ocurrencia de llamarla “La China” porque, como me explicó, “hay *de todo*”. Algunas latas de sardinas en tomate, algunas velas y poco más. Pero era la tienda más surtida en todo el lugar. El jefe del pueblo me ofreció la casa de su hermano para

vivir y aguardar él posible camión del domingo. Su aspecto era el de un hombre de sesenta años, pero posiblemente no tuviera más de cuarenta y cinco. Aunque yo esperaba dormir solo la primera noche, se vino conmigo. Mas no por su voluntad. Como tenía una borrachera de campeonato su mujer lo echó de casa. Cuando me levanté por la mañana sus ronquidos se podían oír desde el exterior.

Lo único natural que se podía obtener en aquel pequeño pueblo en el que pasé casi setenta y dos horas eran cocos. El cocotero pertenece a aquel en cuyo terreno está plantado. Pero si él no sube a retirar los cocos, y estos caen al suelo, cualquiera puede comerlos. Nunca me faltaron cocos, y prácticamente era lo único que comí. Traté de hacer un espectáculo una tarde, pero el jefe del pueblo debía organizarlo y estaba de nuevo borracho. No obstante conseguí arrancar unas cuantas sonrisas a los cocoteros más cercanos. Cuando por fin vi aparecer el camión el domingo subí la bici encima sin ni siquiera preguntarle al chófer si me podía llevar. Era evidente. El camión tenía tracción a las cuatro ruedas y desde la caja, agarrando a Kova, comprendí la imposibilidad de atravesar aquella zona en bicicleta. Era un paraje totalmente desierto, sin ni vegetación. Uno de esos espacios con que uno sueña para fundar un país.

Esa misma noche alcanzamos el asfalto. Dormí en las instalaciones de la empresa que construía la carretera, en el barracón de las máquinas averiadas. A la mañana siguiente, sin dilación, me puse rumbo a Brazzaville pues sentía que la mosquita me había venido a visitar de nuevo.

Cuando localicé la casa de Claude éste no estaba. La empleada, advertida de mi llegada, me abrió la puerta y me enseñó el dormitorio. Mi cara, pálida y sin vida, tenía escrita la palabra malaria. Me metí en la cama y no salí hasta el día siguiente. Claude entró en la habitación, según me dijo, y habló conmigo, pero yo no recuerdo nada. Al día siguiente me llevó en coche a hacer los análisis y empecé a tomar la medicación.

En cuanto recuperé la fuerza me acerqué al muelle para ir aprendiendo los requisitos necesarios para cruzar en barco el río Congo. Brazzaville y Kinshasa son las dos capitales del mundo más cercanas, y en ambas abundan los edificios destruidos por las guerras internas. Aunque el embajador español en Kinshasa me había advertido por correo electrónico que no pisara el país y buscara un itinerario alternativo en mi recorrido hacia el sur, aquella era la ruta más normal, pero seguramente la más difícil. Primero tenía que pagar dinero por todo. Tasas portuarias, tasas por la bici, por los bultos, la visa, el billete del barco... Si hubiera sido minusválido a lo mejor me hubiera librado. Por ley éstos no pagan al cruzar en barco. Así que sus sillas de ruedas son utilizadas para transportar mercancías de una capital a otra sin pagar impuestos. Todo el mundo conoce el fraude, pero hacen la vista gorda, pues es la forma de que esas personas se ganen la vida. Compartí pues la cubierta con un grupo de discapacitados que charlaban animadamente y jugaban a las cartas. En realidad es como si vivieran en el barco, pues no desembarcaban y al llegar a una capital entregaban las mercancías y recibían otras en su lugar. En cuanto puse un pie en la República Democrática del Congo comenzaron los problemas. Un policía me recriminó que vistiera un ceñido pantalón de ciclista, y se ofreció a regalarme uno. Tan pesado se puso que no calló hasta que no me quité el turbante de la cabeza y me lo anudé a la cintura.

Esta situación se repetía con frecuencia sobre todo en los países árabes. En Sudán, una

calurosa tarde de verano con 45 °C a la sombra, un joven que hablaba inglés me invitó a su casa a dormir. El solo hecho de que me pudiera comunicar con él me resultaba atractivo. Cuando cerró el negocio de bebidas que atendía, me llevó a su casa, pero no me dejó entrar. Primero avisó a las mujeres que estaban allí para que se escondieran en una habitación. El Profeta no permitía que las mujeres le vieran las piernas a un hombre. Antes de ir a ducharme para cambiarme la ropa, apareció mi amigo con el traje típico de los musulmanes. Una especie de hábito de cura, pero blanco.

—Mira —le dije—, yo respeto tu cultura y te pido disculpas por andar así, de pantalón corto en tu casa. Pero después de la ducha me pondré mis pantalones largos y una camisa y, con eso, creo que es suficiente.

Aunque se puso bastante pesado y tuve que volver a explicárselo de nuevo, al final aceptó.

En la Embajada de España en Kinshasa encontré nula ayuda. No pretendía estar en la capital más tiempo del imprescindible para obtener la visa de Angola. Algo no fácil de conseguir. Los días que pasé en Kinshasa se respiraba un ambiente muy tenso. No vi un solo blanco caminando. Todos iban en coche. Así no era de extrañar que la gente se girara cuando yo pasaba por la calle y me sintiera increpado más de un vez. Estábamos en época preelectoral y los ánimos estaban crispados. El cuartel de la ONU parecía en estado de guerra, resguardado por miles de sacos terreros. Desde que fue atacado hacía años por la población local, ahora estaba siempre fuertemente vigilado.

Los militares congoleños habían sido lanzados a la calle. Pero cambiaron sus fusiles por escobas. Ante la huelga del servicio de limpieza los militares debían ejercer de barrenderos. Esto les disgustaba enormemente y mezclados con la población civil pasaban más tiempo en el bar bebiendo Primus (la excelente cerveza local de medio litro) que limpiando. Uno de esos soldados me detuvo en la calle. No había dejado el fusil, que colgaba de su cintura agitándose peligrosamente. Me pedía, en francés, dinero. Yo hice como que no le entendía y le contestaba en español. Le daba la receta del gazpacho, o le hablaba de la excelente travesía que hice por los Picos de Europa con mis amigos Agustín, Carmelo y Faustino..., pero el chico no era tonto. Se dio cuenta de que yo le entendía y cada vez se ponía más nervioso. La gente ya formaba un corro a mi alrededor. No tenía ni idea de cómo salir de aquel lío. Traté de irme pero me seguía por la calle. Su fusil y su uniforme lo hacían sentirse poderoso. Con un rápido gesto empuñó su arma y me apuntó a la cara. Una mujer me tomó del brazo y me metió en el primer autobús que pasó. Kinshasa era una capital demasiado caliente.

Azul y negro: un blanco perfecto

El África subsahariana es inmensa, más de cinco mil kilómetros de norte a sur. Los bosques son tan compactos que ni los rayos del sol son admitidos. La vida está condicionada por tres plagas que desde siempre han azotado aquí al hombre: el mosquito *Anopheles*, la mosca tsetsé y la langosta, que puede comer cosechas enteras en unos minutos.

Sólo me quedó por conocer a la langosta. Con la mosca tsetsé me encontré en el norte de Angola. No todas las moscas transmiten la enfermedad del sueño, pero muchas de ellas me picaron. Su aguijón provoca un escalofrío, como si hubieras recibido una pequeña descarga eléctrica. El gobierno quiere controlar la plaga y hace un recuento de la población de moscas para ver si va en aumento. Para ello colocan unas redes, tipo mosquitera, en los árboles de los pueblos. El interior lo impregnan de cola, y al entrar la mosca se queda pegada. A la tarde los vecinos hacen balance de las que han caído. Parece que las moscas se sienten atraídas por los tonos negro y azul, y por eso las redes son de esos colores. Exactamente los colores de mi *maillot*, mi *culotte*, mi bici y mis alforjas.

Esto me lo explicaban las hermanas españolas que vivían en Mbanza-Congo, una parte al norte de Angola de tradición católica, desde que el portugués Diego Cao visitó esta zona que denominó San Salvador. Su mayor logro fue convertir al catolicismo al rey Nzinga Mbemba, bautizado como Alfonso, cuando abrazó la religión católica en 1491. Posteriormente llegó al trono del Congo en 1506 como Alfonso I.

La misión católica vivió mejores épocas, pero aún hay mucho respeto por su labor. Las hermanas enseñaban en la escuela vecina, y allí ofrecí otro espectáculo. A la hermana Rosalía le gustó tanto que a la tarde me pidió que le diera un cursillo acelerado de malabares con naranjas. El gobernador de Mbanza-Congo me convocó a su oficina en cuanto tuvo noticia de mi proyecto. Adoraba España, pues allí había sido embajador de Angola hacía unos años. Y aunque la política le ofrecía mejores posibilidades, prefirió retirarse a la tierra que lo vio nacer para tratar de lograr un mayor desenvolvimiento. Me brindó toda su ayuda, pero yo no necesitaba gran cosa en ese momento. Como tenía miedo de que me sucediese algo mientras estaba en sus dominios, ordenó que un helicóptero me siguiera cada día. Pensé que estaba de broma. Me costó convencerle de que no era en absoluto necesario, pero no pude evitar que un coche me escoltara hasta que abandoné la región de Mbanza-Congo. Cada día tenía que luchar con el conductor para que no me siguiera tan de cerca, pues no era agradable ir oyendo el motor del coche a cada rato. Cuando por fin salí de Mbanza-Congo se terminó la pesada escolta y la mosca tsetsé.

Un hombre con rasgos diferentes a los angoleños montaba guardia en la puerta de su negocio. Me era familiar. Acababa de entrar a Lobito e iba en busca de la casa de Médicos del Mundo, donde Odón me iba a dar cobijo por unos días. Al hombre del negocio no le había visto jamás, pero tal vez había comido con su tío o con su hermana. Esa mañana, revisando el equipaje, había encontrado los veinte mil ouguiyas que perdí en Mauritania. Estaban en la funda del filtro de agua, un lugar donde nunca guardo el dinero y donde no lo volveré a meter para no perderlo. Pero ¿de qué me servía la moneda mauritana, casi cincuenta euros, en Angola? Solamente el hombre del

negocio me podía ayudar. Frené y di la vuelta para hablar con él. Debía intentarlo.

—*Salam alekum.*

Me miró sorprendido, pero su sonrisa me permitió iniciar mi interrogatorio.

—¿Eres de Mauritania?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

Para alguien que no ha pisado nunca África, un negro es un negro. Pero tras mucho tiempo viviendo con ellos puedo distinguir un mauritano de un congoleño y de un etíope. Intuía que aquel hombre era de Mauritania y no me equivoqué; cuando le enseñé los veinte mil ouguiyas no se lo podía creer. Le pedí si me lo podía cambiar pues yo no iba a volver en un tiempo largo a Mauritania. Aunque recelaba, la historia le parecía tan sorprendente, que accedió. Satisfecho me fui a buscar por Lobito la casa de Odón a orillas del Mar Atlántico.

Su vivienda-oficina estaba a orillas de la playa. El guarda me dijo que Odón no estaba en la casa, sino en la playa. Atardecía en el Atlántico y un tipo con un camiseta con publicidad de lucha contra el sida lanzaba el sedal desde un malecón. Odón lleva años ya en África y tiene como se dice en el argot el “culo pelao”. Trabaja sus horas, saca los proyectos adelante, hace el seguimiento de los programas, pero no ha venido aquí a salvar el mundo. No quiere renunciar a visitar el bar de Nené, un día sí y otro también.

—Nené, tenemos visita, saca la cerveza y la guitarra.

Las botellas de Cuca iban creciendo en la mesa como setas en el bosque, mientras Nené rasgaba la guitarra y Odón improvisa la letra. Un doctor con unas cuantas batallas libradas y el dueño de un bar (y a la vez su mejor cliente), se hermanaban en melodías y ritmos. La noche se cerraba sobre Lobito y los demás parroquianos abandonaban fatigados la cantina: Nené y Odón sólo interrumpían el concierto para descargar la vejiga.

Angola es un país rico. Muy rico. Es el cuarto país del mundo en potencial diamantífero, es uno de los mayores productores de petróleo de África y tiene grandes recursos hidrológicos.

Angola es un país pobre. Paupérrimo. Casi un tercio de los niños mueren antes de llegar a los cinco años. Estadística sólo superada por Sierra Leona.

El caso de Angola no es más que el resultado de un terrible axioma en África: cuantos mayores recursos minerales hay en un país éste es más pobre.

El régimen de Salazar en Portugal consideraba sus colonias africanas (Angola, Mozambique y Guinea Bissau) como parte de su territorio, y aplicaba en ellas la misma mano dura que en casa. En estos tres países, la salida precipitada y no preparada de los colonizadores fue seguida por una sangrienta lucha por el control de los recursos naturales. Quien tuviera acceso al grifo del petróleo, tendría dinero, podría comprar armas, y así se aseguraría el gobierno del país.

El auge del movimiento independentista africano coincidió con el surgimiento de la URSS como potencia mundial. Agostinho Neto era una leyenda política debido a los numerosos años que

pasó encarcelado en Portugal. Pero nunca hubiera conseguido ser presidente de Angola sin la ayuda de miles de soldados cubanos que ayudaron al Movimiento Popular por la Liberación de Angola (MPLA) en su lucha contra el Frente Nacional de Liberación de Angola (FNLA) y contra la Unión Nacional para la Total Independencia de Angola (UNITA). La URSS metía, indirectamente, la cabeza en Angola a través de Cuba, pero también directamente. Aún se ven muchas motocicletas rusas en Luanda, la capital, y siempre hay alguno que te suelta una frase en ruso. Muchos angoleños cursaron sus estudios en Moscú. No es de extrañar pues que el MPLA adoptara en 1976 la ideología marxista-leninista. La bandera roja y negra de Angola es una reminiscencia de la hoz y el martillo de la bandera soviética. Aparece una rueda, símbolo de los trabajadores industriales; un machete en alusión a los agricultores; y una estrella representando el progreso.

Los últimos soldados cubanos abandonaron Angola en 1991 dejando tras de sí un gran número de hijos. Tantos años de guerra trajeron consigo además un reguero de minas por todo el país. Pronto aprendí a no merodear por puentes, casas destruidas o coches quemados. Lugares ideales para colocar minas. Pero cuando al atardecer debía abandonar la ruta para buscar un trozo de tierra donde acampar caminaba conteniendo la respiración. Dada la política de “tierra quemada” que utilizó Jonas Savimbi, líder de la UNITA, muchos campesinos tuvieron que refugiarse en la capital, adonde los combates no llegaron. Se libraban sobre todo en las zonas rurales, arrasando con la población civil y con la fauna. Este hijo de un pastor protestante estudió ciencias políticas en Suiza y la táctica de guerrillas en la China de Mao Zedong. Savimbi cuenta en su biografía que si estaba estresado sólo se relajaba cazando elefantes. Su muerte-asesinato trajo algo de estabilidad a Angola.

Aunque la verdadera paz y unidad nacional la aportaron *los Palancas Negras*. La clasificación del equipo de fútbol para la fase final del mundial de Alemania 2006 unió a toda la población. En el mismo grupo que Angola estaba la antigua colonia: Portugal. Por todos los pueblos abundaban las banderas rojinegras que apoyaban al equipo nacional.

A Pepino el fútbol no le alteraba el ritmo. El día del partido Pepino no interrumpió su sesión de entrenamientos. Tenía la costumbre de recorrer en bici cada día unos cincuenta kilómetros. Desde hace ya muchos años. Este hombre, toda una institución en Benguela, entendía la vida como un deporte. Había corrido grandes maratones y trató de organizar una prueba ciclista internacional. Ya tenía hasta pintado el mural enfrente de su hotel, de cuyo recuerdo aún se pueden ver hoy unos trazos descoloridos. Pero la inestabilidad política y sobre todo la ausencia de carreteras asfaltadas impidieron la competición. Los hijos del Sr. Pepino no han conseguido quitarle el plato del 52. A duras penas lo mueve cuando sale a entrenar escoltado por un motorista de la policía. Las piernas de este hombre de ochenta y cinco años hablan de mil batallas. La última que estaba preparando era una cruzada para obtener fondos contra el sida. No sólo dinero, también comida o ropas. Pretendía ir desde Benguela a Luanda en bici, unos quinientos cincuenta kilómetros. Tan sólo una parte, en la que el asfalto era inexistente, la haría en coche. El día que yo llegué a Benguela había una conferencia de prensa en su hotel. Los militares, pieza clave aún hoy en la sociedad angoleña, le darían todo el apoyo. También iría con él un médico y alguno de sus hijos ciclistas. Pepino estaba sentado en una esquina de la mesa. No le gustaban los focos y la conferencia ya se estaba alargando demasiado robándole horas de entrenamiento. A la mañana siguiente salimos juntos pedaleando. Yo con mi bici de ochenta kilos y él con su plato del 52. Iba

muy concentrado, esquivando con gran habilidad cada agujero de la ruta.

Fragancia de mujer

Las mujeres himba son tan hermosas como intocables. Se embadurnan su piel con una arcilla olorosa que las protege del fuerte sol y de la suciedad. También el pelo lo untan con esa pasta que hace que su cabellera se asemeje a una lámpara de sobremesa. Sólo cubren su cintura con una tela de animal que no les llega siquiera a las rodillas. En sus pechos desnudos, que adornan con conchas de caurí, los rayos de sol rebotan. Y en sus espaldas un pequeño himba duerme narcotizado por esa fragancia.

Las mujeres herero fuman en pipa y van totalmente cubiertas con unos vestidos estilo victoriano. Varias telas, unas encima de otras, y un particular sombrero minúsculo, de la misma tela que el vestido y fabricado con un pañuelo. Toparte en un supermercado de Opuwo con dos mujeres himba y herero, empujando el carrito de la compra, causa tanta extrañeza como ver el último modelo de Porsche en las calles de Swakopmund.

Los himba y los herero son pueblos fundamentalmente ganaderos. A principios del siglo XIX sufrieron plagas que diezmaron sus animales. Por suerte para ellos, allí estaban los alemanes dispuestos a darles créditos a cambio de sus tierras, y empleándoles en sus casas en una moderna esclavitud. En Berlín leían satisfechos los informes del gobernador, Theodor von Leutwein, quien hipócritamente reseñaba que los herero se adaptaban bien a la situación colonial. Pero en enero de 1904 los abusos cometidos contra los herero provocaron que éstos asesinaran a más de mil alemanes, aunque fueron condescendientes con las mujeres y los niños. Sólo cinco meses más tarde llegaba Lothar Von Trotha a Swakopmund, con una explícita orden del káiser: expulsión o exterminio. Condujo a los herero al borde del desierto del Kalahari: ocho mil hombres y el doble de mujeres y niños. Menos del 25% se salvaron. Los que no murieron de hambre fueron condenados a trabajos forzados. Cuando Von Trotha regresó a Alemania en su inflado pecho le colocaron la Orden del Mérito.

Otra ironía más del destino hace que hoy Namibia, un país poblado solamente en un 2% de su superficie, sea el primer destino turístico escogido por los “teutones” para vivir sus *Memorias de África*. En la costera Swakopmund se oye hablar alemán y las calles están tan limpias que carecen de personalidad. Una higiene nada africana resultado de una colonización germánica.

Los himba que habitan en el norte son conscientes de lo peculiar de sus ropajes, y te salen en mitad de las pistas a que les saques una foto. Su interés por el autorretrato acrecentaba mi apatía. Pero para muchos turistas, esa foto de la himba con los turgentes pechos apuntando al cielo era el trofeo que luego lucirían en su regreso a casa. Les daban algo de dinero a cambio, pero se olvidaban de preguntarle su nombre o de sonreír. Muchos de esos turistas que encontré en Namibia debieron de pensar que yo era también de alguna tribu. Me sobrepasaban con sus coches de alquiler completamente equipados, se detenían, me tiraban la foto y antes de que yo les alcanzase se habían ido. Puedo entender que hagan eso para fotografiar un león, o un elefante, pero no a un ciclista. Su comportamiento me enervaba, me hacía sentir como un animal. ¿Acaso no

podían hablar conmigo?

El límite de mi incomprensión del ser humano lo rocé una mañana en la que el termómetro rondaba los 40 °C. La superficie de gravilla blanca duplicaba la cantidad de luz que se colaba en mis retinas y me había quedado sin agua. Todo era un mar de arena, una planicie desierta en la que no se veía ni un mísero cartel bajo cuya sombra descansar. Aunque a mediodía el sol no proporcionaba más que sombras verticales inútiles para sestar. Ni una casa abandonada, ni un poste de luz. Sólo arena y una cinta de grava que la cortaba y me permitiría, ¿en uno o dos días?, llegar hasta alguna población.

Un coche, el primero del día, asomaba por la pista que quedaba a mis espaldas. Sin detenerme agarré una de mis botellas de agua y la agité en el aire, en evidente señal de que me estaba quedando sin líquido. El coche iba cargado de turistas y no se detuvo. Tal vez no había sido suficientemente explícito con mi gesto. Una hora más tarde otro coche se acercó. Esta vez aguardé al borde del camino y, con las dos botellas en la mano vacías, esperé a que se acercase, pero... ¡siguió su marcha! No. Frenó un kilómetro más adelante. Sin prisa y tratando de averiguar su comportamiento me fui pedaleando hacia el coche que ocupaba toda la pista. El sol era cada vez más fuerte y el viento había empezado a soplar. Los hombres que habían bajado del coche se subieron y, cuando me faltaban apenas trescientos metros para llegar se fueron. Me parecía una broma. Pero seguí pedaleando y a medida que me acercaba observé una lata en el suelo. Era de Coca-Cola y a juzgar por su rojo intenso no llevaba ahí más de un día. El sol se hubiera comido rápido su color. Agarré la lata con la esperanza de que estuviese llena. Pero su poco peso primero, y una solitaria gota después me confirmaban mis presagios. Los hombres del coche se detuvieron delante de mí, se bebieron la lata y la dejaron de recuerdo.

Aparqué la bici en una valla oxidada y monté el toldo para esconderme bajo la sombra. El comportamiento de esas personas, más que la falta de agua o el terrible sol, me había dejado sin fuerzas para continuar.

Namibia me estaba dejando un agridulce sabor en la memoria, aunque una de las excepciones fue John Costello.

Una llanura pacífica como el atardecer, pero de piedras y arena, era mi horizonte a las doce de la mañana. Muy pocos coches en aquella aislada pista que me estaba acercando por fin hacia el Atlántico. Un vehículo me pasó en dirección contraria. Por el espejo retrovisor vi cómo se perdía en el blanco desierto. Pero de pronto giró y retrocedió. Me sobrepasó, volvió a girar enfilando hacia mí y se detuvo. Un hombre se bajó con una cámara en la mano. Al pasar me hizo señas de que me detuviera, cosa que hice, al tiempo que me decía en un exquisito inglés:

—¿No te importa parar por favor un momento? Me gustaría hacerte una foto.

—Claro que no —le dije mientras frenaba en seco—, porque hay dos clases de personas: las que preguntan antes de hacer la foto y las que la hacen sin preguntar.

Le narré mis experiencias esos días con los turistas y no lo podía creer. Su mujer, Kathy, me dio la dirección del apartamento que habían alquilado para pasar unos días. Allí era bienvenido si quería. A la tarde, cuando entraba con la bici en Henties Bay, un coche me pitó. Eran ellos, que

volvían de visitar las formaciones rocosas de Spitzkoppe donde yo había pasado la noche acampado. Unas hermosísimas rocas graníticas, un lugar con una energía especial, coloreado cada atardecer por el sol, que quema la piedra con tonos dorados. Les seguí hasta su apartamento. Ellos eran sudafricanos y estaban de vacaciones. Juntos fuimos al día siguiente a ver la colonia de leones marinos más apestosa que jamás he visitado. Era la época de nacimiento de las crías aunque cientos morían aplastadas por el peso de sus progenitores. Sus agudos chillidos y su maloliente tufo llenaban por igual mis sentidos. Las madres tumbadas sobre la roca caliente de la playa se reponían del parto. Parecían modelos de talla XXXL retozando ajenas a los cientos de *paparazzi* recién venidos en autobús a captar en sus cámaras sus poses obscenas.

Quedamos en veranos en Port St John, en la costa sudafricana donde ellos vivían, cerca de East London. Sería ya el año próximo.

La Navidad la disfruté en un paraje único. El Fish River Canyon, tan profundo o incluso más que el Cañón del Colorado en EE.UU. Normalmente se puede caminar por el curso que el río ha labrado en las piedras, pero tras la muerte de varios turistas por deshidratación, ahora está prohibido. Me limité a contemplar el vuelo de las aves que hacían surf en las corrientes de aire caliente. Cuando los últimos turistas se fueron planté la tienda y cociné arroz con un par de tomates aprovechando los últimos rayos de sol. El silencio se apoderó de las rocas. Todo era como en el principio de los tiempos. La naturaleza se expresaba con toda su solemnidad, haciendo que el hombre fuera un mero espectador, incluso prescindible en aquel paraje donde la dimensión humana era ridícula.

Me iba aproximando hacia la frontera con Sudáfrica y un nuevo río, en esta ocasión el Orange, servía de barrera natural. Podía darme el lujo de decidir incluso en qué país recibiría el año nuevo: ¿Namibia o Sudáfrica? Opté por esta última. Encontré un terreno lo suficientemente apartado de un pueblo para cenar tranquilo con mis recuerdos. Esa noche me conecté con mis amigos por las estrellas. A las nueve y media de la noche, tras doce ronquidos, caí rendido. El 2006 entró con fuerza por la puerta abierta de mi tienda a la mañana siguiente.

Vino para El Cabo

África no aparece bien representada en sus extremos. Marruecos y Sudáfrica fueron los países menos africanos que conocí. Y cuando casi tres años más tarde llegué a Egipto ratifiqué mi teoría. En Sudáfrica se da además la circunstancia de ser un país que aún habla dos lenguajes: el blanco y el negro. En los pueblos la totalidad de la gente que camina por la carretera hacia su casa o lugar de trabajo es negra. Los blancos se desplazan exclusivamente en coches. Los únicos que he visto portando una pistola en el cinturón de sus pantalones, al lado de la funda del móvil, eran blancos. Aunque oficialmente el *apartheid* terminó, aún quedan muchas reminiscencias en un país que fue extrañamente colonizado, puesto que de todos los grupos europeos los *trekboers* fueron los que más cerca estuvieron de convertirse en africanos. Se llamaban a sí mismos *afrikáners* y consideraban que su peculiar pasado les acercaba a la cultura africana.

Los holandeses no se quedaron en la base de El Cabo, sino que profundizaron hacia el interior, viajando en unas casas móviles, y por eso fueron conocidos como *trekboer*: *trek* (vagón) *boer* (granjero). El Cabo de Buena Esperanza era un lugar estratégico para el aprovisionamiento de los barcos que iban a las Indias y así lo entendieron muy pronto los holandeses, quienes establecieron aquí una compañía. La zona era habitada por el pueblo *khoisan*, que se dedicaba fundamentalmente al pastoreo en unas praderas interminables. Los holandeses que primero entraron en contacto con ellos se dedicaban a una práctica muy extendida hoy en día: el “Comercio Injusto”. Por ejemplo, un viejo cuchillo a cambio de tres bueyes y cinco ovejas. Los *khoisan* eran pacíficos, y tan sólo sacaron su agresividad para defenderse. Enfrentados a la amenaza de perder sus tierras de pasto, los *khoisan* se rebelaron. En mayo de 1659 atacaron por sorpresa, destruyendo las granjas de los colonos y robando la mayor parte de su ganado. Los holandeses contraatacaron obligándoles a capitular. Pero el sentido común del pueblo *koishan* queda plasmado en el diario de un holandés de la época:

“Hablaron durante largo tiempo sobre la forma en que habíamos tomado la tierra que les había pertenecido desde siempre y en la que estaban acostumbrados a pastar su ganado. También nos preguntaron si en el caso de que ellos hubiesen ido a Holanda, les hubiéramos permitido actuar del mismo modo”.

Yo también utilicé El Cabo para aprovisionarme: comida, repuestos y buenas risas. Mi llegada a El Cabo me traía una grata sorpresa. Alguien se unía a mi viaje para pedalear unas semanas. Era Rubén, el venezolano que me dio asistencia en su tienda de bicis en Maracaibo (allá por el año 2001), que luego se había venido a recorrer los primeros kilómetros en España el día de mi partida, y que ahora pretendía llegar hasta El Cairo. Si me sorprendió verlo en Sudáfrica con su bici, no menos fue verle acompañado por una bella dama.

—Rubén —le pregunté —, ¿vas a viajar en bici acompañado?

—No, huevón; es mi hermana, que es azafata de KLM. Con tanta *mariguera* con que viajeo daba exceso de peso y ella se vino para acompañarme y cargar con parte del equipaje.

Rubén es de esos tipos que cuando bromea parece que está dando una conferencia sobre la química aplicada, y que cuando está serio parece estar de cachondeo. Nunca me había dicho que tenía una hermana pero también es cierto que nunca le había preguntado. Hasta que ella se fue al día siguiente no me acabé de creer mucho la historia de que trabajaba en KLM.

Si bien él estaba con muchas ganas de pedalear debíamos aguardar unos días. Yo tenía la oportunidad de dar un taller de clown para un estupendo circo que había conocido: Zip-Zap Circus. Ellos también me ofrecieron la oportunidad de actuar en uno de los *townships* más grandes de Sudáfrica: Kayelitsha. Más de un millón de personas, prácticamente todos negros, viven alejados del centro de la ciudad, en chabolas y con uno de los índices de sida más altos del país. Los asistentes a mi espectáculo eran en su mayoría niños huérfanos por la pandemia del siglo XXI.

Sin treguas para el descanso nos sumergíamos en la cosmopolita Ciudad del Cabo, una hermosa urbe. A sus espaldas está la Table Mountain, a la que se puede subir caminando, y que forma parte de un conjunto de formaciones rocosas como el Pico del Diablo o la Cabeza del León, desde donde hay una vistas de la ciudad inmejorables con el mar como guinda del pastel. A partir de las cinco de la tarde no queda un alma en el centro de la ciudad, y la policía se encarga de que los dos colgados ciclistas que andan callejeando a esa hora entren rápidamente en el tren y salgan de la zona de peligro.

En Ciudad del Cabo conseguí, gracias a la radio, un medicamento que terminaría con mis problemas de malaria. Un hombre llamó mientras era entrevistado en el programa *Cape Talk* para ofrecerme un producto revolucionario, el Demal 2000. Él tenía una agencia de viajes y, según me contaba, cada vez que recibía un grupo de turistas les entregaba el medicamento. Sólo tenían que echar un poco de *spray* debajo de la lengua por las mañanas y con eso eran inmunes a la malaria. Efectivamente era un tanto difícil de creer. Me regaló dos botes que fui usando por África hasta que los terminé. No volví a sentir la picadura de la hembra más mortal que he conocido en mi vida. Mi donador me decía que el lugar donde se fabricaba el medicamento era secreto, pues la fábrica original que estaba en Australia fue volada. Parece que los intereses económicos en eso de la malaria son demasiado poderosos para que nadie pueda comercializar un medicamento efectivo.

En verano el viento en esta parte del continente africano sopla con despiadada fuerza, haciendo muy difícil mantener la línea recta en la ruta. A la salida de Ciudad del Cabo, recorriendo hermosos acantilados, disfrutábamos de la excelentes vistas, pero padecíamos en exceso el terrible viento. Las rachas eran muy violentas, y podían con Kova y con mi propio peso. Un coche, que a punto estuvo de arrollarnos, se paró en el arcén. Nos salió al paso una adorable anciana, que hacía ímprobos esfuerzos por abrir la puerta del coche que el viento se empeñaba en mantener cerrada.

—¿Por qué no venís a mi casa a tomar un té?, el viento es muy fuerte hoy.

A las cuatro de la tarde no estábamos para té con pastitas. Tras haber luchado todo el día con el viento necesitábamos un buen filete y una cama. Seguimos a nuestra benefactora hasta su casa: un apartamento con vistas a una desierta playa de arena blanca de más de dos kilómetros. En el jardín, un caniche de color negro defendía con profesionalidad la entrada. El marido de nuestra salvadora aún no había llegado. De momento nos instaló en la parte de abajo: cama de

matrimonio, desaprovechada por la compañía de Rubén, y baño en la habitación.

—La cara que va a poner el marido cuando vea lo que se ha traído de la compra su mujer —le comenté a mi amigo.

—Termina pronto en el baño que me estoy yendo por la “pata pa abajo” —me respondió Rubén.

Cuando llegó su marido, no sólo aprobó el gesto samaritano de su mujer, sino que nos invitó a todos a cenar al club marítimo. No tuvieron que insistir demasiado para que prolongáramos nuestra estancia un día.

La mañana antes de partir, fui con Rubén a la playa a darnos un baño en pelotas. Al salir del agua helada, el caniche negro de la casa jugaba con nuestros calzoncillos, mientras que nuestra querida abuela lo llamaba desde lejos.

Enfilábamos hacia el punto más al sur de África: el Cabo de Agujas. En el aire flotaba el aroma de los excelentes vinos africanos y, a uno y otro lado de la carretera, durante kilómetros y kilómetros los viñedos se alineaban en perfecta formación escolar. Tanta bodega acabó por encender mis olvidados instintos vitivinícolas. Aparcamos las bicis en el estacionamiento de la bodega Raka. No era ni la más grande, ni la más famosa de la zona, era una bodega pequeña pero su interior semejaba al de un palacio vienés. Muebles estilo Luis XVI, candelabros y espejos tamaño salón de baile que nos recriminaban qué narices hacíamos ahí. En respuesta a nuestra solicitud de una botellita de vino para brindar por la llegada al punto más al sur de África, la responsable en espantar ciclistas nos contestó:

—¿Tinto, rosado o blanco?

Casi se me cayó la sonrisa al geométrico baldosín de cerámica.

—Tinto, si es posible —acerté a decir.

Pero aquella botella de vino no la beberíamos solos.

Al extremo sur del continente africano llegamos una soleada mañana. En el faro levantado hace años para que los barcos no encallasen más en las afiladas aristas que emergían en mitad de la noche, una encantadora mujer nos esperaba. Un rechoncho faro era nuestro destino, pero dos euros era un precio demasiado alto para acceder al torreón. Mucho más alto que la propia construcción. Ante nuestra cara de susto por los dos euros, la vendedora nos extendió un cheque en blanco.

—Con esto pagáis la entrada y con lo que os sobre os tomáis una cerveza —nos dijo.

Pero la cerveza también nos salió gratis. Como no había mucho *camping* por la zona, nos invitó a colocar la tienda en el jardín de su casa. Vivía con sus dos hermanos en este tranquilo lugar visitado diariamente por el viento. Regentaba la oficina de turismo local; oficinas que en Sudáfrica funcionan como negocios privados. Su salario lo obtiene de la comisión que los hoteles y restaurantes le entregan por cada turista que utiliza sus instalaciones. Por nosotros sólo recibió la botella de vino de la bodega Raka, que compartimos entre las risas y las batallitas que Rubén contaba.

Amor y pis

Durante casi cuatro semanas tuve alguien con quien compartir la cena, alguien a quien controlar por el espejo retrovisor, alguien que podía elegir por mí el mejor lugar para acampar, alguien que podía contestar la batería de preguntas que nos hacían en los pueblos. Un estudio sin pretensiones científicas que realicé durante mi recorrido africano, me demostró cómo las personas, en función de su situación social o económica, formulan diferentes cuestiones sobre mi nomadeo en bici. En los países más desarrollados económicamente me preguntan si tengo patrocinio. La realidad es que el 60% del presupuesto que preciso sale de mi bolsillo, el 20% de los patrocinadores, y el otro 20% lo voy encontrando por el camino. La gente de países más humildes me pregunta si mi estado me paga por hacer esto. Para los sudafricanos era muy importante por ejemplo que yo tuviera patrocinio o que hiciera eso por alguna causa, llámese proyecto. Para los angoleños la preocupación era dónde dormía y si no tenía miedo al anochecer y encontrarme solo en medio de la selva. Pero todos terminaban preguntándome *por qué* había elegido este estilo de vida. Durante muchos años he buscado e improvisado respuestas. Ahora simplemente digo: “y ¿por qué no?”

Tras muchos días con Rubén, una tarde le comenté que necesitaba viajar solo de nuevo. No hay tensión cuando dos amigos pueden hablar las cosas, y Rubén lo entendió. Teníamos un mismo punto de llegada, El Cairo, pero diferentes ritmos de aproximación. Y África no era tan grande para que no nos volviéramos a ver.

El reencuentro ocurrió a orillas del tranquilo lago Malawi. Él estaba haciendo comiditas para una holandesa que le había pinchado el corazón. En cuanto el del albergue me comentó que había un venezolano en bici que vivía en la cabaña número siete, no tardé en situarme en la puerta para molestar si era posible. Un abrazo y cientos de historias nos ataron esa noche a la luz de la vela, hasta que Rubén me mandó a mi tienda porque tenía algo entre manos con la holandesa y yo parecía ser un estorbo. Más tarde nos encontramos de nuevo en Tanzania. Andaba con aprietos financieros y más tarde con problemas de visado. No consiguió visa para Etiopía ni para Sudán. África le daba con las puertas en las narices y le mandaba a casa porque su pasaporte era de Venezuela, cuyo presidente Chávez iba haciendo “amigos” por el mundo.

El mismo día en que Rubén y yo nos separamos en Sudáfrica tuve una de las experiencias más fuertes de este viaje. Fue en Butterworth. Una pequeña población de carretera cerca de East London. Un conductor se detuvo para ofrecerme un lugar donde descansar en casa de un amigo que regentaba una estación de servicio. Cuando llegué no conseguí dar con mi contacto. Lo intenté una y otra vez, pero hay veces que no conviene forzar el destino. Un simpático señor de unos cincuenta años al verme para arriba y para abajo acudió a interesarse por mí. Le conté que necesitaba un lugar para dormir y se ofreció a llevarme a su casa. Pero sólo había un problema, me decía, había muchos niños.

—¿Cuántos? —le pregunté, sabiendo que aquello no era un problema.

—Ahora unos treinta.

Hice como que no me importaba y le seguí hasta la casa, que se hallaba a la salida del pueblo. La primera sensación al entrar allí fue un pesado, sofocante, olor a pis. No provenía de ninguna estancia en particular, sino más bien de todas en general. Si no había treinta niños al menos había veintisiete. Todos vinieron corriendo a saludarme y a una orden cariñosa de Neels se organizaron por tamaños para cantarme una serie de canciones de bienvenida. Algunos lo hacían con mal disimulado aburrimiento, como si llevaran toda la vida recitándolas. Otros con inusitada energía, como si hubiera sido ayer cuando memorizaron la letra y se sintieran sorprendidos de no equivocarse. Siempre he pensado que la sonrisa de un niño no debe indicar su clase social, pero la de ellos la reflejaba. Era una sonrisa abierta, pero con heridas del pasado, profunda, duradera y sin marcha atrás: sincera. Abrí mis alforjas para sacar mis juegos de magia y les entretuve un buen rato. Parecía que llevaba toda la vida preparándome para ofrecer ese pequeño espectáculo en aquel salón que olía por igual a pis y a amor.

Molly y Neels ya no tienen que ir a buscar niños a la calle como al principio, ni la policía viene a quitárselos. Al contrario: se los llevan. Muchos están en trámite de adopción, pero a ellos no les importan los papeles siempre que no les compliquen la vida. Cada mes gastan una fortuna en pañales. En un cuarto de la casa están alineadas, como en la sala de pediatría de un hospital, varias cunas. Algunos de sus ocupantes son portadores del virus del sida, y otros sufren incontinencia pues su madre era alcohólica y han nacido con esa tara. Molly siempre tiene un niño en los brazos. El contacto para estos chicos es fundamental. ¿De dónde sacan el dinero para alimentar treinta bocas, pagar la escuela, uniformes...? Me lo explicaron pero ya en su momento no lo entendí y ahora la verdad lo he olvidado. Creo que Neels me dijo algo así como: “Dios proveerá”.

Junto a los treinta ocupas que tienen en casa, están sus propios hijos, algunos de los cuales les echan una mano. Un par de mujeres están contratadas además para ayudarles a lavar la ropa o cocinar. Por extraño que pueda parecer me dieron una habitación para mí solito.

A la mañana siguiente la casa parecía un cuartel militar a la hora de la revisión. Cada niño, en función de su edad, sabía perfectamente lo que hacer. Primero un poco de gimnasia dirigida por uno de los niños mayores. Me daba pena verles salir de la cama e incorporarse a la aburrida rutina de ejercicios y traté de hacer un poco el payaso para que, al menos esa mañana, la gimnasia viniera con risas. Luego un baño rápido, un tazón de leche, y en fila al colegio. Ellos solos llenaban una clase.

Un paso imposible

Hay levantadores de pesas y levantadores de negocios. En East London, una gran ciudad en la costa de Sudáfrica, me encontré con uno de esta última especie. Javier representa la humildad más pura. Hasta su tamaño proyecta esa cualidad. Aunque ya lleva veinte años viviendo aquí aún le conocen como El Nieto del Zapatero. Su padre ejercía esa noble profesión en un pueblo de El Ferrol. Javier trabaja también con sus manos en un local de apenas quince metros cuadrados. Se levanta todos los días antes de que lo haga el sol. Abre a las seis y media y cierra a las cinco de la tarde. Un viejo coche con el asiento del conductor roto lo lleva y lo trae hasta su sencilla casa, estratégicamente situada sobre la bahía. La bruma del atardecer y el olor a humedad lo transporta hasta sus orígenes en la Costa de la Muerte. Pero Javier no es zapatero; es, como decía, un levantador de negocios. Su única pasión es su hijo Miguel, un pequeño consentido de tres años y medio. En su casa tiene una televisión, pero el sofá está de espaldas a ella, mirando al mar. Allí Javier se sienta los sábados por la tarde cuando cierra el chiringuito, y lee el diario local o simplemente acaricia el cabello de su mujer. Y hacen planes para el futuro, cuando Miguel vaya a la universidad, o cuando traspasen este negocio.

A su mujer no le hace mucha gracia la profesión de Javier, y siempre que empiezan una aventura nueva tiene miedo. Pero Javier la consuela diciendo que él sabe lo que hace. Su táctica es simple y arriesgada a la vez, pero como buen gallego que en su día partió hacia tierras lejanas, Javier sólo le teme a la pereza. Busca en el periódico local negocios en traspaso. Pequeñas tiendas de alimentación, de esas que venden de todo (como aquella tienda de la frontera de Gabón llamada “La China”) y lo arrienda por una suma pequeña. Es fundamental que el negocio esté en la ruina y no venda ni pipas, pues precisamente lo que hará Javier es darle valor. Con su trabajo, su cariño, haciendo bocadillos, sellando boletos de lotería, vendiendo cigarrillos por unidades y siempre con una palabra amable, irá aumentando la clientela. La mañana que pasé con él en su liliputiense local no me lo podía creer. No paraba un minuto. El beneficio era muy pequeño pero, como él me decía, cuando los demás locales abrían, un par de horas más tarde, él ya había cubierto los costes del día, y el resto eran beneficios. Una vez el negocio había salido a flote, lo traspasaba, y con el buen dinero que ganaba se iba de vacaciones a España, rellenaba el calcetín y, a su regreso, vuelta a empezar. Ya lo había hecho con tres negocios.

Javier y su mujer salieron a despedirme la fría y gris mañana de domingo en que el sol estaba de traspaso. Junto con un par de sándwiches me dieron un sobre. No lo abrí, pero intuí que podía ser dinero. Tragándome las lágrimas intenté devolvérselo pero Javier, firme como un nieto de zapatero, no lo consintió.

—No contiene dinero, sino cariño.

¡Mierda!, qué de gente hay en el mundo tan extraordinaria. Qué seres humanos tan íntegros. ¿Por qué no salen en los diarios, por qué la radio no entrevista a estos personajes que parecen extraídos de un cuento de hadas?

Subí la cuesta de la playa hasta la carretera y torcí hacia la derecha, en dirección a Port St John, donde debería de llegar en unos dos días y saludaría a mis viejos amigos John y Kathy, a

quienes conocí en Namibia. Esa mañana había una marcha ciclista en dirección contraria. Mientras iba alejando de mi cabeza las emociones de la despedida y observando a los ciclistas sentí que alguien me llamaba. Pensé que podía ser Javier que venía a darme algo que me hubiera olvidado. Pero no. La voz era femenina. Di la vuelta y allí estaba Kathy. Se había venido de Port St John a participar en la marcha y había pinchado. Menuda casualidad. La ayudé con el pinchazo mientras nos reíamos, y partí. Quedamos en vernos en unos días en su hotel Outspann Inn una vez superados los 335 kilómetros que me restaban.

Port St John es un lugar mágico. Para llegar a él se debe atravesar el Transkei, una zona predominantemente xhosa, donde Nelson Mandela cuenta con una legión de seguidores, pues es la tierra que lo vio nacer. Umtata es la capital de la región y allí se encuentra su museo, donde se narra la vida de este luchador al que le robaron veintisiete años de su vida confinándole en una isla. La entrada a Port St John está custodiada por montañas que se estrechan ahogando la carretera y el río que, en ese tramo, discurren paralelos. Las aguas del río Umzimvubu son de color chocolate y acuden mansas a desembocar en el Pacífico, que las engullirá como si no hubiera bebido agua dulce en los últimos cien años.

Oscurecía cuando di con el Outspann Inn. Los 143 kilómetros de ese día se me olvidaron en cuanto mi mano sostuvo la primera cerveza. Mis amigos habían preparado una buena parrillada y tuve la suerte de sentarme al lado del vegetariano del grupo. John y Kathy no me alojaron en el hotel, sino en su propia casa, que era tanto como decir que yo no era un invitado sino uno de la familia. Durante los días que estuve con ellos, recorrí ese paisaje tan especial, que ha merecido el tratamiento de Parque Natural. Playas escondidas, montañas sobre las que antaño aterrizaban pequeños aviones, y excursiones en canoa por el río. John se vino pedaleando, unos cincuenta kilómetros, el día de la partida.

Al despedirse me expresó su deseo de reunirse conmigo cuando encarase el ascenso al Sanni Pass. En parte porque no pensaba que pudiera hacerlo, y en parte para tomarme fotografías para un artículo. Días antes había hablado con el editor de la revista de bicis más importante de Sudáfrica y le había ofrecido un artículo sobre mí. El editor le pidió que le enviara la propuesta por correo electrónico. John no es de los tipos que hagan las cosas dos veces. Es directo. Le dijo que la propuesta se la estaba haciendo en esos momentos por teléfono y que si quería podía tener la oportunidad de contar en su revista una historia única con buenas fotos. El editor balbuceó al otro lado de la línea. Cuando John colgó me dijo:

—Ponte a escribir un artículo de mil palabras para mañana, que yo te haré las fotos en el Sanni Pass.

Lesotho es un país con grandes elevaciones. Junto con Etiopía es uno de los más montañosos de África, y también figura entre los de mayor elevado índice de sida. Lesotho es el lugar donde nacen las nubes en África del Sur, pues cuenta con varios puertos de más de tres mil metros: El Tiaeeng (3270), Guns (3240), Mahlasela (3220)... La entrada al país desde el lado sudafricano, por el sur, está bien defendida por el mítico Sanni Pass. Una foto que vi de éste en un hostel de Port Elizabeth me dejó críticamente enamorado. Las primeras rampas eran suaves, agradables, bordeadas por pequeñas cataratas y arroyos en los que me refrescaba. Agua limpia que brotaba de las cumbres que luego ascendería. Un cielo completamente azul que parecía tratado con el

Photoshop y unas laderas de un verde intenso eran el marco perfecto para una buena sesión de fotografías. John se vino con su amigo Dirk, que trabaja en el Departamento de Recursos Naturales de Sudáfrica. Sin problemas cruzamos la frontera. La carretera parecía terminar en una muralla de mil metros que emergía insolente a nuestra frente. Los valles laterales que se habían mostrado tan amables en un principio comenzaron a perder su pelaje verde y la roca salía a la superficie. La garganta se iba estrechando y la pista parecía no tener salida. Las piedras cada vez más grandes jalonaban el ascenso y comencé a sufrir más de la cuenta. El cielo dejó de ser azul y un tono gris, como mis fuerzas, se apoderó del ambiente. Dirk conducía el coche y John iba caminando haciendo las fotos. En un momento la pista tenía tal inclinación que Dirk abandonó el vehículo en una curva y prosiguió caminando. Tan sólo en todoterreno se podía ascender. Yo no creo que hubiera podido subir pedaleando el Sanni Pass ni siquiera sin alforjas. El terreno estaba lleno de grandes rocas que hacían que aquello semejase una prueba de trial. John dejó la cámara a un lado y me ayudó a empujar algunos tramos. La frontera cerraba a las cuatro de la tarde y habíamos empezado a subir a las diez de la mañana. Tras empujar y parar, parar y empujar, llegamos arriba. Desde ahí, la pista que habíamos dejado atrás parecía dibujada con un fino lápiz en el valle que se perdía a nuestros pies. Los últimos trescientos metros de ascenso daban vértigo. Las nubes habían ya ocupado todo pedazo de cielo azul y la temperatura había bajado al menos 15 °C. La luz ofrecía sus últimos resplandores. John y Dirk se fueron corriendo hacia Sudáfrica y yo a ponerme a cubierto de la lluvia.

A la mañana siguiente subí caminando el Hodgson Peak, de 3256 metros. A mis pies, perfectamente divisable a través de la cortante de la montaña se hallaba Underberg, el pueblo en que pasé mi última noche en Sudáfrica.

Lesotho es uno de los pocos países africanos que no exigen visa a los visitantes. Motivo para recorrerlo en bici. Otro es que cuenta con una estación de esquí, con un remonte y tres pistas. Es utilizada fundamentalmente por los sudafricanos, pues los habitantes de Lesotho no están para jugar con la nieve. Entre otras cosas porque carecen de la vestimenta adecuada para estar a la intemperie y porque el calor es su obsesión. El uniforme oficioso de los pastores de Lesotho es una manta (dos mejor) abrochada con un gran imperdible. En los pies unas botas de plástico y en la cabeza un gorro de lana de rayas rojas y blancas. Todos compran el gorrito a algunas de las mujeres que los venden en las calles de pequeños pueblos. La lana con la que los confeccionan la adquieren en el mismo supermercado, que tiene un gran surtido de colores: rojo y blanco.

Cuando el sol consigue hacerse un lugar en las persistentes nubes de Lesotho la gente se suele tumbar en la carretera, para recibir un poco de calor del asfalto recalentado. Prácticamente no hay coches que disturbem su solaz descanso, que me recuerda a los leones marinos en Namibia. La diferencia es que los leones no me perseguían pidiéndome cigarrillos o, en el caso de los niños, caramelos. Nunca llevo una cosa ni otra, y no soy partidario de dar cosas a la gente del camino. Prefiero parar y hacer un poco de magia, bromear con ellos, colocarme su gorro rojo y blanco, hacerme unas fotos... Estoy seguro de que el recuerdo les durará más que el sabor del caramelo. Aunque no soy yo siempre el que hacer reír. Una tarde un niño que venía del colegio corrió a mi lado simulando sacarme fotos con un viejo faro roto de coche. Repetía el comportamiento que había visto hacer una y otra vez a los turistas.

Matando pueblo

En mitad de la ciudad de Maputo, en una avenida repleta de acacias se encuentra el palacio presidencial. Sus guardas te obligan a pasar a la acera de enfrente, donde el sol se muestra insolente. La avenida termina en un paseo marítimo, descuidado, cuyos enormes árboles amenazan desplomarse pues sus raíces han salido al aire por efecto de la erosión del mar. Unas mujeres hacen, indirectamente, el trabajo de limpieza que el gobierno elude. Talan los árboles para obtener combustible. Sus hachas nunca han conocido el filo, y el árbol cae más por aburrimiento que por los golpes. En la playa los jóvenes juegan al fútbol, en una esquina en que no hay demasiados cascos de botellas rotas, hasta que la marea pone fin al partido. Otro grupo de personas, de alguno de los miles grupos religiosos que abundan en África, entonan unos cantos y realizan la ceremonia del bautismo por inmersión. A sus espaldas una mujer le habla al mar. Se encuentra sentada en la orilla y el agua le llega hasta casi la cintura; parece que quiere que una ola la arrastre hacia el interior y allí perderse. Justo por donde viene una barca de vela. Aunque no es más que un completo parche cosido mil veces. Sus remos son un puzle de madera y alambre. Esta vez sus ocupantes no han conseguido mucho pescado pero lo venden rápido. El sol juega al escondite con las nubes del Pacífico modificando la luz de la tarde y los reflejos de las olas. Un arrecife asiste al espectáculo de la puesta de sol, con la isla de Catembe como testigo.

En ella viven dos seres excepcionales que me regalaron una de esas historias que justifican las mil y una penurias que he pasado en estos tres años en África.

—¿Hace cuánto que no vuelve por España? —le pregunto a la hermana Carmen.

—Hace poco. Tengo un hermano muy enfermo, está del corazón. Como somos todos mayores nos vamos muriendo deprisa. Me queda un hermano y una hermana, y los dos están muy mal. Mi hermana no recuerda nada. Y ¿sabes qué me dice? (a mí y a cualquier persona que va a verla). Dice: “Ayer fui a Mozambique”. “Ah, ¿sí?”, le digo yo, “y ¿cómo fuiste?”. “¡En bicicleta!”, responde. Cuando le cuente que he conocido a uno que está dando la vuelta al mundo en bicicleta se pondrá contentísima.

Si no fuera por sus hermanos no volvería ya a España, pues teme que en una de sus visitas la superiora le prohíba regresar a África, donde debe terminar varios proyectos en marcha.

A su lado se sienta la hermana Mercedes, que con ochenta y tantos ya no conduce, pero pinta como los ángeles. Sus Vírgenes en tabla tienen un rostro que ya quisieran las modelos de L'ôreal. Ambas hermanas pertenecen a la orden de las Mercedarias, cuyo carisma es la redención de cautivos.

Al ver la luz roja de mi grabadora la hermana Mercedes me dice con suavidad:

—Te cuento esto pero después apagas eso, ¿eh?

—Sí, ya lo apago.

—Ahora puedes dejarlo, te voy a contar una cosa que te gustará. Resulta que una vez había un, un... Me faltan muchas palabras hablando, ¿sabes?

—Yo te las presto —se apresura a decir la otra hermana.

—Ah, ya me acuerdo, era un comandante. Yo tenía una medalla de plata y la cadena también era de plata. Pues el comandante me dice: “¿Me la das?” Y le digo: “No, no te lo puedo dar porque esto es un emblema de nuestra congregación. No te lo puedo dar”. Ya no me la pidió más. Y pienso: ¡qué bonito!, porque no insistió ni nada. En cambio para otras cosas...

—¿Podía habértelo quitado por la fuerza? —le pregunté.

—Claro, con la pistola y eso. Pero es algo que siempre recuerdo de aquel secuestro. Acabábamos de llegar hacía pocos días a la selva. Eran muchos, yo conté unos cuantos, luego lo multipliqué por grupos y me salían mil quinientos, pero no se puede decir porque luego...

—Sí —le aclara la otra hermana—, ya se puede decir, ya pasó la guerra.

—Bueno, resulta que nuestro comandante estaba matando pueblo. Debía de ser con una ametralladora o algo así, porque estaba matando pueblo. Y la gente estaba furiosa, claro. Y se le acabaron las municiones. Y pensó: “Ahora me matarán a mí”. Y les dijo: “Por favor, por favor, dejadme pedir perdón a Dios, después matadme, pero ahora dejadme pedir perdón a Dios”. Y se puso a rezar y cuando terminó lo mataron.

»Antes de eso, cuando nos liberaron en una frontera, nos despedimos del comandante y nos dio la mano, así, con fuerza, con cariño. Y pensé: “¿Por qué no le di la Virgen que me pidió? Le di la mano derecha y con la izquierda me la quité de mi cabeza y se la metí en la suya. Y me dijo. “¿Me la das?”. “Sí, te la doy de todo corazón”. “Gracias, gracias”. Pienso que fue la Virgen la que le hizo pedir perdón de la manera tan bonita... Porque podía haber pedido perdón para adentro, pero no, lo hizo públicamente con tantísima gente que había.

»Y la otra cosa que te iba a contar es que un día, pusieron delante de nosotros a dos chicos jóvenes, con las manos atadas, con la cara hinchada de golpes que les habían dado. Y entonces empezaron a hablar en una lengua que nosotras no conocíamos. No sabíamos lo que les estaban diciendo, pero ellos contestaban con serenidad. Y yo pensaba: “Qué bonito, a mí si me mataran por Cristo no sé si tendría esa serenidad que tienen estos dos chicos ahora”. Entonces el comandante nos metió en una pallota, y comenzamos a llorar fuerte. Yo nunca en mi vida he llorado tan fuerte como aquel día, como los niños, “ah, ah, ah”, y en eso el comandante le puso a uno la pistola en la sien y disparó. Nosotras cerramos los ojos y oímos “pum, pum”, pero no les mató, puso la pistola para arriba y disparó al aire. Y entonces vino a la pallota y nos dijo: “Yo quiero saber por qué lloráis”. Comenzó por la otra hermana, luego la siguiente, y la última fui yo. Yo me puse a rezar: “Señor, ayúdame a decirle algo, algo que... les perdone a éstos. No sé qué decirle. Ayúdame”. Las otras hermanas hablaban pero yo ni escuchaba, yo solamente rezaba. Y cuando me tocó a mí me dijo: “¿Y tú por qué lloras?” “¡Señor comandante! —le dije— se lo voy a decir con todo respeto y hasta con cariño, señor comandante, porque si yo le viera a usted... si yo te viera a ti en esta situación... también lloraría”. “¡Tú quién eres?”, me contestó. “Somos hermanos, tú y yo somos hermanos”, le dije. “¿Cómo que somos hermanos? Yo soy negro y tú eres

blanca, explícame eso de que somos hermanos”. “Y eso, ¿qué importa?”, le dije. “Somos hijos de un mismo Dios”.

»Salió y dijo a los soldados que estaban afuera: “Escuchadme: ¡soltad a estos, soltadles, dejadles libres!, porque las hermanas lloran”.

»Luego les pregunté a las hermanas qué le habían dicho y me dijeron: “Ay, no sé, algo parecido a lo que tú le dijiste”.

»Anda, ahora ya puedes apagar eso.

En España estas dos simpáticas damas engrosarían la lista de pensionistas y jubilados, y posiblemente acabarían sus días en una residencia de la tercera o de la cuarta edad. Pero aquí en la isla de Catembe, en frente de Maputo, aún tiene mucho que decir. Han levantado una residencia para niñas de la calle, huérfanas sobre todo por el sida, a quienes enseñan algún oficio. Con fondos de amigos y de algún organismo público, como el Ayuntamiento de Cuarte de Huerva, en Aragón, tratan de ser útiles a la sociedad. Sin medallas, sin salir en la foto, sin quejarse. Siendo felices para hacer felices a los demás.

Mozambique no puede respirar sin la ayuda externa. La sanidad, la educación, las carreteras, la justicia..., todo necesita de la cooperación exterior. En este país, como en muchos de África, faltan profesionales. En Mozambique hay un médico para cuarenta mil habitantes, con lo que muchos no ven al doctor en su vida. España es uno de los principales donadores, lo que explica la abundante presencia de españoles en este adorable país. La agencia española de cooperación internacional dispone de un edificio con varios apartamentos para alojar a los expatriados. Aprovechando que una de las casas estaba vacía, y gracias a la generosidad del director de la referida agencia, Jaime Puyoles, me pasé un mes en Maputo. Estos parones en el pedaleo venían sin embargo cargados de actividad. La logística de un viaje de estas características no es asunto baladí. Constantemente debo reponer el material desgastado, e incluso si es posible anticiparme a la posible rotura.

Otra llanta comenzaba a abrirse y tenía que sustituirla. Por suerte para mí, uno de mis compañeros de la bicimensajería La Luna, iba de viaje turístico a Sudáfrica, y podía desviarse hasta Maputo para entregarme una nueva rueda. Entré en contacto con la bicimensajería La Luna mientras preparaba en Oviedo el proyecto de la vuelta al mundo. Necesitaba un poco de dinero, pero sobre todo actividad física. Y trabajar con ellos media jornada me venía genial. A muchos clientes a los que les hacía entrega de algún encargo mi cara les resultaba familiar por haberme visto en la prensa, y así surgían contactos que a la larga se convirtieron en patrocinadores. Con otros clientes bromeaba diciendo que ahora trabajaba en La Luna, pero que en breve me iría a recorrer en bici “La Tierra”. La gran sorpresa me la llevé el día que tuve la cena de despedida con mis amigos de la bicimensajería. A la salida del restaurante me entregaron un sobre en cuyo interior, en una nota manuscrita, se podía leer:

“La Luna se compromete a colaborar con el proyecto Miles of Smiles Around the World (MOSAW), con el 0,5% de su facturación mensual, durante todo el tiempo que dure su ejecución”

Intencionadamente habían escrito “facturación”, y no “beneficios”, como parecería más

lógico. Desde que he iniciado esta andadura nunca me ha faltado su cuota de sonrisas.

Además de la salud de la bicicleta debía ocuparme de mi salud física. Al menos una vez al año debía revisarme la boca, aunque en Maputo no encontré dentista de confianza. La última revisión me la había hecho en Asturias, hacía ya dos años, merced a otro colaborador: Multiclínicas Laserdental. Sin una buena sonrisa un payaso está más vendido que un pájaro sin rama.

En Vilanculos tuve la oportunidad de volver a actuar en una cárcel. La villa costera es una de las más sucias que he visto en Mozambique. El jefe del pueblo era musulmán e imagino que, cuando se dirigía a su palacio, veía toda la basura que el viento llevaba de uno a otro lado. Vilanculos estaba fuera de la carretera nacional, pero el desvío merecía la pena. Parte del trayecto lo hice en compañía de Ignacio, que regresaba en bici a su casa. Para ir a trabajar a la fábrica recorría cincuenta y cinco kilómetros al día. Más o menos debía cambiar los neumáticos cada dos meses. Al día siguiente, domingo, Ignacio debía entrar a trabajar a las cinco de la tarde, por lo que tenía que salir de casa a las dos de la tarde.

Las bicis que más se ven en África son las chinas de rueda de veintiocho pulgadas. Generalmente lo primero que se les cae son los pedales, después el sillín, y lo último los envoltorios de plástico y el papel de estraza.

Ignacio tiene la mitad de edad que Alfredo. Éste ya no trabaja; a sus sesenta y un años es mantenido por sus hijos mayores pero sigue usando la bici para ir a la iglesia. Su mujer va sentada en la parrilla trasera, con la dignidad de una princesa. Alfredo me comenta que sigue vivo porque Dios no se quiere acordar de él.

Son los mozambiqueños que no han sucumbido al sueño de las minas sudafricanas. La frontera está cerca relativamente y allí hay trabajo. Pero muchos encuentran también la muerte. El sida se lleva a muchos de ellos, y los carteles de la ruta lo recuerdan:

aonde está o mineiro

não voltou por causa da AIDS

En la cárcel de Vilanculos el 80% de sus habitantes son menores de edad. La hermana Pilar acude un par de veces por semana para hacer costura con los presos. También hay dos mujeres aunque habitan en una sala separada. El techo está roto y cuando llueve no hay lugar para ponerse a resguardo. Ninguno de los presos tiene colchón. En parte porque son caros, y en parte porque la sala donde se hacían es realmente pequeña. Los más afortunados duermen sobre esteras. No hay letrinas, y el peligro de fuga es prácticamente inexistente. Son custodiados por un solo guarda y la puerta de la celda suele estar abierta. El director se llama Rui, un tipo amable que no puso objeción a mi espectáculo, aunque sí la tuvo a los talleres de costura de la hermana Pilar. Uno de los presos había realizado un bordado en el que se veía un policía de pie y un preso de rodillas. El título era *não à tortura* (no a la tortura), pero el director le hizo bordar una “h” para que se leyera *não há tortura* (no hay tortura).

África con un par

El papelito que me dieron dos turistas que salían de Zimbabwe me iba a servir de gran ayuda. Era un certificado del banco que acreditaba que ellos, a la postre yo mismo, habían cambiado una suma de dólares en la moneda local al precio oficial. Enseñando ese papel en hoteles, museos y restaurantes, podía conseguir que me cobraran aplicando el cambio oficial de Zimbabwe, que era tres o cuatro veces menor que el del mercado negro. Yo cambiaba el dinero en la calle y pagaba servicios a precio de mercado oficial. El dinero me duraba así cuatro veces más. Tenía que tener no obstante la precaución de cambiar cantidades pequeñas, pues en una semana la devaluación era ostensible.

En los supermercados de Zimbabwe los productos yacen acostados, ocupando el mayor espacio posible de la estantería, para no dar la sensación de que estas están vacías. Las largas colas son debidas a que cualquier pequeña transacción económica mueve grandes cantidades de dinero. Por ejemplo, en la época en que yo estuve allí (mayo de 2006), por un dólar americano obtenía cien mil de Zimbabwe. Pero el día que salí del país, tan sólo un par de meses después, ya daban en el mercado negro cuatrocientos mil. Y como los billetes más grandes eran los de veinte mil, cada diez minutos las cajeras debían cerrar la caja pues el dinero no les cabía dentro. Las colas eran casi exclusivamente para comprar pan. Las panaderías vendían otros artículos, pues el gobierno había fijado un precio de venta del pan que no daba ni para cubrir costes. En el supermercado vendían por lo tanto pan y, a sus puertas, jabón en lingotes para lavar la ropa, aceite y dentífrico. Estos productos, pasados por la vecina montaña de Mozambique, eran más baratos que en el supermercado. Prácticamente nada funcionaba en Zimbabwe. Bob, como la gente llamaba coloquialmente a Robert Mugabe regía el país con mano dura a pesar de tener que estar jubilado hace ya veinte años (en febrero de 2004 cumplió ochenta años). La única libertad para muchos ciudadanos era escapar a otro país. Zimbabwe había sido durante muchos años el granero de África y ahora pedía ayuda en los foros internacionales.

Antes de la reforma agraria había en el país trescientos mil granjeros, ahora apenas quedaban treinta mil. No fueron expropiados sin indemnización alguna solamente de sus granjas, sino también de su hogar, sus tractores, sus animales y sus recuerdos. Todo. Las propiedades robadas a los blancos fueron entregadas a los amigos de Bob. Pero éstos carecían en su mayor parte de conocimientos para gestionar esas fincas. Lo más fácil era vender los coches y los muebles de la casa y obtener así un dinero fácil. La tierra fue quedando improductiva. Para ayudarles en su labor, el gobierno les facilitaba gasóleo a bajo precio, que ellos vendían en vez de usar, con lo que obligaban a cerrar también al de la gasolinera de la esquina, que no podía competir con ese precio.

Cuando el gobierno se dio cuenta de sus errores, llamó a los granjeros que habían emigrado forzosamente a Zambia, Malawi o incluso Australia, y les ofreció recuperar sus granjas. Los que volvieron se encontraron sus viviendas destrozadas y los tractores averiados. Pero con ese espíritu luchador que África ha desarrollado en sus moradores, lo intentaron otra vez. Y muchos

consiguieron volver a poner en marcha las plantaciones de algodón, de plátanos o de café. Las familias locales volvían a tener ocupación. Vincent, de origen francés, volvía a emplear a setecientos trabajadores en temporada alta, y Cecil a trescientos. Pero la vida puede ser terrible si quien gobierna padece demencia senil. Un nuevo decreto volvió a poner esas granjas en manos del gobierno, y Vincent, Cecil y muchos otros tuvieron que irse de nuevo. Los que se quedan en Zimbabwe lo hacen no por cabezonería sino porque han nacido aquí y sienten esta tierra como suya.

A Rod también le robaron su granja, pero no quería hablar de eso. Rod me adelantó con su coche y se detuvo unos metros más adelante. Se ofreció a llevarme pero rechacé su oferta. La mañana era perfecta, sol de cara, y una ruta sin apenas coches y buen arcén. Me dijo que yo estaba realizando lo que él siempre quería haber hecho. Y lo decía arañando con su mano la pintura de su coche, con rabia, como si estuviera atado a un proyecto o a una persona. Me preguntó si no me cansaba de ir de un lado para otro y le dije que no. Mi respuesta, rápida y convincente, lo enrabetó un poco más. Asintió cabizbajo. Arrancó una hierba de la vereda y la rompió en tres trozos que lanzó al viento de la pacífica mañana.

—Valemos menos que esa paja —me confesó.

Le pregunté su nombre pero no me lo quiso dar. Tuve que insistir dos veces. Para él lo que yo hacía estaba a la altura de la conquista del Everest o de los navegantes solitarios. Me pidió la dirección de mi web y me dijo que le gustaría leer mi libro de África (pero traducido al inglés). Entró en el coche y me dio quince euros, “para que te des una buena comida en la ciudad”. Se subió al vehículo y partió, no sin antes recordarme que yo era afortunado porque estaba haciendo realidad mi sueño.

Ojalá Graham no tuviese que irse nunca del país. Dirigía una plantación de té y café. La mayoría para la exportación. Le conocí una tarde, como tantas otras, en que buscaba dónde plantar mi tienda. Me llevó hasta su casa en Chipingue. Graham es un hombre fundamentalmente bueno que, fuera del trabajo, siempre anda con una cerveza en las manos. Ama a su mujer y a sus dos hijas, y ahora también a los caballos. Sus hijas han comenzado a jugar al *polocrosse* y este fin de semana había torneo. En otros tiempos Zimbabwe fue una potencia mundial de ese extraño juego, y ahora los jugadores no pueden pagar la gasolina para los desplazamientos. Cuando Graham me propuso ir con ellos al torneo regional no lo dudé. Allí iría gente de todo el país, y podía tener contactos para recorrerlo más tarde. Además me ofreció la posibilidad de aprender a jugar. Pero esto último ya sabía yo que era imposible. No sólo hay que saber galopar como si te persiguieran los indios, sino que a la vez hay que llevar una especie de raqueta en la mano y tener una excelente puntería. Me contenté con ver el torneo desde el banquillo y charlar con uno de las leyendas de este deporte: Ted Wilson. Jugaba en el equipo de Bulawayo y compartía con Graham la misma debilidad por la espuma embotellada. Ted me llamaba “talibán”, por el turbante que solía llevar en la cabeza. El primero lo conseguí en las montañas del Alto Atlas en Marruecos. Y cuando Amaya, de Médicos del Mundo en Opuwo (Namibia), vio la cantidad de agujeros que tenía no dudó en ofrecerme uno en sustitución. Con un poco de cuidado sería capaz de recorrer África con un par... de turbantes.

Ted Wilson me dio su dirección de Bulawayo y allí me dejé caer semanas más tarde.

—Hi Taliban, welcome to our house —me dijo, dándome la bienvenida a su casa.

A la entrada de su granja había un letrero que decía: “Room for one more”. Enseguida me aclaró que lo de “sitio para uno más” no se refería a mí, sino a los equinos. Siempre tenía un espacio para un caballo más. Ted luchaba diariamente por sobrevivir. Dada la crisis de gasolina, su negocio de trasportes de mercancías por carretera estaba al borde de la quiebra. Pero él trataba de sonreír. Al segundo día de estar en su casa me dio las llaves de su coche y me indicó el camino para que fuera a visitar Matopos, un parque natural donde estaba enterrado Cecil Rhodes.

Fue en 1902, una calurosa mañana, cuando unos hombres elegantemente vestidos treparon hasta un promontorio con excelentes vistas (ahora denominado World’s View) para dar el último adiós al multimillonario que soñó con una línea de ferrocarril que uniera Ciudad del Cabo con El Cairo. Pero Rhodes no hubiera sido tan inmensamente rico de no ser por Louis de Berquem, que varios siglos antes había desarrollado un sistema para troquelar el diamante. Hasta entonces las perlas eran las piedras más preciosas. Pronto lo fueron los diamantes, que abundaban en el lugar donde Jacob, el hijo de un granjero holandés, acostumbraba a divertirse. La piedra con la que jugaba tenía el tamaño de una uva y pesaba más de veintiún kilates. A la madre de Jacob le ofrecieron comprarle la gema, pero ella no vio bien vender una piedra y la regaló. Más tarde se abrió en ese lugar la mina de diamantes más famosa del mundo, la de Kimberley, propiedad de la empresa De Beers Consolidated Mines Limited, y por tanto del hombre que la creó, Cecil Rhodes.

Cuando le devolví el coche a Ted y le propuse darle dinero para la gasolina, me dijo:

—Taliban, do you have driving licence? —y se fue a por un par de cervezas. Nunca vio mi carné de conducir.

Aprovechando uno de sus fletes fui con ellos hasta las cataratas Victoria, así bautizadas por el Dr. Livingstone, aunque los locales siempre las habían llamado Mosi oa Tunya (“el humo que truena”). De esta forma no tenía que desviarme de mi ruta y podía luego continuar en bici hacia Harare. Estas cataratas pueden contemplarse desde el lado de Zimbabwe o desde el de Zambia. Ambos ofrecen vistas diferentes, mas en la época en que yo fui, la de lluvias, el río Zambeze bajaba tan crecido que el agua rebotaba con fuerza en su caída y no dejaba ver gran cosa. Una nube y un estrépito imparable anunciaban el lugar donde el río perdía la horizontalidad. La parte de Zimbabwe, Victoria Falls, estaba en horas bajas. Una estatua del famoso médico calvinista escocés, con paso firme, emergía de entre la tupida vegetación. Muchos negocios permanecían cerrados o simplemente no tenían clientes. La ciudad de Livingstone en el lado de Zambia tenía más animación.

Otro de los lugares interesantes de Zimbabwe, eran las casas de piedra, que es la traducción del shona de “dzimba dzemabwe”. Aunque hay más de trescientos el más famoso es el Gran Zimbabwe, que alcanzó su esplendor en el siglo XII. Estratégicamente situado en una zona donde el ganado tenía acceso en un día al agua y donde no existía la plaga de la mosca tsetsé. El gran recinto fue construido en el siglo XIV y es la mayor estructura prehistórica del África subsahariana. Muros de cinco metros de espesor y diez metros de altura fabricados con rocas de granito que se desprendían por efecto de los cambios de temperatura como si fuesen hojas de una cebolla. En la época en que se levantó el Gran Zimbabwe, en Europa se alzaban catedrales. Sin embargo la ejecución del Gran Zimbabwe fue un poco rudimentaria y si aún está en pie es debido

a los trabajos de conservación. A diferencia de estructuras con muros de piedra seca que han perdurado más de cinco mil años como en China o Egipto. Curiosamente en las excavaciones efectuadas en el Gran Zimbabwe han encontrado porcelana china o tazas persas. El intercambio con oriente era debido a que desde aquí exportaban oro a los mercaderes árabes. Por eso esta zona era conocida como las “praderas del oro”. Incluso hoy en día aún hay buscadores de oro.

Las minas del rey Salomón

Un sonido, seco, como de golpeteo sobre la piedra y proveniente del campo me sorprendía cada mañana en la ruta. Parecía como si hubiera pequeñas fábricas en el interior de los matorrales, pero no se veía ninguna torre, ni había señales para desviarse, ni caminos que por los que acceder. Jack Joubert me explicó que se trataba de pequeñas minas de oro. Él tenía la concesión de una de ellas. Jack era amigo de Ted, y ahora que había conseguido que las cosas funcionasen, se había enterado de que Bob también quería nacionalizar las minas. Pero en tanto eso ocurriera iba tirando. Su negocio no radicaba en realidad en la extracción del oro, sino en dar servicios. Alquilaba los tractores a la gente que extraía la tierra en busca de oro. Y luego trituraba esa tierra con una obsoleta estructura tan antigua y rudimentaria como el Gran Zimbabwe.

—He intentado colocar máquinas más modernas, pero esta gente se pone nerviosa si pierde de vista la tierra —me explicaba entre el ensordecedor ruido de la piedra pulverizando la piedra.

El beneficio de Jack no era tanto el alquiler de los tractores o el lavado de la tierra, sino la cantidad de oro que se quedaba en su máquina tras el proceso de selección. La tierra desechada era empujada por el agua hasta unos depósitos, donde utilizando “agua regia” (una solución muy corrosiva formada por ácido nítrico y ácido clorhídrico) el oro entremezclado en la tierra era capturado. Minúsculas partidas de oro que sumadas unas a otras podían dar cien gramos o, lo que es lo mismo, trescientos dólares. Aunque el oro lo debían vender al banco sólo entregaban una pequeña cantidad. El negocio funcionaba veinticuatro horas, todos los días de la semana. Los buscadores de oro pasaban la noche al lado de su montón de tierra y no lo dejaban sino para ir con alguna de las prostitutas, quienes habían encontrado aquí también *Las minas del Rey Salomón*.

Una de las ciudades mineras e industriales más importantes de Zimbabwe es Kwekwe, así llamada por la cantidad de ranas que habitaban en el río Kwe Kwe y que no paraban de croar. El ruido que me molestaba no era tanto el de las ranas, como el del pedal. Un *cric-cric* me anunciaba que algo pasaba en su interior. La curiosidad pudo más que la prudencia y, en un negocio de coches, pedí la llave del 15 y lo destripé. Los rodamientos estaban destrozados. Esos pedales llevaban ya más de 55 000 kilómetros. Eran los de Quirlig, la bici de Sudamérica. Los últimos sesenta y dos kilómetros hasta Kwekwe los hice a la africana. Un pedal sí y otro no. Tan sólo podía apoyar el pie en el eje del pedal, que como no giraba me obligaba a recolocar el pie continuamente. Ese extraño movimiento me estaba produciendo tendinitis y me desgastaba rápidamente la suela del zapato. Ahora sentía aún más admiración por los africanos que pedalean con esas bicis chinas sin pedales en las que acarrear sacos de carbón de cincuenta kilos.

Las afueras de Kwekwe semejaban una ciudad abandonada por una epidemia. Vagones de trenes descarrilados, fábricas desmanteladas, y muy poco tráfico en la carretera. Antaño había sido una de las ciudades con gran producción de acero del país. Hoy Terry vive de sus rentas tras haber vendido su taller de acero. Era otro de los contactos que me dio Graham. Cuando entré en su casa comprendí que mi problema del pedal estaba solucionado. Viejos coches decoraban el jardín, una moto antigua subida en un poste a más de diez metros de altura alumbraba la vereda. Terry me fabricaría un pedal ¡de madera! Hicimos planes para el día siguiente mientras

tomábamos una cerveza en su bodega. Jugué al *snooker* con su cuñado Dick, quien con sus ochenta y nueve años me dio una paliza mientras me contaba su experiencia luchando con el ejército inglés en la Segunda Guerra Mundial. De aquella dura experiencia le quedan graves secuelas: no ve bien y está medio sordo. Pero en el *snooker* no perdona.

Al día siguiente recorrimos la ciudad para comprar un viejo pedal de segunda mano y lo abrimos. Terry salvó la parte central, el eje, y volvimos a casa. Un trozo de madera de teca serviría para la operación. En dos horas lo había torneado y lucía en Kova. Mi viejo pedal lo soldó y me lo dio de repuesto. Si durante mis días en África había visto bicis de madera, ¿por qué no podía tener yo un pedal de madera?

Me costó mucho tiempo adquirir un pedal nuevo. Fue meses más tarde en Dar es Salaam. Lo había intentado en Mozambique. Allí conocí unos chicos de una ONG española, Medicus Mundi Madrid. Trataban de ayudar a las poblaciones locales en la lucha contra la malaria. Suministraban mosquiteras a las familias. En un principio a todas las que la pedían. Luego a las que cumplían ciertos requisitos, como mantener limpia la casa, o desbrozar los alrededores para evitar la presencia del mosquito. Y sobre todo controlaban que les dieran el uso previsto, pues en algunas visitas a las familias se sorprendieron al ver que las usaban no sólo de noche, sino también de día. Las utilizaban como redes para pescar.

Aparte de organizar un espectáculo en Macomía, una de las poblaciones en la que trabajaban, me facilitaron un lugar donde alojarme en Pemba. La tarde que llegué, uno de los miembros de la organización me dijo que una amiga suya vendría en unos días desde España. Le conté mi problema con el pedal.

—No te lo va a poder traer —me dijo.

—¿Por qué?, no pesa mucho.

En aquel momento intuía que estaba hablando con una persona un tanto extraña. Nos habíamos conocido apenas hacía unas horas, pero estaba al corriente de mi proyecto y al fin y al cabo un pedal no es una rueda.

—Si yo fuera ella no te lo traería —me aclaró.

Sentía que estaba delante de un ser de otro planeta. Español, como yo, pero de otro planeta.

—Y ¿por qué? —decidí ya saber qué se ocultaba en aquella mente.

—Porque pueden meter droga dentro del pedal y en el aeropuerto abrirlo...

—OK, no te preocupes, ya me las arreglaré —le dije mientras salía de la habitación y le dejaba continuar la partida de ajedrez con el ordenador.

No todos iban a ser como Rafa, está claro. A Rafa no le conocía personalmente. Yo había roto una rueda a la salida de Luanda (Angola), y tuve que regresar para aguardar el repuesto. Me habían adoptado Sixto y Fatinha, una encantadora pareja hispano-angoleña con tres hijas bellas como tres soles. Me dijeron que su vecino, Rafa, estaba en España y volvería en unas semanas. Por correo electrónico le pedí si por favor me podía traer una rueda. Es un bulto bien difícil de trasportar,

bastante más que un pedal, pero no puso ninguna objeción. La rueda llegó oliendo a bebé, pues la había envuelto en los pañales que había comprado para su hijo recién nacido.

Seguí utilizando en Zimbabwe los contactos que me había facilitado Graham. En esta ocasión se trataba de su hermana, que vivía a las afueras de Harare. Sue adoraba a los animales y puedo decir que tanto o más que a su marido Patrick. En seguida me alié con éste, teníamos en común la afición por el rugby y la fecha de nacimiento. Sue hubiera hecho muy buenas migas con Noé, el del Arca. En su casa tenía: quince patos y varios pavos reales, un cerdo salvaje, dos cerdos más normalitos, un mono pequeño del Brasil, cinco perros, dos gatos, un loro, ocho caballos, dos cervatillos, una serpiente y dos *baby bush* que vivían en el falso techo de la casa y venían de visita por la noche a mi cuarto descolgándose por la lámpara del techo.

La terrible crisis económica empezaba a dejarse sentir en todos los sectores. Para sobrevivir en Zimbabwe sólo era posible dedicarse a algunos de los siguientes negocios: comida, venta de gasolina o cambio de divisas. Sue se dedicaba a la comida. En su granja tenía un montón de ovejas de las que obtenía un queso excelente que era degustado en las fiestas de las embajadas. En cuanto se enteró Fernando, el cónsul de la embajada española, me pidió el teléfono de Sue. También preparaban muesli, cuya receta y dos kilos se añadieron a mis alforjas.

Otra vez los belgas

Ruanda y Urundi (hoy Burundi) son los países más densamente poblados de África, quizá porque son los más fértiles. Situados a más de dos mil metros de altura son menos vulnerables a las plagas que frecuentemente azotan el continente, y además se benefician de las lluvias necesarias para que las verduras crezcan fuertes en sus suelos de origen volcánico.

Pertenecieron a Alemania hasta que en 1916 fueron invadidos por los belgas desde sus bases en el Congo. Éstos estaban preocupados por la pequeña salida al mar Atlántico que habían conseguido en la Conferencia de Berlín, y buscaban triunfos para jugar al póker con Inglaterra y Portugal. Con Ruanda y Urundi en su poder, los belgas se sentaron a negociar. Ofrecieron Ruanda a los ingleses, mientras que ellos se quedarían con Urundi y con la orilla sur del Congo (en poder de los portugueses), y a éstos les reservaban un trozo del sudeste del África oriental alemana que Inglaterra había conquistado.

El primer paso de tan oscuro trapicheo era el reconocimiento internacional de la soberanía del Congo Belga sobre Ruanda y Urundi. Una vez conseguido esto, los portugueses sorprendentemente se negaron a seguir adelante con la negociación, con lo que Ruanda nunca fue cedida a los ingleses.

Lo que en principio pareció ser una jugada redonda para Bélgica se convirtió en una tragedia. Debían gestionar un territorio inmensamente grande del que desconocían prácticamente todo. Se dieron cuenta de que había tres grupos principales: los twa, pigmeos cazadores que hace mucho tiempo ya vivían aquí; los hutu, agricultores de origen bantú que suponían el 84% de la población; y los tutsi, pastores de origen camítico, un poco más altos y un poco más hermosos que los anteriores, motivo por el cual fueron elegidos por los belgas para gobernar, aunque solamente representaban el 15% de la población de Ruanda-Urundi.

Para tener todo un poco controlado, los belgas introdujeron en 1926 la carta de identidad, en la que debía determinarse el clan del titular. Cuando la genealogía no ayudaba a dilucidar los orígenes los belgas recurrían a las matemáticas. Si tenían más de diez vacas eran tutsi, si tenían menos, eran hutu.

La administración belga dejó el tema de la educación en mano de la Iglesia católica. El obispo Classe recibía así un importante subsidio por alumno escolarizado, pero con la obligación de extender la educación a más africanos. Gobierno e Iglesia concluyeron que debía escogerse solamente a los tutsi. Pero a mediados de los años cincuenta solamente el 10% iba a la escuela, y a finales de esa década, aunque no existían abogados ni doctores congoleños, ya se habían formado más de medio millar de curas.

Las hermanas que conocí en Vilanculos y que trabajaban en la prisión, vivían en Ruanda cuando se desató el genocidio de los tutsi por los hutu, aunque aquéllos llevaban ya años haciéndoles a éstos la vida imposible. Su deseo hubiera sido quedarse allí, pues muchos de sus compañeros morirían asesinados, pero fueron expulsadas junto con los demás blancos. Cuando

llegaron los paracaidistas belgas a la capital, Kigali, ya había muerto más de un millón de personas. Muchos más fueron desplazados, y vivían en campos de refugiados en el antiguo Zaire. Las hermanas se pusieron tan pesadas con su superiora que ésta accedió a que fueran al campo de refugiados. En una colina de tierra roja, bajo tiendas de campañas con grandes logotipos del ACNUR, alimentaban niños desnutridos o sostenían la mano de moribundos.

En Kigali visité el museo del genocidio hipócritamente financiado por el gobierno belga. En una de sus sobrecogedoras salas se amontonan los cráneos de cientos de ruandeses asesinados por los que hacía unos días eran sus vecinos. La causa de la muerte era bien visible. Los cráneos tenían evidentes marcas de haber sido golpeados contra el suelo o quebrados a machetazos.

El aire era aún denso en Kigali. El que no tenía las manos manchadas de sangre es porque había perdido algún familiar. Hay multitud de huérfanos. Y no se habla aún del tema porque Kigali, la ciudad de las mil colinas, yace aún convaleciente de sus heridas. Tras el genocidio, a finales de 1994, el 70% de la población de Ruanda eran mujeres.

En un barrio de la ciudad los salesianos tratan de que todo vuelva a la normalidad. Su trabajo con los jóvenes en todo el mundo adquiere mucha mayor importancia en África, donde aprender un oficio rápidamente, en dos o tres años, es garantía de futuro para una familia. Los salesianos trabajan con los jóvenes, enseñándoles formación profesional y haciéndoles amar el deporte. Por eso, y por mi gran amigo Agustín (salesiano de Urnieta-Guipúzcoa), he ido contactando con ellos durante mi travesía africana. Ofrecí espectáculos para los salesianos de Dakar, Benín, Gabón, Sudáfrica, Mozambique, Etiopía, Swazilandia, Ruanda... En Kigali me hubiera gustado actuar para los desplazados por el genocidio. Y lo conseguí, pero en Kigoma (Tanzania) a orillas del Lago Tanganica.

Allí existe uno de los campos de refugiados más grandes del mundo, con población desplazada del Congo y Ruanda, entre otros países. Una rápida gestión del responsable en el terreno de la Cruz Roja Internacional en Dar es Salaam (Tanzania) me permitió hacer ocho espectáculos en los campos de refugiados, para miles de personas. Para ir hasta allí tuvimos que tomar un avión, que en tres horas de vuelo acrobático nos dejó en la pista del aeropuerto de Kigoma. Durante los siguientes tres días no me quitaba la nariz de payaso ni para dormir. Sergio, mi contacto en la Cruz Roja Internacional, me pedía si podía hacer un espectáculo más en otro dispensario, o visitar otro campo no previsto..., y yo decía a todo que sí. Sólo quería un poco de organización pues en algún espectáculo, era tanta la gente agolpada contra las tablas del escenario o subida a los árboles, que temía que ocurriera un accidente.

En los campos no hay electricidad pero sin embargo hay tiendas de reparación de electrodomésticos. El gobierno tanzano empieza a cansarse de tener por tanto tiempo a esas personas en su país. Aunque las tierras que cedieron fueron las de peor calidad y a cambio recibe considerables sumas de dinero cada año. A los refugiados no les está autorizado trabajar, pero algunos empiezan a tener pequeñas plantaciones con las que sobrevivir mejor. Las organizaciones internacionales comienzan a evacuarlos si bien los medios con que cuentan son escasos. Apenas un barco que cruzando el lago Tanganica los deja en el Congo y un montón de camiones. Pero aunque el ritmo de la repatriación fuera del 100%, tardarían cinco años en poder cerrar los campos de refugiados de Kigoma. Y ello suponiendo que no nacieran nuevos niños. Y esto es

imposible, pues la natalidad aumenta ante la falta de ocupación.

En uno de los últimos espectáculos en los campos de refugiados de Kigoma me olvidé mi reloj. Cuando volví ya había volado. Supongo que había algún mago viviendo en los campos de refugiados. Me molestaba enormemente perder el material. El reloj tenía además altímetro con el que registraba algunos pasos de montaña que luego colgaba en la web. Todo era importante para mí y, aunque parezca extraño, necesitaba incluso la alarma del reloj para levantarme cada mañana. Mi amigo Jose, de Oxígeno, estuvo rápido a mi demanda, habló con el nuevo representante de la marca y me facilitó otro reloj igual al que tenía. Pero parece que ese reloj estaba gafado pues me lo volvieron a robar en Kenya. Pero esta vez no se lo dije a Jose.

Afrontaba uno de los desiertos más duros de África, un paso necesario para salir de Isiolo y llegar a Moyale, en la frontera de Kenya. No era raro que tuviera que cruzar varios desiertos en mi paso por África, pues el 40% de su superficie es desierto. Si en condiciones normales una persona debe beber al menos dos litros y medio de agua al día, en el desierto, realizando una actividad física moderada, se gastan ocho litros. Y con tanto calor el cerebro se ralentiza. Tal vez por eso tardé diez kilómetros en notar la falta del reloj en el manillar de la bici.

Habíamos parado en una pequeña villa en la ruta. El sol era abrasador y no daba segundas oportunidades para correr bajo una sombra. En aquella época viajaba con Kuro, un japonés que llevaba más de tres años dando la vuelta al mundo, y que tenía una ruta coincidente con la mía hasta Addis Abeba (Etiopía).

—Kuro, me han robado el reloj —le dije sorprendido.

—Mierda. Fue en la villa donde paramos a tomar té con chapati. Aquellos niños alrededor de las bicis...

Eran las tres de la tarde. Y decidimos llegar hasta el cruce de carreteras siguiente y buscar dónde dejar las bicis. El único posible lugar para dormir tenía afortunadamente todas las habitaciones libres. Tal vez porque la más cara valía un euro. Metí la bici en una de ellas y aguardé en la ruta para detener cualquier vehículo que fuera hacia la villa donde supuestamente me habían robado el reloj. Pero a esa hora de la tarde ya nadie se arriesgaba a andar por esa ruta. Todos los coches que recorren los más de quinientos kilómetros entre Isiolo y Moyale llevan militares dentro. Las tribus locales roban bastante ganado, según dicen, y a veces atacan a los coches. Sólo insistiéndole a los del control policial de Isiolo nos dejaron pasar.

Como no veía que circulara vehículo alguno y el sol empezaba a caer, opté por ir hasta el pequeño pueblo en bici. Le quité las alforjas y, como si fuera una carrera contra el crono, recorrí los veinte kilómetros de pista de tierra en menos de cuarenta y cinco minutos. Por el camino iba desterrando de mi cabeza la idea de que fuera a encontrar mi reloj. Simplemente estaba haciendo ese trayecto porque en la vida hay que intentarlo todo. No podía volver a escribir un correo a Jose y decirle que me había quedado de nuevo sin reloj. Al menos tendría que decirle que lo había intentado. Daba por hecho que no lo hallaría. Pero el esfuerzo en sí mismo justificaba mi acción. Cuando llegué no sabía muy bien a dónde dirigirme ni con quién discutir. Ni yo hablaba su dialecto ni ellos inglés. Sólo usando el poco swahili que había adquirido en mis tres meses en Tanzania pudimos comunicarnos. En todo el pueblo no había más que dos policías, quienes en

seguida comprendieron lo que pasaba. Fueron a buscar al jefe del pueblo, que había venido a saludarnos a Kuro y a mí cuando tomábamos el té y que había espantado a los chicos que merodeaban cerca de las bicis.

Cuando apareció el hombre me creí salvado.

—¿Se acuerda de la cara de alguno de los chicos que estaban a la tarde con nosotros? —le pregunté.

—No, no me acuerdo.

—¿Cómo que no? —repliqué sin creerle— ¡Al menos uno!

Estaba seguro de que incluso alguno de aquellos niños era su hijo, o cuanto menos el vecino. Trataba de protegerlos. Hice un discurso sobre la buena gente que había encontrado en Kenya y la mancha que ahora había caído sobre este pueblo que escondía a un ladrón.

—¿Cuánto costaba el reloj? —fue lo que acertó a decir el jefe.

—No es una cuestión de dinero —le contesté—, era un regalo de una persona querida y su valor emocional es superior al económico.

Pensé que si le decía que ese reloj valía trescientos euros, tenía brújula, altímetro, barómetro... no lo vería más. Me senté sobre una vieja tabla a la sombra de un chiringuito y esperé.

Aguardé media hora.

Nada ocurrió.

Esperé otra media hora.

El sol iba desapareciendo, y no podía arriesgarme a recorrer esa ruta de noche. Los hombres del pueblo ya me habían dicho que debía dormir allí. Pero no era mi idea. Si aparecía el reloj en los próximos diez minutos me iría, y si no también.

El jefe del pueblo vino caminando con los dos policías a su lado. Imaginé la respuesta y traté de aceptarlo.

Al acercarse me alargó su mano. En ella estaba el reloj.

Traté de no abalanzarme sobre él. Lo habían encontrado. Todos los parámetros estaban alterados, pero estaba entero.

—Muchas gracias. Sabía que podía confiar en ustedes. Sólo necesito una cosa más —les dije emocionado—. Quiero ver al chico que lo ha robado para perdonarle en público.

Fueron a buscarlo. Mientras me invitaron a una gaseosa caliente. Hasta ese momento no había querido beber nada. Estaba serio y contrariado, preocupado por mi retorno a oscuras.

El jefe regresó esta vez solo. El chico estaba avergonzado y no quería venir. Les pedí por

favor que no tomaran represalias con él, que era un incidente sin importancia, cosas de chiquillos, y lo importante era que la comunidad se había organizado para darme una solución.

Trataron de convencerme del peligro de retornar al atardecer. Yo lo sabía pero quería volver a la normalidad cuanto antes. Regresar donde Kuro y alejarme de aquel embrollo. El camino no se veía bien pues al atardecer la luz disminuye bruscamente en África. Caí en la cuenta de que no llevaba nada para reparar un pinchazo. No podía ir muy rápido porque no veía bien los baches. Lo último que podía hacer era romper una rueda. De repente, a escasos cien metros delante de mí, la carretera estaba ocupada por gente que iba caminando. Parecían muy bajos, o tal vez estaban agachados, pues no podía verlos bien. Había cometido realmente una estupidez. Había recorrido cuarenta kilómetros para recuperar mi reloj, y ahora que lo tenía, iba a perder no sólo el reloj, sino también la bici y tal vez la vida. Me quité el reloj y lo metí dentro del *culotte*. Traté de contar cuántos eran. Al menos ocho. Pero a medida que me acercaba se iban. Se refugiaban en el matorral, se subían a los árboles... ¡Eran chimpancés!

Un embajador sobre ruedas

Afortunadamente mis encuentros con animales en África fueron escasos. La mayoría de los que vi iban dentro de unas cajas de metal con ruedas; pilotándolas. Uno de ellos a punto estuvo de matarme en la nacional 7 cuando yo descendía hacia Ciudad del Cabo. No venían coches por el carril de al lado, y al observar por el retrovisor que un camión se acercaba pensé que me adelantaría con facilidad. Sin embargo me pasó tan cerca que me despeinó las cejas. Frené instantáneamente porque sentí que acababa de gastar una vida. En un incidente similar en Argentina en el año 2002 ya había consumido otra. Me quedan menos de cinco.

Bueno, cuatro. Otra vida la gasté en el norte de Mozambique, saliendo del lago Malawi para cruzar hacia Tanzania. El camino era arenoso y ni siquiera había huellas de personas en la pista. Era una de las partes más deshabitadas, excepción hecha de los desiertos que he recorrido en África. Todos mis pensamientos iban dirigidos a no perder tracción en la rueda trasera y a mantener una línea recta que me permitiese avanzar en aquella trampa de arena. Súbitamente, como si hubiera pisado un muelle, algo se levantó a menos de dos metros de mi bici. Era una serpiente, una *black mamba*, que me miraba fijamente a los ojos. No podía hacer nada. Me caí y Kova me bloqueaba la salida. Grité por instinto más que por defenderme. Esa serpiente es capaz de matar una vaca en menos de diez minutos, porque no muerde una vez, sino varias. En aquel camino prácticamente abandonado nadie hubiera encontrado mi cuerpo hasta al menos un par de días. Y por supuesto muerto. Tuve la mala suerte de llegar en el momento en que la serpiente cruzaba la pista. Tirado en el suelo, la serpiente erguida me parecía aún mucho mayor. Era como si alguno hubiera presionado la tecla de pausa de la película de mi vida. La serpiente giró el cuello y se encaramó a un árbol perdiéndose en el follaje. Temblando y sin perder de vista al árbol me largué empujando la bici por la arena.

A Kampala llegué antes de lo previsto y de la manera más horrible que podía haberlo hecho: con Kova destrozada dentro de la caja de un autobús. Era un domingo de finales de noviembre de 2006, y en aquel momento me hubiera reído si alguien me hubiera dicho que celebraría allí el Año Nuevo.

Para llegar a la capital de Uganda opté, como suele ser habitual en mí, por una ruta alternativa. Serpenteando entre las nubes por las montañas fronterizas con Ruanda, donde viven los gorilas. Era casi imposible que me topara con alguno de ellos. Los turistas que pretenden verlos deben caminar varias horas entre húmedos bosques de bambú, y nadie les garantiza que el paseo sea exitoso. Además si tienen algún encuentro con un grupo de gorilas, no podrá durar más de una hora. El sólo intento cuesta ya trescientos dólares. Lo que me atraía era el paisaje, las montañas pobladas de plantaciones de café, el pintoresco contraste del rojo de la tierra con el verde de las laderas recién bañadas por la lluvia. En ocasiones tenía suerte de contemplar algún colobo, y sobre todo disfrutar de una carretera despejada de vehículos y de presencia humana.

Una jornada apuré hasta el límite mis fuerzas, pero sobre todo las de Kova. A mediodía se vino toda el agua del cielo sobre nosotros. La pista estaba impracticable y no había más refugio que un minúsculo tendejón de chapa metálica, cuyo suelo pronto se embarró. La pista seguía

ascendiendo y, aunque en el mapa no aparecían las distancias, calculaba que me restaban sólo dos o tres horas para llegar a Kanungo. Al final fueron cinco horas. La niebla, aliada de los gorilas, era mi peor enemiga pues no me dejaba ver el relieve de la pista y me calaba hasta los huesos. Un par de terribles cuestas me separaban de Kanungo. Así me consolaba yo, cada vez que superaba dos, y aparecían otras tantas. Un pinchazo trasero retrasó más la llegada. Cansado, sucio, hambriento y sobre todo agotado mentalmente, decidí empujar la bici. No tenía fuerza para arreglar el pinchazo porque empezaba a oscurecer. Un chico que caminaba me ayudó, no muy convencido, a empujar la bici por la cuesta. Cuando llegué a Kanungo la niebla no permitía ver a más de dos metros. Todo estaba a oscuras pues no había luz eléctrica e ignoraba si había algún albergue. Alguien a quien debido a la densa niebla no podía ver ni la cara me guio hasta un bar que alquilaba habitaciones. Discutí un poco el precio y metí a Kova en la habitación antes de tirarme en el suelo del cuarto. Yo estaba tan sucio que no quería tocar la cama. Al rato alguien golpeó la puerta y me entregó un cubo de agua caliente para ducharme. Al día siguiente me pondría a reparar a Kova, porque en ese momento no tenía fuerzas ni para enjabonarme.

Por la mañana la niebla comenzaba a desprenderse de la cima de las montañas más cercanas, dejando ver la generosa naturaleza, como si alguien le levantase suavemente el velo a una novia. Tras un vaso de té con leche me puse manos a la obra. Primero lavé a Kova y luego quité la rueda. No sólo había un pinchazo, sino también dos radios rotos, ¿o tres? ¡No!

Alarmada por mi grito la dueña del albergue vino corriendo. Se había roto una pieza del eje de la rueda trasera, donde van ajustados los radios. Me había costado tantísimo esfuerzo alcanzar Kanungo y ahora que empezaba lo bueno, ahora que podía seguir perdiéndome entre montañas y gorilas, debía regresar en autobús a Kampala y conseguir un repuesto.

Esperé un día hasta encontrar transporte para regresar y coloqué a Kova con cuidado dentro del minúsculo maletero. Compartía asiento con la madre del chico que me había ayudado a empujar la bici hasta Kanungo. La distancia que en bici habían recorrido en dos días la salvé en ocho horas de traqueteo. Durante un par de días recorrí las escasas tiendas de bicicletas de la capital en busca de un eje para mi rueda. Pronto me rendí ante la evidencia. Debía pedirlo a España y aguardar a que llegara. Una huelga de transporte complicaba un poco más el asunto y las navidades podían alargar aún más la espera.

En Kampala no había Embajada de España, y era la francesa la que atendía a los españoles. Nando, otro cicloviajero que había pasado por aquí meses antes, me había facilitado ciertos contactos en la Embajada de Francia. Estuve alojado en la casa del asistente cultural pero ni aun así pude organizar con ellos ningún espectáculo. Al menos tuve la suerte de charlar quince minutos con Bernard Garancher.

Este hombre de sesenta y tantos años se desplaza cada día a su trabajo en bici. A diferencia de otros colegas que lo hacen en coches blindados. En su despacho todos los cuadros tienen como tema central una bicicleta. En su día recorrió miles de kilómetros en Nigeria en una bici china. Si le hubiera conocido la primera semana en Kampala, las cosas hubieran sido mucho más fáciles para mí. Pero no es tan sencillo entrevistarse con el Embajador de Francia en Uganda, aunque para un ciclista lo es un poquito más. Bernard se interesó sinceramente por mi viaje. Hablamos de la ruta que yo había seguido en Nigeria y de los peligros de aquel país. Le expuse mis problemas

con la rueda y me permitió utilizar la valija diplomática para que el envío llegara cuanto antes. También me redactó una nota verbal que me facilitaría obtener la visa de Etiopía gratis. Aunque por si acaso no funcionaba me entregó cuatrocientos dólares en un sobre con membrete tricolor.

Cuando le conté mi faceta de payaso y mis deseos de actuar en beneficio de una obra social, me puso en contacto con los Misioneros de los Pobres, en cuya sede días más tarde ofrecí mi espectáculo.

Traté de hallar una respuesta a tanta generosidad en sus pequeños ojos azules pero él, tomándome la mano, zanjó con sencillez mi curiosidad:

—Entre ciclistas hay solidaridad.

Piedras contra el gas mostaza

Sólo el 0,10% de las tierras africanas está por encima de los tres mil metros. Pero en Etiopía ese porcentaje alcanza el 80%. Tantas montañas no impiden que sea el tercer país más poblado de África, sólo superado por Nigeria y Egipto. Por suerte para mí lo ignoraba cuando entré en el país. Desconocía muchas cosas en realidad. Los etíopes sabían mucho más de los europeos que a la inversa. Mientras que el primer europeo en acceder al país lo hizo en 1407 (curiosamente un italiano), cien años antes algunos etíopes ya habían visitado Europa, dando a conocer la existencia del Preste Juan, el rey cristiano que gobernaba Etiopía.

La historia de este país está ligada a una leyenda y al objeto más sagrado del Antiguo Testamento: el Arca de la Alianza. En ella se contenían las dos tablas de piedra con los Diez Mandamientos. El rey David (padre de Salomón) la llevó a Jerusalén. La leyenda refiere que la hermosa reina de Saba realizó una gran expedición hasta el palacio del rey Salomón en Jerusalén. Allí, desoyendo los consejos de sus asesores, que le recordaban eso de que “el hombre es fuego, la mujer estopa y luego llega el diablo y sopla”, durmió en la misma habitación que el rey Salomón. De aquella ardiente noche nació David, que reinaría como Menelik I, y que fue el fundador de la dinastía salomónica de la que Haile Sellassie fue el último *negusa nagast* (rey de reyes). Cuando el adolescente David bajó de las altas tierras a visitar a su padre, posiblemente a pedirle el aginaldo, robó el Arca de la Alianza llevándosela a Aksum.

Aunque la historia es muy cinematográfica, Aksum aún no había sido fundada cuando vivía el rey Salomón. Nadie ha visto la famosa caja que ayudó a los israelitas en todas sus batallas. Sin embargo una réplica (*tabot*) del Arca es custodiada en cada iglesia etíope y es venerada en la época del Timkat.

La mañana soleada que entré a Etiopía retrocedí al siglo XX. Etiopía vivía según el calendario juliano, lo que la situaba en el año 1999. El país se preparaba para vivir, el once de setiembre, la llegada del año 2000. La lengua de Etiopía, el amárico, nada tenía que ver con el swahili que yo llevaba ya tiempo chapurreando. Se basaba en el *ge'ez*, la única lengua africana escrita. El país practicaba fervientemente la fe ortodoxa y en cada pueblo al menos existía una iglesia, redonda, rematada con una cruz. En el exterior del templo aguardan los fieles, la mayoría mujeres, que se cubren de pies a cabeza con una sábana blanca de algodón denominada *gabi*. Tal vez eso fue lo que vio el padre Francisco Alvares en sus viajes por Etiopía a principios del siglo XVI: relataba que más de tres mil vagabundos buscaban ayuda a las afueras de los templos de Aksum.

El cura portugués había sido enviado para solicitar ayuda al Preste Juan, en la cruzada que Europa mantenía contra el Islam. Pero tras esa aparente cristianización se camuflaban intereses comerciales. En su segundo viaje a la India, Vasco de Gama no dudó en hundir un barco de trescientos ochenta pasajeros que, cumpliendo el Corán, peregrinaban a la Meca. Pronto había olvidado Vasco de Gama los orígenes de Ahmad Ibn-Madjid, el piloto que le ayudó a descubrir el camino a las Indias.

Etiopía, a diferencia de la mayoría de los países africanos, sólo fue colonizado poco

tiempo. Apenas cinco años de ocupación italiana durante la época de Mussolini, que sembraron el país de vespas y máquinas de café expreso. Si el café africano es excelente de por sí, cuando se combina con la tecnología de las cafeteras italianas el resultado es inmejorable. Pronto me aficioné al *machiato*.

El día que llegué a la capital, Addis Abeba, se conmemoraba la victoria de Menelik II sobre los italianos en Adwa el primer domingo de marzo de 1896. Los fieros etíopes vencieron a la tecnología italiana y al gas mostaza usando piedras... O al menos esa es mi teoría tras haber recorrido Etiopía en bici. En los primeros días que cruzaba el país me topé dos ciclistas. Uno era alemán. El otro era inglés. Viajaban en solitario, cada uno con un estilo, una filosofía de vida, pero ambos portaban igual cara de susto y alegría.

—¡Que qué tal Etiopía? —me decía el inglés— Te puedo decir que me encuentro muy orgulloso de haber atravesado este país en bici, pues he estado tentado a abandonar muchos días. Pero también me siento feliz de salir hoy de aquí. No volveré a Etiopía nunca más. Al menos en bici.

En parecidos términos, o peores, se expresaba el alemán. Bueno, lo de este chico era increíble, pues sólo deseaba alcanzar su meta en Ciudad del Cabo. Había salido solamente hacía unos meses de Alemania; no había dormido siquiera tres meses en África y ya se había formado la idea de que era un continente lleno de gente pidiendo dinero y sin dignidad. Posiblemente haber sido ciclista olímpico en Sidney 2000 le hacía ir tan rápido que le impedía ver la maravillosa gente africana, hospitalaria, que hace de este un continente mágico.

Al tercer día de adentrarnos en el país comenzó la pesadilla. Avanzábamos por la zona de Arba Minch, pensando que si nos alejábamos de la ruta principal estaríamos más tranquilos y pasaríamos más desapercibidos. Kuro, el japonés, tenía más paciencia que un santo. Pocas veces le oí una palabra más alta que otra. Pero en Etiopía le vi tirar su bici al suelo y correr enrabiado para atrapar a un chico que le había lanzado una piedra. Aquel chico iba a pagar por las otras diez piedras que nos habían llovido aquella mañana. La carrera tras el niño etíope ya era, en sí misma, liberadora. Corriendo uno expulsa la rabia que ha ido acumulando por el camino cuando cientos de niños te perseguían gritando para que les dieras alguna cosa, con las dos palabras que sabían en inglés: “you! you! you! give me! give me! give me!” Los adultos generalmente no hacían nada.

En ciertas ocasiones aquella carrera tenía éxito. Generalmente corrían sin control y por el camino se dejaban las zapatillas o la manta con la que se cubrían. Aquel trofeo me bastaba. Agarraba las zapatillas y volvía al pedaleo. Unos kilómetros más adelante se las daba al primer hombre descalzo.

Pero conseguí salir de Etiopía sin puntos en la cabeza. Menos fortuna corrieron Lorenzo y Nando, dos ciclistas de largo recorrido que, cada uno en épocas diferentes, recibieron su correspondiente pedrada en la cabeza.

Kuro desistió de la batalla en Addis Abeba. Deseaba pedalear por la costa oeste africana y tomaría un avión rumbo a Ghana. Tampoco quería seguir dejándose dinero en el hotel a la espera de la visa de Sudán. Aunque los japoneses y los españoles teníamos más fortuna que los venezolanos (como mi amigo Rubén) y obtener la visa era para nosotros sólo una cuestión de

tiempo. Y ya se sabe que éste en África es ilimitado.

Durante mi espera en Addis, tuve la oportunidad de entrar en contacto con un ONG italiana denominada Ciai. Trabajaba con chicos de la calle en y realizaban proyectos de asistencia a familias en riesgo en varios países del mundo. Hacía años que comenzaron un proyecto de circo con jóvenes de Addis Abeba y en cuanto nos conocimos surgió el flechazo. El circo Fekat.

El circo es una tradición ampliamente extendida en Etiopía. Prácticamente cada región tiene uno, aunque el más conocido es el Circo de Etiopía. Tras ver a los miembros del circo Fekat en un colegio de las afueras de Addis, me comprometí con la ONG Ciai a mejorar su formación y puesta en escena mediante cien horas de clases.

Para ello tuve que prolongar mi estancia en Addis, pues los chicos del circo Fekat asistían aún a la escuela, y había que dar las clases cuando salían de ella. En ocasiones olvidaba que me dirigía a chicos de dieciséis años y les exigía mucho más de lo que podían hacer. Pero al verles evolucionar sobre el tapiz, pensaba que eran artistas profesionales. Como Mekonen, que tenía dieciséis años y era cabeza de familia de sus dos hermanos; hacía ocho meses que había muerto su madre viuda.

Alquilé una habitación en Addis, sin vistas al mar ni a las montañas, sin baño, sin muebles... En cuanto la Comandante Maxi entró por la puerta y tomó posesión del rincón más luminoso de la habitación aquello era ya mi hogar. Los chicos del circo me ayudaron a limpiarla y a encerar el suelo de madera. Tras un par de manos de pintura sentía que era dueño de un castillo. Era lo más parecido a una casa que había tenido en los últimos tres años. Un lugar en el que poder desplegar todas mis pertenencias, que tantas apreturas venían sufriendo en las alforjas.

La casa se hallaba cerca del lugar donde daba las clases al circo Fekat, al norte de Addis, cerca de una iglesia ortodoxa. Los desafinados cánticos me hacían abandonar el saco a las cinco de la mañana. Calentaba un poco de agua para el café y acudía a la nave donde entrenábamos. A las tardes me dejaba caer, un día sí y otro también, por la Embajada de Sudán.

Yo aguardaba una visa de un mes, pero la resolución de mi caso se decidía en Jartum. Ya llevaba varias semanas de incómoda espera sin respuesta. El problema de esa visa ordinaria es que los treinta días empezarán a contar desde que sellaran mi pasaporte en Addis. A partir de entonces debía salir pitando hacia Sudán, pues corría el riesgo de no llegar a tiempo para renovarla en Jartum. Desde Addis hasta la frontera tenía por medio casi mil kilómetros montañosos. Y de la frontera a Jartum al menos siete días más.

Pero lo que descubrí una tarde haciendo cola en la embajada es que si pedía una visa de tránsito (sólo por catorce días) me la otorgarían sin consultar con Jartum, siempre que previamente hubiera obtenido la visa de Egipto. Ésta se conseguía en dos días sin problema alguno. Lo bueno de la visa de tránsito de Sudán es que el tiempo computaba desde que cruzara la frontera. Y con esos catorce días tenía tiempo de sobra para llegar a Jartum y extender mi visa.

Cuando obtuve por fin la visa de tránsito de Sudán, me senté en las dependencias de la embajada, donde había pasado tantas horas, y compartí un té con los funcionarios. Al fin y al cabo, acepté aquel asunto con buen humor, que es lo que en amárico significa "fekat".

Siempre he pensado cómo se las apañarán los ciclistas vegetarianos para viajar por el mundo. En muchos países la carne es lo único que rodea la mesa. En Etiopía la comen incluso cruda, tan sólo aderezada con una salsa picante y regada con cerveza. Pero si no te gusta el teff, entonces sí que no creo que puedas recorrer Etiopía en bici. Es el cultivo etíope por excelencia y ya existía en la época de la reina de Saba. Es muy rico en carbohidratos y aminoácidos, que son esenciales en la dieta humana, y su semilla es tan pequeña como la cabeza de un alfiler. Y además más resistente a los cambios de temperatura que el trigo o la cebada. Con sólo las lluvias de agosto a setiembre el teff crece todo el año. Con él se elabora el plato tradicional de Etiopía: la injera, una especie de torta de pan encima de la que se colocan diferentes salsas, verdura o carne y que es compartida por todos los comensales. Con la injera sobran los convencionales cubiertos pues se come con la mano.

Etiopía huele a incienso, a café recién tostado y a shiro, una de las salsas de la injera.

Y lo primero que se divisa son mujeres cargadas de leña o de estiércol seco, que portan al mercado en cestos de mimbre que parecen obras de arte moderno. El cesto va sujeto a la espalda con una cuerda que les rodea el contorno de los hombros, haciéndolas caminar dobladas hacia adelante. Sus rostros tienen más surcos que la tierra y están tatuados con dibujos geométricos y cruces que les recorren todo el cuello. Como si fuera la única tela existente en la zona, todas llevan un vestido de color verde aceituna y un pañuelo negro en la cabeza. El *gabi*, la tela blanca con que se protegen del frío, está anudado a la cintura. Y para que no se desgasten llevan los zapatos en la mano.

En las montañas de Etiopía el restallido del látigo quiebra la mañana. Su chasquido en el aire hace caminar a los bueyes, cuya huesuda piel ya no tiene sitio para recibir más golpes. El hombre, descalzo pues la tierra es muy pegajosa, se cubre con una manta oscura. Posiblemente con la que se ha tapado esta noche. Cuando el sol comience a apretar se la quitará y se la enrollará a la cabeza. Sus fibrosas piernas asoman por su pantalón corto, de peto, que lo asemejan a un niño grande. Él va azuzando a los dos bueyes, la máquina silenciosa que ha forjado muchas civilizaciones, mientras su mujer y su hijo (que hoy tampoco irá a la escuela) van tirando las simientes al surco y tapándolo con un mecánico gesto del pie.

Si no estás muy acostumbrado la injera puede provocar que tu estómago fluya libremente como el Nilo en su camino hacia el Mediterráneo. El Portu no le tenía miedo, y a las cuatro horas de aterrizar en Addis ya estaba metiéndole mano a la injera. La diarrea se le curó al segundo día pero se la llevó de recuerdo a casa. Lo mejor, y realmente hasta lo único, que uno debe tener en esta vida aparte de salud son amigos. El Portu es uno de esos. Prometió visitarme una vez al año, cualquiera que fuese el lugar de la Tierra en que me encontrase, y lo va cumpliendo. Mali, Namibia y Etiopía fueron los países que tocaron en suerte. Dice que le sirvo de excusa para conocer lugares que, de otro modo, nunca visitaría. A mí me sirve entre otras muchas cosas de control mental. Nos conocemos desde hace más de veinte años, cuando compartíamos piso en Pamplona en nuestra época universitaria. Él me va diciendo si tantos años en solitario me van perjudicando en exceso o estoy dentro de la normalidad del nomadeo. En Mali y Namibia estaba un poco asustado por mi salud sexual. Decía que llevaba una vida monacal que me estaba convirtiendo en un bicho raro. En Etiopía le conté unas cuantas historias de la costa este africana con las que me otorgó de nuevo el “apto”. Él mismo comprobó que no había punto de comparación

entre la belleza de una etíope y la de una herero.

Visa, sudor y lágrimas

Apenas dos países para alcanzar de nuevo el extremo norte de África. Sudán era bien difícil para atravesar en bici. Y no había llegado en la mejor época. El conflicto de Darfur volvía a acaparar la atención internacional con continuas masacres ignoradas por el gobierno de Jartum. Y era verano, con lo que el calor de nuevo era mi peor enemigo. Tras varias jornadas botando sobre el sillín a causa de las pistas etíopes, surgió un excelente asfalto chino en la frontera de Sudán. Las piedras desaparecieron e incluso la gente. Había muy pocas personas. Con las que me cruzaba no venían corriendo a verme, simplemente miraban o continuaban con su trabajo. Pero tras más de cuatro meses en Etiopía había interiorizado ciertos hábitos ahora innecesarios: mirar por el espejo retrovisor si el grupo de niños que acababa de dejar atrás me perseguía corriendo, controlar si los chicos de ahí enfrente se agachaban a por una piedra, acelerar al máximo al pasar por un poblado...

De nuevo podía volver a acampar. En Etiopía había tanta gente por todos lados que resultaba más práctico acudir a la escuela del pueblo y solicitar un aula para dormir. Pero Sudán era una vasta superficie, un gigantesco *camping* sin puertas. Me las prometía feliz la primera noche. Acababa de preparar una suculenta pasta con dos tomates y una cebolla, sintonizaba de nuevo Radio Exterior de España, y tenía agua suficiente para darme la ducha diaria. Con dos litros me bastaba. Aunque ya intuía alguna extraña energía en el aire. Estaba todo demasiado tranquilo. Un viento caliente, racheado, comenzó a soplar en varias direcciones al mismo tiempo. A lo lejos un relámpago confirmó mis presagios. Coloqué el doble techo, afirmé la tienda lo mejor que pude y, deseando suerte a Kova y a Maxi, cerré la puerta. Había metido las alforjas dentro de la tienda, para que esta fuera más pesada y no voláramos juntos. Pero aun con todo la tienda se encogía ante los envites del viento huracanado. Su estructura se retorció como el cascarón de un viejo barco al descender de una ola y encarar otra. Temía que las varillas se partieran. Sabía que en cuanto amaneciera terminaría la tormenta, pero la noche se me hizo eterna. Si estuviera con alguien podría compartir mis temores, bromear..., pero, al estar solo, mis miedos aumentaban. Al terminar el aguacero salí para inspeccionar a Kova y a Maxi. Habían sido tumbadas pero estaban intactas y la tienda no estaba rota. Yo había aprendido una lección: en Sudán no hay niños que tiran piedras, éstas caen del cielo. Las siguientes jornadas buscaba siempre un refugio más sólido para descansar, porque invariablemente cada día el ambiente se refrescaba con esas tormentas nocturnas.

Una de esas tardes en las que trataba de ponerle imaginación al tema de dormir, vi dos casas a menos de cien metros de la carretera. Dos camiones, marca Bedford y Austin, con el capó apuntando al cielo parecían suspirar por un poco de aire. Seis musulmanes enfundados en sus ropas blancas y un anciano iban a atacar un plato repleto de carne de oveja. Sin siquiera preguntarme el nombre, me invitaron a sentarme con ellos en la estera y a comer. Al terminar el viejo se levantó a preparar té. El primer vaso era para mí. Los hombres se fueron y me quedé a solas con Hababish, que así se llamaba el anciano. Si con los otros había podido hablar algo, con este hombre el único lenguaje era el de la mirada. Coloqué a Kova debajo de un cobertizo haciendo compañía a un tractor jubilado y me tumbé en una cama. Las camas aquí no tienen colchón. Tan sólo cintas de persiana o cuerdas de plástico entrelazadas en el soporte de una

estructura metálica, lo que proporciona una superficie cómoda y resistente. Pero el trabajo de entrelazar las cuerdas es preciso y artesanal y requiere la participación de al menos dos personas. Construir una de esas camas lleva aproximadamente una hora. Me tumbé en una de ellas y esperé bajo el cobertizo, junto al viejo tractor, a que la tormenta pasase. Fue aproximadamente a la misma hora que ayer. Hababish se había metido en la cabaña. La lluvia arreciaba y el viento parecía que iba a arrancar de cuajo el cobertizo. Cuando había tomado la decisión de entrar en la cabaña del anciano, éste pegó un grito que interpreté como una llamada. Deslicé la plancha metálica que hacía de puerta y me aventuré en el oscuro interior. Aunque el techo de paja dejaba colar un poco de agua y la temperatura había descendido al menos diez grados, me sentía seguro. En la cama de al lado, Hababish me sonreía complacido. Tenía durmiendo en su casa, a un metro escaso, a un tipo del que no sabía absolutamente nada. Un completo desconocido. ¿Cuánta gente en España abriría con tanta sinceridad las puertas de su dormitorio a un extraño?

Nunca me fue negado un lugar en Sudán para descansar. Las casas son de adobe, redondas, de una única estancia, y están protegidas del viento por una empalizada de juncos. Un país que es el colmo de la hospitalidad pues fui invitado a dormir en hoteles y a comer en restaurantes. El primer té que tomé en Sudán no lo pagué, y cuando quise tomar otro para corresponder a mi benefactor tampoco me dejó pagar el segundo.

Jartum sería más difícil aunque un correo electrónico me salvó por los pelos. Matías, el director de cine que me había grabado la película en Camerún, me dijo que Joel y Cynthia residían en la capital y me podían alojar. Habían vivido muchos años en Camerún, y por unos cuantos meses no coincidí con ellos en Yaoundé. Joel era brasileño, un *cara muito legal*, y su mujer de Canadá. Aunque desde 1983 no está permitido el alcohol en el norte de Sudán, Joel apilaba cajas de Heineken debajo de la escalera. En los diez días que estuve en Jartum asistí a tres fiestas. Una en casa de Joel, otra de un compañero de trabajo de Cynthia y otra en casa de Ricardo, el entrenador brasileño del mejor equipo de fútbol de Sudán. Había conseguido clasificarlo para la Copa Africana, y era casi un ídolo en el país. A Joel le bastaba decir que era amigo de Ricardo para que no le pusieran problemas en los controles policiales.

Tal vez debía haberle pedido a Ricardo que me acompañara a registrarme a la policía. Todo extranjero debe hacer ese trámite, en teoría en los primeros días de entrada al país. Aunque es suficiente con hacerlo antes de abandonarlo. Lo importante es pagar los cuarenta dólares. Sudán resultó uno de los países más caros. La visa de tránsito, la renovación, el registro en la policía... Casi ciento cincuenta dólares: prácticamente todo mi presupuesto mensual. Pero no basta con tener el dinero para pagar. Primero hay que dar con la única oficina de Jartum que realiza el trámite. Ni siquiera las demás estaciones de policía saben indicarte dónde es la oficina para el pago. Pero al llegar también me solicitaban los datos de una persona que garantizase mi estancia en Sudán. Anoté el nombre de Joel, el brasileño que me acogía amablemente esos días en la capital sudanesa. Pero no era suficiente, debía ser alguien del propio país. Fui al banco a cambiar mis dólares, tratando de buscar una solución rápida. ¿Conseguir un garante recién llegado a la capital? ¿Quién iba a darme sus datos?

Un hombre a quien pregunté dónde cambiar dinero y que me acompañó hasta el banco parecía la solución. Me dio su nombre y su teléfono por si quería volver a verle un día. En cuanto se fue anoté sus datos en el formulario de registro en la casilla que decía "Garante".

Había estado todo el día caminando bajo un sol musulmán y me había olvidado de comer. Eran las tres de la tarde y sólo quería terminar con aquello para regresar a la casa y destapar una cerveza.

El policía que leyó mi solicitud de registro, y que era el único del cuartel en chapurrear inglés, me pidió la copia de la tarjeta de identidad de mi garante. Le miré asombrado. Aquello se complicaba pues iba añadiendo más requisitos.

—Pero en la hoja no dice nada de copia del documento de identidad del garante...

—¿Pretendes darnos lecciones? —me escupió desde su silla.

Las únicas personas realmente bordes que encontré en Sudán eran los policías de servicio. Si te los cruzabas en el mercado te invitaban a un refresco, pero en el trabajo se hinchaban con un extraño orgullo. Eran intocables. A veces me pedían en la calle mi pasaporte. Ellos ni se identificaban como policías y muchas veces iban sin uniforme. Cuando les preguntaba por qué querían mi pasaporte se encrespaban. Uno de ellos cerca de Merowe, al norte de Jartum, llegó a ponerme la pistola en la cabeza. Su gélido cañón en mi sien derecha me hizo recapacitar y darle rápidamente la información que me solicitaba. En otra ocasión me llevaron en coche a la comisaría para investigar mi situación en el país.

Así que la tarde que debía registrarme en la policía, intuí que terminaría mal. No pude reprimirme y le contesté:

—Todo el mundo puede aprender.

—¡Sal del despacho ya! Ahora no te basta con la copia del documento, quiero ver a tu garante en persona.

Me derrumbé en el sofá de plástico del despacho. Trataba de buscar el aire que me faltaba. El hambre, la sed, pero sobre todo el cansancio de discutir con aquellas personas me agotó. El policía que me acababa de gritar debía de estar mirándome, pero yo tenía los ojos cerrados, humedecidos por la impotencia de saberme vencido. Lloré en silencio hasta que me tranquilicé y salí al patio. Me senté en un banco que recibía algo de sombra, donde otras personas aguardaban para cumplir sus trámites.

Pregunté a un par de ellos si eran sudaneses, pero eran de Eritrea, Somalia...El hambre era cada vez mayor, pues había salido sin desayunar y ya eran las cuatro de la tarde. Una mujer tomó asiento a mi lado y me dirigió un saludo en inglés. Aquello ya era una novedad. Las mujeres en este país no hablan con los hombres, menos con los extranjeros, y ni soñando en inglés. La mujer debía de tener unos cuarenta años, y de su cuello colgaba una identificación de un organismo de las Naciones Unidas. Le enseñé mis recortes de prensa y el resto de mis documentos y le conté mi problema. Quería ayudarme, pero antes debía saber quién era ese tal Joel que me estaba alojando. Desde mi teléfono llamamos a Joel que, sorprendido, habló con la mujer. En Jartum están todas las agencias de las Naciones Unidas, que dan trabajo a miles de personas. Joel trabaja en la OIM (Organización Internacional para las Migraciones) y, cosas de la vida, la mujer que estaba a mi lado también. Aunque era la primera vez que hablaba con Joel, aquella casualidad y su buena fe motivaron que accediera a ser mi garante.

Aguardé afuera a que la mujer tramitara mi registro con el policía, que bajo ningún concepto quería volver a verme (yo tampoco, dicho sea de paso).

Alquilo nube, meses de junio y julio, preferiblemente cúmulos, abstenerse “innubiliarias”

La reina Hatshepsut sentía debilidad por la mirra y no dudó en ir a buscarla donde crecía en abundancia: el reino de Punt. Aún hoy en día no se sabe muy bien dónde está ubicado ese lugar, pero parece hallarse entre el norte de Etiopía y el sur de Sudán. Lo cierto es que era una zona regida por los nubios, a quienes la faraona egipcia temía. La expedición que organizó al reino de Punt no siguió el discurrir del Nilo, que era lo más fácil, sino que fletó cinco buques desde Tebas al Mar Rojo. Y todo por no pagar peaje a los nubios en el Nilo. Éstos erigieron el reino de Kush, un Estado tan poderoso que conquistó Egipto en el año 730 a.C., hasta que los asirios les bajaron los humos obligándoles a replegarse primero a Napata (cerca de la cuarta catarata del Nilo) y luego a Merowe (en la quinta catarata).

Una de las civilizaciones más importantes de la Historia, la Egipcia, no existiría sin el Nilo. Sus crecidas anuales, gracias al sustrato de limo que aporta el Nilo azul, permitieron alimentar a un gran ejército. El Nilo azul que baja de Etiopía, y el Nilo blanco que arranca del lago Victoria, se besan en Jartum y fundidos en esa húmeda unión no se separarán hasta desembocar en el Mediterráneo.

En el norte de Sudán el Nilo dibuja una “S” también llamada “trompa del Nilo”, que es precisamente lo que significa Jartum. Parece como si el río no encontrara su salida al mar y vagara por el desierto. Es en esos dos bucles donde aparecen las famosas cataratas del Nilo, algunas de las cuales quedaron sumergidas tras la construcción de la presa de Aswan.

En Wadi Halfa se terminaba la pista. Aquí debía tomar un barco que salía cada miércoles hasta Aswan en Egipto. Pero llegar hasta Wadi Halfa era una de las últimas pruebas duras de este recorrido africano. La carretera abandonaba el Nilo en Jartum y no lo volvería a encontrar hasta Abu Dom, entre la tercera y la cuarta catarata. Estos casi cuatrocientos kilómetros de desierto sólo tienen algo a favor: están asfaltados. Los inconvenientes son muchos más: el viento de cara, la ausencia prácticamente de lugares donde aprovisionarse de agua y el calor. El sol recalienta el asfalto, que a mediodía se derrite como un helado expuesto en una vitrina. Tan sólo a la noche la temperatura baja de 30 °C. Algunos ciclistas elegían ese momento lunar para pedalear. Yo prefería no alterar mis hábitos y buscaba un poco de arena firme sobre la que empujar mi bici y acampaba cerca de alguna de las construcciones levantadas cuando hicieron la carretera. La arena se iba apoderando de cada rincón, colándose por los huecos de las ventanas y, en menos de dos años, habrán enterrado esas casas que aún asoman cual glaciares en alta mar. Fue aquí donde consideré seriamente la posibilidad de poner un anuncio en el periódico local para alquilar una nube...

Al llegar a Abu Dom giré hacia el Este para visitar Napata, la capital del reino de Kush, cuyas pirámides atraían bastantes menos turistas que las de Giza en Egipto. Se encontraban a los pies de la montaña sagrada de Jebel Barkal, referencia y refugio para muchas caravanas en el desierto. Aunque habían pasado miles de años la montaña es hoy abrigo para un pueblo maltratado: los iraquíes.

El doctor Odey dio marcha atrás sin mirar cuando los asaltantes destrozaron el cristal delantero de su coche. Estaba llegando del supermercado, con su mujer y sus hijos, cuando se encontró en la puerta de su casa en Bagdad varios tipos con fusiles de asalto. Su pericia conduciendo a ciegas lo salvó. Pero tuvo que salir del país. Encontró asilo en Sudán, a orillas de Jebel Barkal, donde enseñaba ingeniería en una escuela privada. Con lo que iba ahorrando podía pagar el secuestro de su hijo mayor. Al mes ganaba mil ochocientos dólares, de los que empleaba mil en vivir y el resto lo enviaba a su familia. Sudán es un país carísimo. Le quedaba un mes para terminar de juntar los tres mil dólares para liberar a su hijo. Pero no creía que podría aguantar tanto tiempo sin ver a su familia. Y las condiciones de vida en Sudán estaban ya minando sus nervios. Cada tarde una tormenta de arena le obligaba, junto a sus compañeros iraquíes, a pasarse cuatro horas limpiando la casa.

Yo mismo sufrí varias de esas tormentas, cuando la arena te golpea las piernas y se pega a la piel sudada, dejándola como un traje de lentejuelas. En medio de esas tempestades de arena la visibilidad es tan reducida como en días de niebla. La arena se cuele por los agujeros más minúsculos y el viento no está para bromas. La policía sudanesa tampoco. En mitad de la ruta había un control policial, que casi me trago, porque estaba indicado con un oxidado bidón de gasolina. El policía, a menos de medio metro de mí, tenía que gritarme para hacerse entender. Yo no podía creer que aquello fuera un control. La situación era cómica, en principio, pero luego se tornó violenta. Me negué a darles mi pasaporte, porque me parecía ridículo con la que estaba cayendo, pero no les hizo gracia. Con firmeza me agarraron la bici y no me dejaron marchar. Era evidente que había elegido una táctica equivocada. Opté por colaborar y, a riesgo de que se me llenara de arena, abrí la alforja para entregarle el pasaporte. En un gesto de mal contenida ironía, le di la vuelta al documento, pues el policía lo estaba leyendo del revés.

En Abu Dom se acababa el asfalto y comenzaba la parte más dura de la travesía, que pienso sería imposible de realizar si no fuera por la increíble hospitalidad del pueblo nubio, del que Mohamed era un joven ejemplo. La tarde que le conocí yo estaba más o menos muerto. Cada vez la arena era más blanda y me obligaba a empujar la bici en vez de pedalear. El recuerdo de aquella jornada en Gabón, cuando estuve ocho horas empujando a Kova, venía a mi mente. Sin duda la bici es una gran escuela de lucha, y cada batalla ganada es un grado de experiencia para la siguiente. Yo ya llevaba a esas alturas muchas batallas, aunque la única que se ponía las medallas era la Comandante Maxi.

El Nilo aparecía y desaparecía a mi izquierda, y había perdido ya la noción de los kilómetros que me faltaban hasta la siguiente población, pero me estaba quedando nuevamente sin agua. Un niño surgió de no se dónde gritándome. Me detuve a escucharle. Era Mohamed, cuyo huesudo cuerpo flotaba en una pantaloneta dos tallas más grande.

—My name is Mohamed. I am 10 years old. I wake up at 6.

Me acababa de transmitir todos sus conocimientos de inglés: su nombre, su edad y la hora a la que se levantaba cada día... Los míos de árabe eran mucho más reducidos. Me costaba despegar mis labios, totalmente secos, pero acerté a pedirle agua. Se fue corriendo con mis botellas, que me devolvió enseguida llenas de un líquido fresco. El origen de aquella agua no podía ser otro que el Nilo, cuyo sabor ya no me asqueaba. Mohamed insistió todo lo que pudo

para que me quedara en su casa esa noche. Me prometió más agua, comida... Me agarró el manillar de la bici para que no me fuera. Me partió el corazón.

Pero en ese momento el sol empezaba a perder vigor, y era junto con el amanecer el mejor momento para pedalear. Una hora más, en esos instantes, significaba que diez kilómetros del desierto quedarían atrás.

Al sol le costó apenas media hora transformar el agua de mis botellas en caldo. Aun así pronto las terminé. En el paisaje de arena y rocas un pueblo blanco emergía tras una curva a derechas. Me fui directo hacia lo que parecía ser la mezquita, que es lugar de todo pueblo en el que no falta el agua. Cerca estaba el cementerio. Unos simples túmulos de arena, sin inscripción en la mayoría de los casos, y de donde los muertos parecía que se iban a levantar en cualquier momento sacudiéndose de encima la arena. Dos ancianos dormitaban sobre unas camas de madera. Prácticamente todo Sudán duerme en la calle. En Jartum a las puertas de los negocios. No tanto para controlar si hay algún robo sino para molestar al ladrón, que al menos tendría que apartar la cama para abrir la puerta. Y en los pueblos del norte de Sudán lo hacen para aprovechar la fresca. Esas horas del amanecer en que por fin uno puede conciliar el sueño. Muchas noches en Sudán yo cerraba los ojos, no para dormir, sino para no ver mi insomnio.

La única pregunta que me hicieron al verme llegar a la mezquita fue si quería azúcar con el té o lo tomaría solo. Me ofrecieron un sitio en una cama y dieron unas cuantas órdenes que media hora más tarde se convirtieron en patatas fritas y arroz. Conseguir comida en aquellas remotas aldeas era un milagro. La ciudad más próxima donde avituallarse era Wadi Halfa, a un día de coche. Y los productos en Wadi Halfa eran extremadamente caros, puesto que todo venía en el barco que salía de Aswan. Sudán prácticamente sólo produce arena y conflictos armados. Aunque yo tenía dinero para pagar la comida, la sola insinuación era una ofensa. Los diez días que tardé en llegar desde Jartum hasta Wadi Halfa fueron los que menos gasté en todo mi periplo africano. En los pueblos la gente formaba barricadas para que entrara en sus casas a comer. Si por acaso se me ocurría preguntar en un pueblo dónde había un lugar para tomar té, en vez de responderme me pedían que me sentara; a los cinco minutos estaba bebiendo té a la menta.

Las noches en el desierto de Sudán eran galácticas. El tráfico era escaso. No más de cinco vehículos me pasaban cada día. Eran unas camionetas *pick-up*, preciosamente pintadas de vivos colores y cargadas de pasajeros que iban sufriendo los baches del camino. En la parte exterior del coche colgaban dos palas para desenterrarlo si quedaba atrapado en el desierto y dos planchas metálicas con igual finalidad. Pero a la noche no había circulación. Me apartaba de la pista y buscaba una duna en la que acampar. Muchas veces ni siquiera montaba la tienda. Allí no había animales ni siquiera mosquitos. Era una zona tan desértica que posiblemente yo era el único signo de vida. El silencio era ensordecedor. Podía escuchar mi respiración, el latir de mi corazón. Ni un poste de electricidad, ni un destello de luz que indicasen que cerca había un pueblo. La oscuridad era completa si apagaba mi frontal porque además no había luna. Sólo desierto infinito, un espacio inexplorado, virgen. Sentía que estaba flotando en la Tierra, que ésta giraba en el universo y que toda mi vida dependía tan sólo de un hecho: la gravedad. Nunca como aquel seis de julio había sentido ese miedo. Esa especie de atracción hacia el abismo que se abría sobre mi cabeza. Me tumbé en la esterilla y empecé a contar estrellas fugaces. No quería cerrar los ojos pues sabía que al abrirlos el amanecer habría borrado todas las estrellas. Inconscientemente durante ese trance

mis manos se habían aferrado al suelo como si aquel gesto me librara de caer a un agujero negro.

N 21° 08' 69" E 30° 48' 68" son las coordenadas de un lugar en la Tierra donde la gravedad no parece existir.

Llegué a Wadi Halfa dos días antes de que el barco a Aswan zarpase. La ciudad estaba tranquila y sus habitantes parecían agitarse tan sólo los martes, cuando el barco atracaba. El embarcadero estaba unos cuantos kilómetros alejado de la ciudad. En un secarral que no interesa a Sudán sino para controlar la frontera con Egipto. Vagué por el mercado dispuesto a aceptar la primera invitación para dormir. Pero ésta tardaba en llegar. El hotel más barato rondaba los tres euros por día. Elegí el porche de una tienda para pasar la tarde, mientras el destino se ponía a trabajar. Muchas veces es mejor dejar que el destino haga de las suyas que tratar de empujarlo. El dueño de la tienda me cuidaba la bici mientras yo me dedicaba a pasear por el mercado en busca de algo de comida con la que matar el hambre y las horas. Toda la fruta y la verdura venía de Aswan, eso quiere decir que llevaba ya cinco días expuesta al sol. Los tomates tenían más arrugas que mis manos y de aquella expedición sólo pude salvar un melón. Volví a la tienda a degustarlo. Ya hacía dos horas que había llegado a Wadi Halfa y empezaba a considerar la posibilidad de ir al hotel. Pero a las cuatro de la tarde el dueño cerró la tienda. No es que trabajen muchas horas aquí. Se iba a casa y me ofrecía un lugar para dormir en la casa que su hermano estaba construyendo. Le seguí con la bici. Vivía en la otra punta del pueblo, un camino que yo ya había hecho para llegar. La casa del hermano tenía paredes, techos, y hasta puerta pero no ventanas. Disponía de una toma eléctrica a la que conectaron una bombilla que fue mi luz durante dos días. El hermano era el encargado de las telecomunicaciones en el pueblo. Aunque estaba oficialmente de vacaciones se pasaba cada mañana por la oficina para ver cómo estaba todo. No había muchos lugares para ir de vacaciones en Wadi Halfa. A su mujer nunca la conocí. Las mujeres en Sudán parecen sepultadas por la arena. En cuanto yo llegaba a una casa desaparecían. No está bien visto que un hombre y una mujer hablen a solas, salvo que sean parientes. Si a un chico le gusta una chica, cualquier conversación la tendrán bajo la presencia de un pariente de ella. El móvil ha supuesto cierto adelanto, porque permite a hombres y mujeres intercambiarse mensajes sin la pesada presencia del Profeta que todo lo controla. Las relaciones prematrimoniales son escasas, y conocí varios hombres de más de treinta años que me confesaron que nunca habían tenido relaciones sexuales.

De las dos primeras mujeres con las que hablé en Sudán solamente recuerdo sus espaldas. Fue aquella vez que el chico que hablaba inglés me invitó a su casa a dormir. Había sacado al jardín dos camas para cenar y luego dormir. Ya habíamos terminado el banquete cuando vinieron las vecinas a saludarme. Totalmente cubiertas de pies a cabeza a pesar del calor insoportable. Se sentaron en una de las camas de espaldas a mí. Ya habían concluido sus estudios universitarios, motivo por el cual chapurreaban algo de inglés. Para hablar conmigo simplemente giraban un poco la cabeza, facilitando con tan amable gesto que sus palabras llegaran hasta mis oídos. Al irse les pedí que me enviaran una foto pues no sabía con quién había mantenido la conversación.

Sin despedirme

...y el viento de noviembre
que llevaba la luz atesorada
por las hojas muertas hacia
más luz

Ángel González

Un viejo buque de hierro es el lugar donde muchos sudaneses tendrán su primera relación sexual. La mayoría de los camarotes eran ocupados por recién casados que iban a Egipto de luna de miel. El destino turístico por excelencia si no querían tomar el avión en Jartum. Un hombre me preguntó dónde estaba mi mujer. Yo, como acostumbro a hacer en esos casos, señalé a Kova. Pero el hombre insistía y apuntaba a mis manos. En Dongola me había quedado con una familia y la chica de la casa me las había pintado con gena. Las manos de mi interlocutor tenían impresos iguales dibujos geométricos. Según me explicó únicamente los hombres recién casados acostumbran a teñirse con gena las manos.

El desembarco en Aswan fue uno de los ejemplos de lo que me aguardaba en Egipto. Un completo caos en el que tan sólo sus ciudadanos se manejan con imprudente soltura. Más de dos horas aguardamos en los estrechos y malolientes pasillos del barco a que se completara el control de los pasaportes. No había ninguna lógica para aquella espera y lo más grave es que tal desorganización se repetía con milimétrica perfección cada semana. Al pasar la aduana ya tuve el primer altercado con un egipcio. Mientras cuatro personas aguardábamos en fila a pasar por la estrecha puerta, un hombre de mediana edad se saltó la cola y se apostó en la entrada. Cuando le reclamé que aguardara su turno me contestó que era su país y que me callase. Los policías, en una postura que luego he visto más veces en Egipto, le daban la razón.

En el metro de El Cairo pude observar luego este comportamiento. Con el vagón repleto, los que aguardan a tomarlo no dejan que salgan primero sus ocupantes. No. En cuanto el vagón se detiene y se abren las puertas tratan de entrar sin dejar salir a nadie. Aún no entiendo por qué Egipto no participa en el prestigioso torneo de rugby Seis Naciones. Me dice una amiga que en los dos vagones delanteros, reservados por el Profeta exclusivamente para las damas, los empujones son mucho peores.

Igual que en Zimbabwe, el país estaba regido por un anciano de ochenta y dos años que defiende la libertad de expresión al tiempo que varios periodistas son encarcelados por cuestionar la salud física (ni siquiera la mental) del presidente. Retratos descoloridos de un Mubarak veinte años más joven adornan las calles de Aswan, una ciudad en la que el turista solitario es una especie en extinción. De aquí parten la mayoría de los más de doscientos cruceros que en siete días te muestran un Egipto de mentirijilla. Pirámides, tumbas y templos son fotografiados por el turista que se lleva como trofeo un papiro con su nombre impreso con caracteres jeroglíficos. Pero no conocen los burros que comparten las calles de El Cairo islámico con viejos taxis italianos, las motos que transportan tres y hasta seis personas, y las niñas de siete años que venden pañuelos de papel mientras terminan de hacer los deberes bajo la insuficiente luz que brinda la marquesina de un centro comercial. Egipto es un claxon que no duerme y huele a tabaco de manzana, tan artificial

como el país que fotografian las hordas de turistas.

En el momento en que se corre la voz de que un nuevo turista ha pisado Aswan, los salvajes comerciantes del centro se organizan para que adquiera unas cuantas especias, pipa para fumar, una réplica de las pirámides, o un par de camellos de cuero. Son inmunes al “no”. Se colocan en tu camino y son peores que un buen defensa. La otra máxima que guarda un buen comerciante egipcio es no cobrar jamás el precio justo al turista. Los egipcios son unos verdaderos artistas en el arte de la inflación momentánea, como el Miguelito de Mafalda. No aumentan el precio dos o tres veces, sino diez. Un tendero al que le adquirí un yogur y le pedí el cambio, se mostraba sorprendido de que conociera el precio exacto en menos de veinticuatro horas en su país. Con un chico de doce años al que le compré en la calle un pastel me fue más difícil. Tuve que llamar a la policía para obtener 49,50 pounds de cambio por un pastel que valía 0,50 piastras (un cuarto de pound).

Si no fuera porque había un lago de por medio y un desierto me hubiera vuelto a Sudán. Había atracado en Egipto sin haberme mentalizado previamente de que volvía al mundo civilizado. Con el agravante de que el Gobierno, para prevenir nuevos atentados como los de Luxor, había dado la orden a la policía de que no podía haber un turista sin vigilar. En cuanto llegaba a una ciudad me seguían. Dormían en la recepción de todos los hoteles, por baratos que fueran. En Kharga, un pueblo al sur, llegué a contar nueve policías y dos coches. Iban de incógnito... con la pistola asomando bajo la camisa.

A medida que me aproximaba a El Cairo la situación empeoraba. Más controles de policía en los pueblos, que yo pasaba a toda velocidad y mirando hacia la Meca; pero no era agradable pedalear esprintando. Sólo disponía de dos opciones. Subir por el Este, una carretera que discurría paralela al Mar Rojo. O desviarme hacia el Oeste, por la ruta que recorría el desierto de Libia. ¿Más desierto? Sí, más desierto.

En vez de acercarme a El Cairo me alejaba. Esa ruta aumentaba en quinientos los kilómetros que me separaban de El Cairo. Pero El Cairo no era en sí mismo tanto una meta cuanto una etapa más. Allí pretendía detenerme a escribir este libro y a renovar parte del material que había sufrido las terribles consecuencias de un uso intenso, en un continente donde el sol se come literalmente los colores y las carreteras se ríen del material con “garantía de 5 años”.

Exactamente como me sucedió el día que concluía en Montevideo (Uruguay) mi periplo de año y medio en Sudamérica, no me encontraba preparado para poner fin a mi pedaleo. En veinticuatro horas, el barco que me condujo a Egipto me había desahuciado de África. Necesitaba un desierto para despedirme, para repensar las miles de historias que había vivido y de las que este libro apenas recoge unas migajas literarias. Un desierto era lugar perfecto, pues contra lo que se puede creer, es un lugar de encuentro. La soledad más absoluta, los silencios que dan vértigo, los largos soliloquios, la sed incurable... Apenas hay algunos postes de electricidad y unas rayas blancas en la carretera. A veces un cartel indica los kilómetros pero suele estar descolorido y derribado por el viento. No hay pueblos, no hay personas, no hay bares, no hay más que infinito. Es lo más parecido a navegar en alta mar. Ninguna información o señal externa disturba la mente. Ésta se convierte en una hoja en blanco a la que acuden pensamientos y emociones postergados. Personas y situaciones que parecían relegadas al olvido, son rescatadas por el viento que

arremolina recuerdos y barre soledades.

De nuevo volvía a acampar en mitad de la nada más absoluta, sintiéndome descubridor de una realidad antes inexistente para mí, bajo la plena seguridad que me confieren las noches estrelladas. Aquel desierto era el verdadero premio a mi caminar africano. Como me dijo un amigo más tarde: “Enhorabuena, no por haber llegado a El Cairo, sino por cómo has llegado”.

A las noches encendía el teléfono satelital, que empezaba a recibir mensajes de algunas radios españolas para entrevistarme. Durante muchos años he viajado sin teléfono. El teléfono satelital me llovió del cielo en Dar es Salaam. Siempre había pensado que esos aparatos son extremadamente caros. En la capital de Tanzania me dejé pasar por una oficina que tenía publicidad de uno de esos bichos. Estaba cerrada aunque había alguien dentro. Era la secretaria del Departamento de Márketing. Como tantas veces he hecho, le conté mi película. Se mostró interesada aunque no se me escapaba que ella no podía tomar ninguna decisión. Aunque me equivoqué. Me quedé con su número de teléfono, y me dijo que me daría una respuesta en breve. Era sábado. Como el lunes no me había dicho nada por correo electrónico, la telefoneé. Se disculpó, pues no había recibido aún contestación de su jefe. Tenía más bien nulas esperanzas, pero cuando comienzo un asunto me gusta terminarlo. El martes pasó en blanco. El miércoles me perdí. Estaba volviendo a casa en bicicleta y la oscuridad se tragó mi orientación. Me detuve en un pequeño negocio de fruta a preguntar por la calle donde vivía. Un hombre me preguntó qué hacía allí con la bici. Y le conté que viajaba en bici.

—¿De dónde vienes en bici? —me preguntó.

—De España —le dije.

—No me lo creo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté yo.

—John.

—No me lo creo —le respondí sin disimular mi ironía.

Además de perdido estaba cansado y no tenía ganas de repetir mi historia de nuevo, y menos a alguien que dudaba. Así que hice amago de irme. Pero el hombre me pidió disculpas y me hizo un par de preguntas más sobre el viaje. Parecía interesado pero yo solamente quería irme.

—Quiero ayudarte —me dijo echando mano de su cartera.

—No, no. De ninguna manera. Muchas gracias, de verdad, ahora no necesito dinero, tan sólo llegar hasta casa. Gracias de verdad.

Abrió la cartera por otro compartimento y me dio una tarjeta de visita.

En ella se podía leer: “Jefe del Departamento de Márketing de Thuraya, teléfonos satelitales”

—¡No puede ser! —exclamé—. Llevo esperando por una contestación tres días...

Le conté la historia y me citó para el día siguiente a las diez de la mañana en su oficina. Aunque es posible que no me diera un teléfono, la coincidencia de por sí ya era divertida.

Cuando al día siguiente se lo contaba a Agnes, la secretaria, no se lo podía creer. Era optimista y pensaba que me ayudaría. Sin embargo su jefe no vino aquella mañana. Agnes estaba furiosa, pues no entendía por qué me había hecho perder el tiempo de aquella manera.

—Yo me voy —le dije.

—No, no, espera un poco más...

—Mira Agnes, no es necesario que insistas. Tampoco necesito ese teléfono. Entré aquí a preguntar por curiosidad, pero no quiero perder más tiempo con este tema. Te agradezco enormemente tu interés, pero... De verdad, gracias.

—OK, pues toma —me dijo abriendo el cajón de su mesa.

—¿Cómo?

—Toma el teléfono. Te lo doy. Es el mío. Para ti, lo vas a usar más que yo.

—¡Pero tú estás loca! No es tuyo, es de la empresa, y si un día dejas el trabajo deberás devolverlo...

—No, te equivocas. Es mío. Me lo han dado a mí y puedo hacer con él lo que quiera. Y quiero dártelo a ti.

—Pero vale mucho dinero; aunque sea, lo puedes vender y ganar quinientos dólares fácilmente —le repliqué.

No hubo manera. Estaba decidida a regalármelo. Imaginé que en cualquier momento entraría su jefe por la puerta pero nunca llegó.

Casi un año más tarde volví a hablar con Agnes. No sólo me había regalado el terminal sino también algo de crédito para llamadas. Fue en aquel desierto que me trajo su recuerdo. Extendí la antena y aguardé a que el teléfono localizara los satélites. Ella no lo sabía pero con aquella llamada me despedía de África.

El Cairo, 23 de noviembre de 2007

¡GRACIAS!

Gracias por el tiempo que le has dedicado a leer «Africa con un par». Si te gustó este libro y lo has encontrado útil te estaría muy agradecido si dejas tu opinión en Amazon. Me ayudará a seguir escribiendo libros relacionados con este tema. Tu apoyo es muy importante. Leo todas las opiniones e intento dar un feedback para hacer este libro mejor.

Si quieres contactar conmigo aquí tienes mi email:

biciclown@biciclown.com